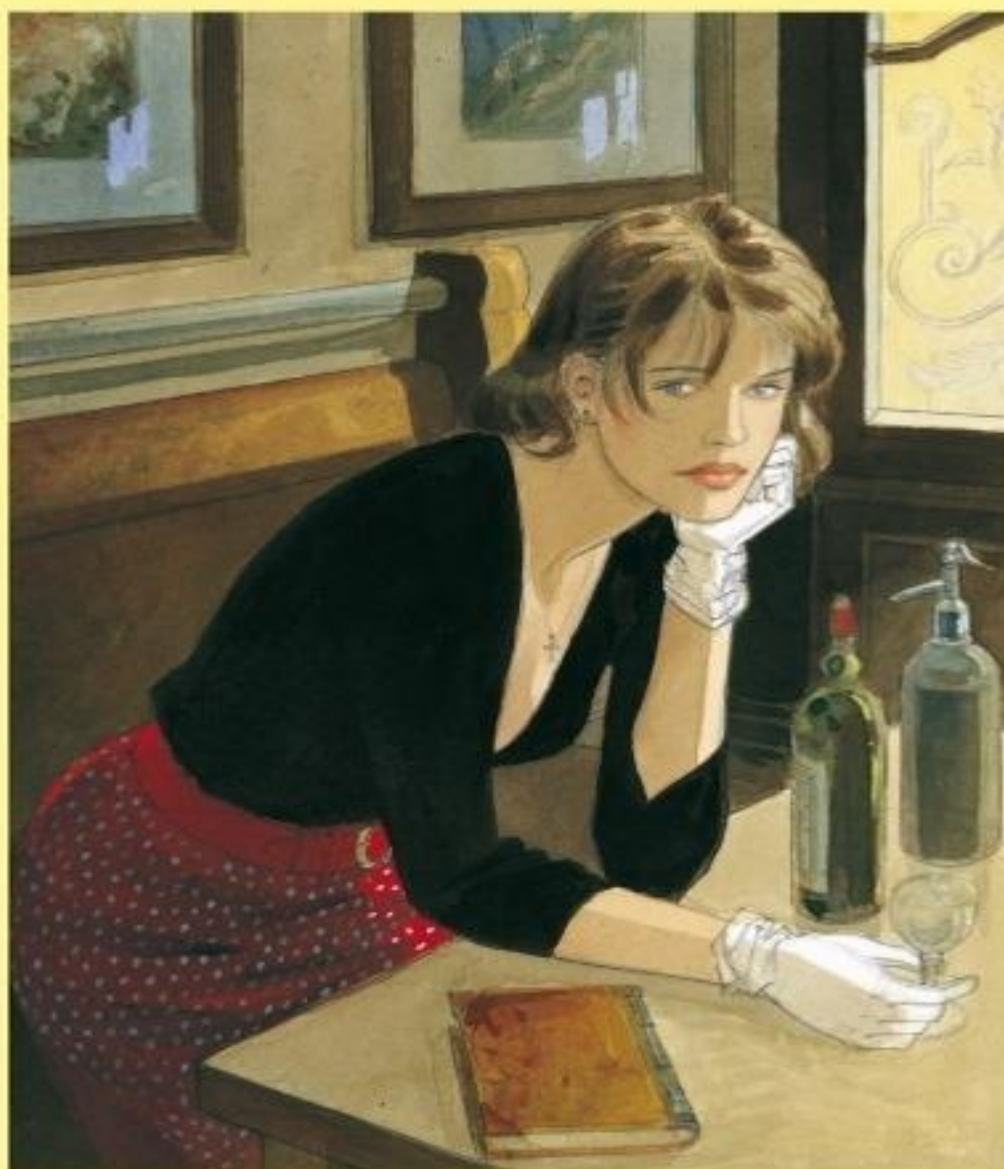


JEAN ECHENOZ

---

# *Enviada especial*



Lectulandia

Por las páginas de esta novela asoman, entre otras muchas cosas, un secuestro, un general conspirador y su secuaz, una moderna Mata Hari, una vieja gloria del pop a la que acecha un pasado oscuro, un atracador vengativo, un hombre misterioso con una mancha en la cara en forma de mapa de Nueva Guinea, un asesinato, un dedo amputado y un complot contra Corea del Norte.

Jean Echenoz, después de su muy singular trilogía biográfica sobre figuras del siglo xx y su incursión en la Guerra del 14, regresa por la puerta grande a aquello que lo consagró como escritor: el juego con los géneros literarios. Y nos regala esta novela de espías que es a la vez un pastiche, una parodia y una deconstrucción de la novela de espías. Y, por encima de todo, una aventura literaria trepidante y muy divertida, con esa ironía de reojo tan característica del autor.

*Enviada especial* pone en funcionamiento una trama rocambolesca que se desarrolla con la precisión de un mecanismo de relojería y nos lleva de París a Corea de Norte. Echenoz mezcla pop con maquinaciones internacionales, incorpora gotas de pulp y noir, lanza guiños hitchcockianos y referencias al imaginario —pop de nuevo— que crearon las deliciosas películas de agentes secretos de los años sesenta y setenta. Y pone en escena los temas centrales del género: el engaño, la mentira, la manipulación, la simulación, las medias verdades, la suplantación, el doble juego...

**Lectulandia**

Jean Echenoz

# **Enviada especial**

ePub r1.0  
Titivillus 11.11.17

Título original: *Envoyée spéciale*  
Jean Echenoz, 2016  
Traducción: Javier Albiñana

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# I

# 1

Quiero una mujer, profirió el general. Lo que necesito es una mujer, desde luego.

No es usted el único que se halla en esa situación, le sonrió Paul Objat. Ahórreme sus reflexiones, Objat, se crispó el general, no quiero bromas al respecto. Un poco de compostura, santo Dios. La sonrisa de Objat se eclipsó: Le ruego que me disculpe, mi general. No se hable más, dijo el oficial, meditemos.

Falta poco para el mediodía. Ambos hombres meditan, sentados a una y otra parte del escritorio metálico verde, viejo modelo reglamentario con cajones tras el cual se sienta el general. Tan sólo ocupan el tablero de ese mueble una lámpara apagada, un paquete de puritos Panter Tango, un cenicero vacío y un vade de papel secante muy antiguo, completamente deshilachado, que parece haber absorbido y concluido un sinfín de asuntos desde, digamos, el dossier Ben Barka. El escritorio verde ocupa el fondo de una estancia austera cuya ventana da a una plaza de cuartel pavimentada. Además hay dos sillas tubulares de escay, tres armarios clasificadores con dosieres colgados y una mesilla que soporta un viejo y voluminoso ordenador mugriento. Todo eso no data precisamente de ayer y la butaca del general no parece muy cómoda, los brazos están oxidados, las esquinas resquebrajadas permiten distinguir, ver cómo se desprende a jirones, su infraestructura de poliuretano de primera generación.

Los toques de mediodía acabaron sonando en el campanario cercano de Notre-Dame-des-Otages. El general cogió un purito, lo observó, masajéó, olfateó y volvió a meterlo en la cajetilla. Una mujer, repitió en voz baja, hablando consigo mismo. Una mujer, dijo subiendo el tono, pero no sólo eso. Desde luego no una en prácticas como hay tantas. Una totalmente ajena a las redes, ¿me explico? No del todo, hubo de admitir Objat. Pues eso, una inocente, resumió el general. Que no sepa nada de nada, que haga lo que se le diga sin hacer preguntas. Tirando a guapa, a poder ser.

Son muchos requisitos, objetó Objat, costará encontrar una así. Lo sé, reconoció el general. Volvió a entreabrir la cajetilla de Panter Tango, la examinó con afecto y la cerró delicadamente, mientras Paul Objat dejaba vagar los ojos por las paredes del despacho, sin pintar desde hacía tiempo, y buena parte de cuya superficie estaba sembrada de documentos diversos: fotografías más o menos nítidas de personas, de cosas, de lugares con frecuencia vinculados con flechas trazadas con rotulador, pinzas de doble clip que sujetaban fichas y esquemas abstrusos, recortes de prensa, listas de nombres, mapas geográficos atravesados de hilos prendidos con alfileres de señalización multicolores. Un retrato oficial del presidente de la República. Nada personal; ni fotos familiares, ni postales enviadas por compañeros de vacaciones, ni reproducciones de Van Gogh y otras menudencias.

Haciendo caso omiso de nuestras obligaciones de discreción y del secreto de Estado, precisemos primero la identidad del alto oficial. General Bourgeaud, sesenta y ocho años, exfuncionario del Service Action —planificación y realización de

operaciones clandestinas—, especializado en la infiltración y exfiltración de personalidades muy expuestas con un objetivo de información. Rostro abrupto y mirada seca, pero no nos entretengamos: más adelante volveremos a su apariencia. Habida cuenta de su antigüedad y su jerarquía, poco a poco fueron descargándole de sus responsabilidades, si bien, en consideración a los servicios prestados, se le permitió seguir utilizando su despacho y a su ordenanza, y se le mantuvo el sueldo íntegro, aunque no su coche oficial. Como no se resigna a que se lo quiten totalmente de encima, Bourgeaud sigue montando algunas operaciones de tapadillo para no oxidarse. Para ocuparse con algo. Para el bien de Francia.

Frente a él, también de paisano, Paul Objat es un tipo bastante guapo, de voz suave y mirada tranquila, la mitad de la edad del general, un cuarto de sonrisa perpetua tan tranquilizante como lo contrario, y que recuerda a veces al actor Billy Bob Thornton. Creo que tengo una idea, dijo Objat. Adelante, desarróllela, lo alentó el general, que seguía precisando su proyecto.

Lo más importante, sabe usted, es someterla a una especie de purga tan pronto demos con ella. Mantenerla totalmente fuera de onda durante algún tiempo antes de hacerla intervenir. Una buena cura de aislamiento, por decirlo así. La personalidad se modifica en esos casos. No diré que eso destruya el carácter, pero crea reacciones de mayor adaptación, vuelve al sujeto más dúctil.

¿Qué entiende usted por dúctil?, preguntó Objat, desconozco ese adjetivo. Bueno, pues digamos manejable, obediente, dócil, maleable, precisó el general, ¿de acuerdo? De acuerdo, dijo Objat, creo que veo de qué se trata. Incluso me pregunto si no se me ocurren ya varias ideas.

Tampoco hay que pasarse, lo moderó el general, que seguía aquilatando su plan. Cuando le hablo de ese tratamiento depurativo, que se me antoja necesario, no estaría de más comenzar provocando un pequeño estado de choque, sin dudar en atemorizarla un poco llegado el caso. Sin violencia, por supuesto. Ni que decir tiene, mi general, sonrió de nuevo Objat, es más, creo que se va plasmando mi idea. Dados los términos de su plan, incluso podría ser una excelente idea. Una persona que debería encajar a la perfección. Buen perfil, bastante disponible, podría resultar, como decía usted, dúctil. Con una buena preparación, puede funcionar. ¿Más bien guapa?, insistió el general. Nada mal, lo tranquilizó Objat.

¿La conoce usted bien? No del todo, dijo Objat. Coincidimos una vez en casa de una gente, me pareció interesante, lo importante es que ella a mí no me conoce. Desde luego, convino el general, es importantísimo, la operación es delicada y la situación inédita. Estoy con usted, reconoció Objat, pero ¿no tendrá usted un poco de hambre? Me han hablado de un restaurante que no está mal, no lejos de aquí, cerca de Jourdain, se llega directo en metro. Es verdad que ya no tengo coche, recordó el general, pero bueno, muy bien. Venga, vamos así.

Tras escoger y deslizar el general un purito en su bolsillo de la pechera, se enfundaron ambos sus respectivos impermeables —color arcilla uno, perla el otro—,

por más que no cayera lluvia alguna en el *boulevard* Mortier donde se encontraron, en el distrito xx de París. Cuando echaron a andar hacia la estación Porte des Lilas, que se halla a cuatrocientos metros del cuartel, el general Bourgeaud felicitó a Paul Objat sin mirarlo y con voz rezongona, casi severa, poco acorde con su propósito. Sabía que podía contar con usted, Objat, suele tener las ideas oportunas, me ha prestado grandes servicios. Le tengo aprecio, Objat, sabe usted. Y conociendo como conocía a su superior, Objat no pudo por menos que sobresaltarse ante tal declaración.

En el restaurante, ensalada de orejas de cerdo y estofado de carrillada de buey: Bueno, ¿y qué pasa con esa buena mujer?, quiso saber el general. Me pongo a ello esta misma tarde, prometió Objat, necesito buscar referencias y hacer dos o tres llamadas. Pero cuanto más lo pienso más creo que nos vendrá que ni pintada. No sabe usted hasta qué punto. No me costará dar con ella, ya veo cuáles son más o menos sus señas.

¿Por qué zona vive esa mujer?, inquirió distraídamente Bourgeaud al tiempo que desmenuzaba un trozo de oreja. Por el xvi, contestó Objat, por la zona de Chaillot. Buen barrio, dictaminó el general. Es bastante tranquilo, pero un poco triste, ¿no? En fin, es lo que suele decirse. Yo nunca he abandonado mi pequeña primera planta con jardín cerca del Observatoire, siempre me he encontrado de perlas ahí. ¿Y usted, Objat, en qué barrio vive? Pues la verdad, mi general, evitó contestar Objat, es que resulta un poco complicado en estos últimos tiempos. Digamos que estoy embarcado en varias mudanzas.



## 2

*TROCADÉRO. En la última planta de un edificio art déco ideado por Henri Sauvage, este piso de 64 m<sup>2</sup> que da a dos calles tiene una situación ideal. Pensado como taller de artista (altura de techo 5 m), orientado a pleno sur, esta particularidad infrecuente y tranquila permite disfrutar de una vista despejada sobre el palacio de Chaillot y el cementerio de Passy.*

*Ascensor, sótano, posibilidad de parking.*

*Precio: a consultar.*

El precio es lo que no cuadra en absoluto, estimó el agente inmobiliario, resulta muy caro. Lo sé, reconoció Constance, pero tampoco me interesa deshacerme enseguida de él, no me corre prisa. Lo hago sólo a título indicativo, por saber si se puede partir de esa cantidad. El agente llamado Philippe Dieulangard se encogió de hombros y se sentó ante su ordenador. Ese movimiento, que hizo brotar de su persona una potente emanación de la loción para después del afeitado Hugo Boss, hizo que las fosas nasales de Constance se fruncieran. Dieulangard precisó algunos detalles del anuncio (disposición de las habitaciones, cocina integrada, cuartos de baño independientes, etcétera), antes de componerlo e imprimirlo estampillado con el adjetivo EXCEPCIONAL en mayúsculas góticas color sangre de buey. Una vez pegado entre los demás en el escaparate acristalado de la agencia, Constance y él salieron a comprobar su efecto.

Quedaría mejor con una foto, le observó Dieulangard. Una foto dice más, expresa más cosas. Cuando ella le recordó que tampoco le importaba tanto, el agente tan sólo encogió un hombro en esta ocasión, la saludó y la abandonó ante el escaparate en el que Constance leyó cuidadosamente todos los demás anuncios de viviendas en venta y en alquiler, cada una al detalle, imaginando en cada caso otra posible vida, otros destinos, otros amores, otras penas, y preguntándose qué cambios de aspecto adoptaría en uno u otro domicilio, como se entra en el corazón de un nuevo *casting*: vestuario, peinado, maquillaje. Soñando despierta ante el cristal y reflejándose en él, aprovecha para hacer un balance rápido: retoque de rojo terciopelo Burberry 308, vistazo a su esmalte Chanel 599 PROVOCATION, se ahueca un poco el flequillo, se empolva las aletas de la nariz y retrocede un paso: plano de conjunto de Constance en el escaparate de Inmobiliaria Dieulangard, sobre fondo de pequeño tráfico de coches en la dirección única de la rue Greuze.

Blusa azul ajustada, pantalón skinny antracita, zapatos planos, corte a lo Louise Brooks y curvas a lo Michèle Mercier, lo cual no acaba de conjuntar muy bien pero sí, pega a la perfección. Treinta y cuatro años, poco activa y poco diplomada — apenas dos cursos de derecho—, esposa de un hombre cuyos negocios funcionan o al menos han funcionado, pero la vida con este hombre sólo funciona a medias: vida material fácil, vida matrimonial cero. Veleidades de divorcio, perspectivas de apaños,

rupturas seguidas de conciliaciones, todo según los días. Al hilo de ello reparte su existencia entre el domicilio conyugal, aunque cada vez con menor frecuencia, y el piso que se está planteando vender, a la espera de decidirse. Una vez trazada esta breve ficha descriptiva, Constance vuelve la espalda a su reflejo, se aleja de la agencia y desde la rue Greuze, a pie, en dirección a su raro y apacible nido, son entre seis y ocho minutos bordeando el cementerio de Passy.

No ha reparado, en ese movimiento hacia su casa, en que dos movimientos más la siguen paralelamente: el de un hombre a cincuenta metros y el de una furgoneta a cien. El hombre viste un mono de trabajo muy limpio, casi anormalmente planchado, y lo que parece ser una caja de herramientas le cuelga de una correa del hombro. Tras él, a su costado, el vehículo comercial desprovisto de portezuelas y de cristales laterales traseros ostenta en su lugar el logo de una empresa de reparación multiservicios. Como Constance acaba de pararse ante la entrada principal del cementerio, el hombre y la furgoneta se han detenido en el acto. Y como ella no tiene nada que hacer, lo cual es frecuente, como la primavera en ciernes lo permite, parece ocurrírsele la idea de darse una vuelta por el cementerio. Una vez que desaparece entre las tumbas, la furgoneta y el hombre se acercan respectivamente para aparcar a una y otra parte de la entrada.

El cementerio de Passy es, con mucho, el más elegante de París. De dimensiones bastante reducidas, es imbatible en la proporción de individuos ricos y famosos por metro cuadrado, sobre todo en el ámbito de las artes y las letras. Además, está construido en un alto, lo que permite a las personas que allí yacen mantenerse siempre por encima del nivel de los vivos. Todo contribuye a que sea un lugar de buen tono. Reina una atmósfera discreta entre las sepulturas impecablemente cuidadas, el pavimento de las avenidas se mantiene con pinzas depilatorias, el porte y el atuendo de las viudas al igual que el de los herederos denotan una distinción innata cuando armados con una regadera bajo los castaños, bajo los magnolios, acuden a refrescar a sus desaparecidos. Estos mismos supervivientes han hecho asimismo todo por su bienestar: es la única necrópolis de la ciudad cuya sala de espera tiene calefacción.

Poca gente sabe además que en el cementerio de Passy, lejos del siglo y de los focos, los residentes organizan regularmente un espectáculo de fin de año respaldado por un notable reparto: Fernandel, François Périer, Jean Servais, con Réjane y Pearl White en los papeles femeninos. Avalan la calidad de la obra el talento de otros difuntos: guión de Tristan Bernard y Henry Bernstein a partir de una idea de Octave Mirbeau, diálogos de Jean Giraudoux, decorados de Robert Mallet-Stevens, vestuario de Jean Patou y música de Claude Debussy. El telón de fondo del escenario es de Édouard Manet, la puesta en escena de Jean-Louis Barrault. El libreto de la obra está disponible en la editorial Arthème Fayard. Se desconoce en general.

Así pues, Constance se dio un paseo por el cementerio. Estábamos en abril, finales de una mañana de abril, numerosas yemas prometían abrirse en torno a las

estelas, las tuyas retoñaban a más y mejor. Los pensamientos, las caléndulas, los narcisos parecían de lo más saludables, aunque quedaban también bastantes flores ajadas, marchitas, secas sobre las tumbas, aún no retiradas por los empleados.

Cuando salió de aquella institución, se le acercó el hombre del mono azul, con expresión preocupada, sosteniendo un trozo de papel que parecía esforzarse en descifrar. Guapísimo con ese atuendo, juzgó de inmediato Constance, quien, de entrada, no deseó otra cosa que informarle. El hombre dijo que buscaba la rue Pétrarque, y la rue Pétrarque Constance desde luego la conoce bien. Para empezar, como le indicó, está al lado mismo. Y, además, hace diez años pasó allí dos meses enteros acostada con un tal Fred, sin salir a la calle, sin levantarse, sin abrir los postigos de un estudio en una planta baja que daba a un patio.

Pero Constance no precisó ese episodio. Se limitó a decir que era allí al lado, que podía acompañarle y el hombre dijo pues con mucho gusto, exhibiendo una curiosa sonrisa benevolente, connivente, inocente aunque un tanto taimada, divertida, un poco triste, extraño tío. Extraño tipo, pero lo cierto es que encantador, y a Constance le dio la sensación de que ella le gustaba, de que la atracción había sido inmediata y recíproca, de que el asunto parecía no presentarse nada mal, de que mira por dónde caía en buen momento, y subieron juntos la rue du Commandant-Schloesing hasta la esquina de la rue Pétrarque. Es éste un rincón urbano siempre tranquilo y poco concurrido al que llegaron cambiando tres palabras sobre la primavera en ciernes, mientras la furgoneta multiservicios los adelantaba lentamente. Como tampoco es muy complicado aparcar allí, la furgoneta no tardó en encontrar un sitio.

El hombre del mono se detuvo a la altura de aquel vehículo diciendo: Espere un instante, me gustaría enseñarle una cosa que podría interesarle, y Constance pareció de lo más dispuesta a interesarse. El hombre deslizó del hombro la correa de la caja de herramientas, que abrió para extraer, siempre sonriente, un taladro. Fíjese, le dijo, ¿no es una preciosidad? Es el no va más este taladro, lo mejor que se fabrica ahora. Compacto, ligero, eficaz, totalmente silencioso. ¿A que no está mal?

Mientras Constance asentía cortésmente, sintió que la agarraban de un codo: se volvió, era un tipo que acababa de salir del asiento delantero derecho de la furgoneta, y que ahora la cogía amablemente del brazo, igualmente sonriente pero mucho menos guapo: alto, huesudo, cuello descarnado, mirada de avestruz. Vea, vea, prosiguió el hombre del mono, magníficamente adaptado para trabajos de precisión, delicados y continuados. Ah, y sirve también de destornillador. Mire, lo voy a poner en marcha. Y Constance notó entonces que un tercer tipo, probablemente el conductor de la furgoneta, la cogía del otro brazo con la misma sonrisa afable, y aquél tampoco era nada del otro mundo: fornido, achaparrado, colorado, con morro de manatí. Semejante preámbulo no resulta precisamente tranquilizador de entrada, desde luego, pero habida cuenta de que los tres hombres exhibían una actitud amable, solícita, atenta, por un efecto de inocente mimetismo, Constance se puso a sonreír a su vez.

Bueno, dijo el hombre del mono, lo pongo en marcha, verá, y Constance vio en

efecto que, en medio del más profundo silencio, la broca del taladro empezaba a girar rápidamente sobre sí misma al tiempo que uno de los tipos, sin soltar el brazo de Constance, alzaba con la otra mano el portón trasero de la furgoneta. Luego, cuando el hombre del mono dirigió la broca del taladro hacia la mandíbula inferior de la joven, como haría un dentista sin pedirle a uno que abriera antes la boca, Constance dejó de sonreír. Avestruz y Manatí la sujetaban ahora por los dos brazos, con firmeza.

Todo aquello sucedía sin testigos, ya que, hallándose cerca de las grandes arterias, lo cual permite una fácil retirada, la esquina de las calles Pétrarque y du Commandant-Schloesing es, como hemos dicho, un lugar poco concurrido, ideal para solventar con discreción un asunto. Constance parpadeó rápidamente cuatro veces. Por supuesto que no voy a hacer semejante cosa, la tranquilizó el hombre del mono, sólo era para que lo viera. De hecho, voy a dejarla tranquila, anunció señalando el portón abierto de la furgoneta, si quiere hacerme el favor. Y cuando Constance se volvió hacia el vehículo, pudo ver que su espacio trasero, separado del delantero por una pared metálica, estaba ocupado por una butaca de aspecto confortable pero cuyas patas y brazos estaban equipados con correas de polipropileno con cierres de plástico. Sobre el respaldo del asiento había una elegante capucha de plástico descuidadamente doblada.

Constance dudó como dudaríamos todos, pero, al observar que la broca del taladro seguía rotando, prefirió subir a la furgoneta a someterse, sin anestesia, a aleatorias actuaciones estomatológicas. Mientras Avestruz, tan jovial y tranquilizador como una auxiliar de dentista, la acomodaba sólidamente en la butaca, vio que Manatí conversaba brevemente con el otro, que guardaba su taladro y se dirigía hacia el Trocadéro sin volverse, pareciendo dar por finalizadas sus funciones. Antes de que cerraran el portón trasero, Constance lo siguió con la mirada, lamentando el sesgo que había tomado aquel encuentro. Porque, sin la menor duda, era un tipo realmente guapo con su mono tan bien planchado, una lástima. Una lástima. Y es que Constance no puede evitar que se le ocurran esa clase de ideas; como hemos podido ver, en asunto de amores está insatisfecha.

### 3

Nos centraremos ahora en el marido de Constance, si no les importa. Ese marido se halla en este momento en el metro, en algún lugar de la línea 2, que atraviesa el norte de París de oeste a este, y responde al nombre de Lou Tausk. Semejante nombre, Lou Tausk, tiene todo el aspecto de ser un seudónimo, pero dejémoslo así por el momento, volveremos sobre eso a su debido tiempo.

Con una bolsita sobre las rodillas, Lou Tausk está, pues, sentado en el coche de cabecera de una unidad de metro que une Porte Dauphine con Nation y lo traslada todas las mañanas desde su domicilio (parada de Villiers) hacia su estudio (parada de Couronnes) y, por las noches, viceversa. Es práctico, es directo, no hace falta comprobar en cada parada el nombre de la estación ya que una voz femenina grabada lo indica dos veces: tampoco hace falta alzar cada vez la nariz del periódico o del *smartphone*. Cuando la voz anuncia Couronnes, Tausk se levanta. Cuando la voz confirma Couronnes, Tausk se dirige hacia la primera puerta del vagón, frente a la salida del andén, donde cuarenta y siete escalones, en tres tramos desiguales, lo conducirán hacia el *boulevard* de Belleville.

En ese bulevar, no hace tanto tiempo, y aun a veces ahora, había una suerte de mercado salvaje desperdigado como un solar y donde, en la misma acera, unos pobres vendían a unos pobres un pobre surtido de objetos de tercera mano, sorbetera o centrifugadora con el embalaje dañado, juego de tazas desportilladas, lotes de yogures discretos respecto a la fecha de caducidad, tostadora sin enchufe, batidora ajena a la garantía, fajos de revistas de televisión antiguas sin ilusiones sobre su futuro, juguetes viejos, guantes desaparejados, ropa vetusta y un montón de cosas que podríamos seguir enumerando.

Pero, primero, alertadas por los vecinos, que se han visto perjudicados y han acabado quejándose, las fuerzas del orden han hecho un poco de limpieza dispersando a esos negociantes aficionados, a quienes han expulsado hacia las puertas este y norte de París. Y lo que pasa, luego, es que se cansa uno muy pronto de enumerar.

En torno a la parada de metro de Couronnes, una serie de callejas irrumpen como afluentes hacia el bulevar: passage de Pékin, rue du Sénégal, rue de Pali-Kao. Tausk toma ésta tras recorrer varias tiendas chinas —furtivos efluvios de glutamato monosódico—, restaurantes tunecinos —sutiles fragancias de *ras el hanut*—, dos súper y una tienda de saldos electrónicos, «Todo a 1 euro» presenta una feroz competencia a «Todo a un minieuro». Modestos y feos edificios de fachadas humildemente enlucidas —ladrillo o piedra de París delitescientes—, se hallan en fase de demolición por razones de edad, de higiene y de especulación, para luego dar paso a los mismos, no menos feos pero más lucrativos hasta la próxima vez.

Mientras Tausk sube por la calle de camino a su estudio, entonada de pronto por un albañil con su chaleco fluorescente, se esparce con alborozo la melodía de «Vamos

a la playa», vieja canción de verano internacional que Tausk no oía desde 1983. A partir de ese momento, como si acabara de cruzarse con un mosquito, esa melodía lo va a reconcomer como una picadura sin abandonarlo en todo el día.

El hombro adormecido por la bolsa, el córtex invadido por «Vamos a la playa», Tausk llega a su estudio, vasto espacio subterráneo y por lo tanto carente de ventanas con la excepción de un tragaluz. Cuando está abierto, éste trae un poco de aire y de sonido de la rue de Pali-Kao, cuyo nombre conmemora una victoria de las tropas anglo-francesas durante la Segunda Guerra del Opio, y en cuyas aceras, no hace mucho tiempo tampoco, se negociaban aún de tapadillo diversos productos derivados de ese opio, más o menos mezclados con lactosa cuando no con cafeína, paracetamol, yeso, estricnina o detergente, y productos todavía peores que podríamos de nuevo enumerar. Pero, primero, alertadas por los vecinos, que se vieron perjudicados y acabaron quejándose, etcétera. Y lo que pasa, luego, etcétera.

Dos tercios del estudio están ocupados por aparatos productores de sonido: una decena de teclados, sintetizadores, cajas de ritmos y aparatos de efectos acústicos sobre mesas de caballetes, tres ordenadores de tamaño decreciente sobre el escritorio, y el resto es salón: butacas, sofá, mesa de centro, anaqueles combados bajo las masas de vinilos, cintas magnéticas y cajas diversas. En la pared, dos trofeos ilegibles, un disco de oro con marco de plexiglás y una foto dedicada de Lalo Schifrin. Hay también un rincón con una pequeña cocina en el que Lou Tausk, tras encender las lámparas y poner en marcha el ordenador principal, se prepara al mismo tiempo un zumo de naranja y una tetera; todo en un orden inmutable y paralelo, sabedor de que cuesta el mismo tiempo exprimir dos naranjas que poner el agua en ebullición y que la fase de lavado del exprimidor equivale al de la infusión.

Hecho esto, Tausk se sienta ante el ordenador principal, examina el documento que contiene su trabajo en ciernes, intenta mejorarlo pero transcurren pocos minutos hasta que dicha empresa se le antoja inútil. Comoquiera que sus intentos de composición no abocan a resultado alguno, abre un viejo documento de emergencia que contiene ideas antiguas —fragmentos de melodías, ensayos de disonancias, serie de acordes posibles— que tenía abandonadas, intentando acomodar esos restos y amoldarlos al proyecto existente, pero transcurre también muy poco tiempo hasta que los desecha.

Porque si bien sus asuntos, de modo general, marchan como hemos señalado, forzoso es también admitir que actualmente está bloqueado, y empieza a hacer ya bastante tiempo que lo está. Señal de desolación: teclea los dos primeros compases de «Vamos a la playa» para darse tiempo a meditar, pone el ordenador en pausa, se examina las uñas. Ve entonces el pequeño fajo de prospectos y de correo depositado como todos los días sobre la mesa por el vigilante del edificio, que tiene las llaves del estudio.

Esos documentos versan sobre un club de solteros, una oferta de crédito personalizado, la profesión de fe de una facción de soberanistas-bordiguistas

unificados, así como una propuesta de sustituir vuestra vieja bañera picada, cubierta de sarro, incómoda, inadaptada a vuestras necesidades y muy pronto a vuestra edad, por una ducha cromada de hidromasaje, alta prestación y a medida. Tausk estudia ésta un poco más detenidamente porque en el fondo por qué no, hasta que la arruga como las demás y la arroja a la papelera: una papelera llena es señal de un hombre activo. El único correo auténtico consiste en un gran sobre *beige* ceñido por un elástico, con uno blanco más pequeño prendido con un clip.

Espontáneamente, Tausk debe de sentir cierto recelo porque no abre ninguno de los dos, aplazando esa lectura como a veces aplaza uno abrir las cartas del banco. Guarda esos sobres en su bolsa, luego ya veremos, tras desprender no obstante el clip y el elástico. Pensativamente estira el elástico hasta romperlo y retuerce el clip, intenta enderezarlo en forma de perfil humano sin resultado, sin embargo al arrojarlo encima del escritorio el elástico adopta la forma del signo &: un capirotazo y hop, el signo & se transforma en arroba para luego inmovilizarse en forma de clave de sol.

Lou Tausk podría interpretar ese signo musical como un aliento para ponerse a trabajar, pero entonces suena tres veces el teléfono. El contenido de las dos primeras llamadas es más o menos de la misma índole que el de los folletos: una primera señora con acento asiático se propone venderle puertas ventanas y Tausk dice que no; una segunda señora de acento alsaciano quiere saber si se interesa por Dios y Tausk dice también que no, pero la tercera vez que suena el teléfono es Franck Pélestor, que anuncia su llegada dentro de cinco minutos.

Me alegra bastante verte, ¿no?, dice Pélestor al llegar, ¿no te parece? Es ni más ni menos el estilo de las fórmulas ambiguas, pronunciadas con voz sorda y consternada sonrisa, típicas de Franck Pélestor, un hombre achaparrado, encorvado, que fija una mirada sombría en sus pies y en el suelo que los sostiene, aventurándolos raramente a mayor altura que los de sus semejantes. Cualquiera que sea la estación, lleva la ropa abotonada y ajustada, jersey, chaqueta, abrigo, bufanda, zapatos forrados con cremallera. Ya puede llamear el sol, ya puede bailar la gente en camiseta, que Pélestor sigue vestido con los mismos tonos de gris, su piel es también un poco gris como su humor, todos los días. Al parecer teme acatarrarse, al parecer lo está, ya que extrae regularmente del bolsillo el mismo *kleenex*, endurecido, compacto, plano, cual piedra pómez o pastilla de jabón a final de carrera, del que consigue aún encontrar un fragmento translúcido para llevárselo a la nariz.

Hasta la fecha, pero ya no es cosa de ayer, la asociación de Franck Pélestor y Lou Tausk había generado éxitos. Habían salido canciones firmadas por Tausk-Pélestor que, interpretadas por Gloria Stella, Coco Schmidt y otras, no habían funcionado mal, «Nuisance» y «Dent de sagesse» habían tenido auténtica aceptación, pero si bien «Excessif» —disco de oro con marco de plexiglás— supuso al principio un éxito mundial sobre el que volveremos más adelante, la acogida de las siguientes producciones fue cada vez más restringida. «N'est-il pas» se vendió ya medianamente y «Te voici, me voilà!», una obra sin embargo más accesible, ni

siquiera fue elegida en la preselección de Eurovisión. En ese punto estaban, intentaban rehacerse y lo cierto era que costaba lo suyo.

Inútil decirte que no he escrito nada, advirtió Pélestor, si es que eso te tranquiliza, y Tausk esbozó una sonrisa de la que se deducía que él tampoco. Algo empecé, eso sí, aventuró Pélestor, pero no te gustará. Adelante, adelante, le animó Tausk. No está listo, dijo Pélestor sorbiéndose los mocos, tendría que pulirlo. Bueno, ya me dirás, se resignó Tausk alargándole un *kleenex* nuevo. No gracias, dijo Pélestor, tengo el mío, ¿dónde podríamos comer? Decidieron ir al restaurante chino de siempre, en la rue Eupatoria.

Como la mayoría de estos establecimientos, El Mandarín Pensativo se abre a un gran acuario cuyo emplazamiento auspicioso ha sido cuidadosamente escogido por un geomántico. Y durante esa comida Tausk expone a Pélestor que la producción de canciones tal como la han concebido hasta ahora se remonta a hace quince años y ya no funciona, ya no es posible, ya no compensa, hay que cambiar de rumbo. Y ese rumbo, precisa volviendo la costilla de cerdo, le da la impresión de que debe ser el de una obra más total. Ah, dice Pélestor, ¿y qué quiere decir lo de total? Te explico, dice Tausk.

Demora la respuesta mirando evolucionar la decena de carpas atontadas del acuario: tonos pastel, casi translúcidas, algunas se diría que padecen una enfermedad de la piel, evolucionando a considerable distancia de una carpa voluminosa, intimidante, que parece ostentar férreamente el poder: las pequeñas a su alrededor están alertas. Una especie de ópera, especifica por fin Tausk, de oratorio por decirlo así. Una especie de álbum conceptual, supongo que recordarás los álbumes conceptuales. En torno a una sola voz de mujer, ¿me explico? Pero primero tendrás que encontrar esa voz, objeta Pélestor. Lo sé, dice Tausk, no sé, estoy buscando. Si pudieras buscar tú también.

Así que se ponen a buscar, sin volver a hablarse, los camareros van y vienen alrededor del acuario, y, al marcharse, se cruzan con el dueño del restaurante. Es gordísimo su pez, dice Tausk por decir algo. Desde luego, admite el dueño, ahí manda él, los demás le tienen miedo. Cómo se llama, finge interesarse Tausk. No tiene nombre, sonrío gravemente el dueño. Ah, se extraña Tausk, y eso por qué. Es que no tiene orejas, sabe usted, explica pacientemente el dueño, no puede oír, no se le puede llamar. Vamos, que sería inútil, como ve, así de sencillo. No hay orejas, no hay nombre. Pues sí, dice Tausk, por supuesto, lo entiendo. Claro.

Pélestor se ha ido a su casa. Ante la inutilidad de volver al estudio, Tausk toma el metro en Couronnes y, una decena de paradas después, llega también a su domicilio de la rue Claude-Pouillet. Allí se encuentra sin perspectivas, sin casi nada que hacer, ocioso. Apenas iniciada, la tarde se presenta bajo la forma de una pelota que tendrá que empujar con el pie, hora tras hora, hasta la de tomar una copa y cenar (primer tiempo) antes de que caiga la noche (pelota nueva). Y no se presenta nada capaz de acelerar ese juego sino ir a buscar unas camisas a la tintorería de la rue Legendre y



luego ir a la tienda de retoques de la rue Gounod, un pantalón verde bastante aceptable comprado la semana pasada en rebajas, segundas rebajas, irresistibles las segundas rebajas. No es gran cosa, desde luego, pero se puede matar bastante tiempo procediendo con método. Después una vueltecita por el parque a final de la tarde, quizá, para retrasar la hora de la copa.

Pero primero Lou Tausk ha depositado la bolsa en la entrada, ha pasado al salón, se ha quitado la chaqueta y vaciado los bolsillos y, volviendo al recibidor, ha recogido la bolsa y ha vuelto al salón para vaciarla también: reaparecen el sobre grande y el pequeño que lo esperaban antes en el estudio. Vuelve a verlos con disgusto, busca un cortapapeles con lentitud, los abre con reticencia y comprende, entonces, su recelo de la mañana. El pequeño contiene en efecto una pequeña fotografía de Constance, el grande una importante petición de dinero.

Constance parece sorprendida en la foto, esboza una sonrisa disparatada, el ojo izquierdo aparece medio cerrado. El monto de la suma reclamada es igualmente disparatado. Es muy importante esa suma, es exorbitante, no la precisaremos pero el sobresalto de Tausk al leerla da una idea de su magnitud. El texto manuscrito que la precisa parece por lo demás infantil. Aderezado de vagas amenazas, está escrito por un diestro que escribe con la mano izquierda o viceversa, de forma deliberadamente zafia y con gruesas letras mayúsculas. Pequeña pausa de estupefacción, y Tausk decide adelantar la hora de la copa, «Vamos a la playa».

La foto de Constance estaba tomada inmediatamente después de la inyección de propofol, en la parte trasera de la furgoneta multiservicios tras aparcarla en un *parking* subterráneo de la avenue Foch. La caída del párpado izquierdo antes de que el paciente pierda la conciencia es un efecto secundario de ese anestésico usual, de breve actividad, ya que la rápida recuperación de dicho paciente es otro efecto. Recuperándose, pues, y reabriendo con cautela ese párpado, acompañado casi de inmediato por el derecho, Constance pudo ver dónde se hallaba instalada, a saber, un angosto alojamiento longitudinal que no rebasaba los diez metros cuadrados.

Amueblada con la cama sobre la que descansaba, con una silla colocada ante una mesilla rinconera pegada a la pared y una cómoda, todo ello de planchas de melamina satinada, esa estancia recordaba una habitación de hotel parvamente estrellado, sin papel con membrete en un cajón de la cómoda ni reglamento colgado en el dorso de la puerta, que —Constance se cercioró de ello nada más levantarse— estaba cerrada por fuera. Suelo de linóleo jaspeado, paredes cubiertas de papel pintado *beige* granuloso, con un póster violentamente coloreado que representa un caballo en una playa al caer el crepúsculo, encabritado en medio de la espuma de las olas, junto a un soporte de televisor empernado en lo alto como suelen verse en las habitaciones de hospital, pero sin televisor. En un rincón una cabina de ducha. La ausencia de sanitario podía mover a pensar en una estancia breve pero la capacidad de anticipación de Constance, ralentizada, no le daba pie aún para albergar ese razonamiento. La habitación no presentaba ningún signo distintivo, ningún detalle pertinente que permitiera identificar en qué edificio, en qué ciudad ni aun en qué continente pudiera hallarse.

Para distinguir todo eso, un aplique fusiforme fijado junto a la cama constituía la única fuente luminosa, pues si bien existía una ventana carente de cortinas, estaba cegada por un estor firmemente bajado, listones apretados a fondo sobre sí mismos, sin intersticios que filtraran el menor atisbo de luz, artificial o no. Se habían llevado la larga manivela que habría permitido subir ese estor.

Aunque aun así se acercó a la ventana, Constance no tenía la menor idea de qué hacía allí, ni por qué, ni cómo, ni se le ocurría preguntárselo. La gravedad de la situación le hacía descartar toda curiosidad sobre sus motivos, sus modalidades, incluso todo temor respecto al futuro. Lo mismo le ocurría con el pasado, sus recuerdos se detenían en su visita a Philippe Dieulangard, tras la cual no se presentaba ningún otro. Incluso el paseo por el cementerio de Passy se había ausentado de su memoria. Cuando su mirada se fijó, por azar, en un punto rojo orlado de rosa en el tercio de su antebrazo izquierdo, le vino a la memoria el recuerdo de la inyección pero como un hecho puntual, puramente físico y sin contexto. A continuación el tiempo presente se le sustrajo al igual que el pasado cuando, al deslizar la mirada a lo largo del antebrazo, Constance observó que a la altura de la

muñeca alguien le había quitado el reloj.

Depositada al pie de la cama, reconoció su bolsa, de la que rápidamente hizo inventario y a primera vista no faltaba nada: pasaporte, cartera con dinero dentro, llaves de su casa, teléfono móvil. Éste, desprovisto, eso sí, de la batería y de la tarjeta SIM, no podía serle de la menor utilidad, no porque se le ocurriera espontáneamente la idea de llamar al alguien, sino porque por lo menos habría podido indicarle la hora. Hubo de pensar en maquillarse para comprobar que su estuche de maquillaje, esmalte de uñas, pintalabios, polvera, espejo, no estaban ya allí: confiscados, al parecer.

Imposible saber, pues, dónde y cuándo se hallaba, ni cuánto tiempo había durado su sueño artificial: acaso breve ya que la marca del reloj de pulsera era aún visible, y sus costuras laterales estaban incrustadas en la piel. Hasta que de repente le entraron ganas de dormir, ilógicamente ya que acababa de despertarse. Pero habida cuenta de que el entorno no le procuraba ni diversión ni alternativa alguna al sueño, parecía no haber otra cosa que hacer. Y fue al echarse cuando, enfrascada en lo que vivía en el momento, percibió por fin un fenómeno masivo del que no había cobrado conciencia al abrir los ojos: el ruido. El ruido intenso. Un ruido de fondo gigantesco e ininterrumpido.

Pese a la ventana cerrada y el estor bajado, irrumpía en efecto en la habitación un zumbido de motores continuo, muy próximo y cuyas vibraciones se transmitían a los muebles. A juzgar por el volumen y el sonido de aquellos motores, debía de tratarse de un tráfico de camiones pesados, seguramente de grandes camiones pesados, sin duda una gran cantidad de enormes camiones pesados cuyos distintos retumbos indicaban incesantes cruzamientos, adelantamientos, cambios de marcha y dobles desembragues, en un eje vial situado debajo mismo de la ventana y que, dado el volumen sonoro, debía de contar con al menos cuatro carriles, si no seis. Este considerable fenómeno constituía en cualquier caso un indicio: cualquiera que fuera el punto del mundo donde se hallara, Constance no estaba apartada de toda civilización.

El que hubiera tardado tanto en cobrar conciencia de semejante estrépito puede sorprender, de hecho le extrañó. Y es que la enormidad de aquel volumen sonoro, que igualaba la del silencio, se había convertido tal vez en su exacto punto inverso hasta el extremo de serle equivalente. Tal vez. Comoquiera que sea, si bien el intenso tráfico de aquel eje camionero no había turbado su letargo químico, otro cantar iba a ser abordar con él un sueño normal. Llegado un momento, tras apagar la lámpara, dar vueltas y más vueltas en balde en la cama, intentar taparse los oídos con las esquinas de la almohada y volver a encender la lámpara, el póster del caballo en la playa hizo surgir un recuerdo.

Recuerdo de infancia: casa de vacaciones a orillas del océano, playa a dos pasos, noche cerrada, dormirse en paz, mecida por la plácida sucesión de las olas, su flujo y reflujo regular, unas nacientes y amplificándose, resonando cuando otras se extenuan, se desploman y se extienden morosas sobre la arena susurrando, reducidas al estado

de espuma. Aunque el océano no fuese, al agitarse, menos ruidoso y mugiente que un tráfico de camiones pesados, lejos de impedir dormir a Constance, aquel ir y venir era por el contrario un eficaz narcótico. Nada le impedía ahora imaginar los motores de los camiones como hipnóticas olas, siempre que hiciera abstracción de sus violentos frenazos, de sus brutales arranques y sobre todo de que las olas no pegan bocinazos.

Y en medio de esa trapatista se oyó nítidamente al otro lado de la puerta un tenue sonido metálico: el de una llave moviéndose en la cerradura.

Lou Tausk no acudió a denunciar el caso a la policía. Primero por aquellas amenazas, aunque se le antojasen pueriles, y luego porque tiene sus razones. Mejor no precipitarse, tomarse tiempo para meditar e ir a Neuilly a consultarlo con Hubert, cosa que no le hace mucha gracia. Ver a Hubert, ver Neuilly no le hace gracia, pero es necesario hacerlo: a la mañana siguiente, volvió a tomar el metro. Retornó a su línea habitual, esta vez en sentido inverso, y a su sistema de anuncios sonoros automáticos.

Y así, una bonita voz de mujer —no quedaría nada mal, por cierto, en su álbum conceptual— procede en dos tiempos, antes de cada parada, para anunciar la estación. Primero un tono informa de cuándo va a entrar el tren: tonalidad de aviso, casi interrogativo, curva melódica ascendente: atención, llegada. Y una vez llamada la atención del usuario y alcanzada la estación, su nombre es pronunciado de nuevo pero de modo terminante, inflexión que va descendiendo y que confirma la llegada: ya está, ya hemos llegado.

El nombre de cada estación, por otra parte, se articula de modo neutro cuando, según la persona o el lugar que evoca, podría adaptarse a ellos individualizando un poco el asunto: podría ser un acento dramático en Stalingrado, flamenco en Amberes, devoto en La Chapelle o corneliano en Roma —que no está ya en Roma, está donde yo estoy—. <sup>[1]</sup> Pues no, fuera lo personal, a todos se les trata igual. La sucesión de esas dos tonalidades, ascendente y descendente, suena casi como si la voz hiciera encontrarse a dos personas durante una fiesta mundana, lo cual las más de las veces carece de sentido: no hay ninguna razón para hacer que Pigalle y Jaurès se conozcan. Salvo en el caso de que se presentase una mujer llamada Blanche a otra mujer llamada Blanche, o Alexandre Dumas padre a Alexandre Dumas hijo, en fin.

Así pues, Tausk tomó la línea 2 hasta l'Étoile, desde donde tomó la 1 en dirección Neuilly. Un cambio poco complicado pero los pasillos y las escaleras mecánicas averiadas, ya disgustado como estaba, empezaron a crisperle. En los asientos abatibles, se vio obligado a sentarse al lado de una joven madre que tenía sentado en las rodillas a un lactante a primera vista sereno, pero al que Tausk echó una mirada circunspecta. El lactante no tardó en ponerse a berrear como era probable que hiciera, y, por más que la madre intentaba obturarlo con un chupete, Tausk se puso aún más tenso.

En esa línea 1, también se repiten automáticamente los nombres, pero la chica que presta su voz al sistema no tiene ni la dulzura ni la deferencia de la que sonoriza la 2: para empezar pronuncia con indiferencia el nombre de la estación —lo cierto es que parece importarle un pimiento— y, al entrar en la estación, lo repite con tono irritado —por si no se han enterado ustedes se lo recuerdo, pero quede claro que lo hago por ustedes—. El tono es mucho, pero muchísimo menos atento. Encima, el vagón donde viaja Tausk cuenta con la animación de un mandolinista provector que brutaliza

melodías napolitanas, lo cual hace subir un punto su exasperación: cuando está de un humor de perros, los ejecutantes de steel guitar o de bandoneón, de cornamusa o de rondador que pasan de vagón en vagón y, en las mismas estaciones, los quintetos de cuerda o los coros de Europa central instalados en los pasillos le dan siempre ganas de ponerse a disparar a troche y moche.

Al llegar a Neuilly, Tausk abre el móvil y llama al vigilante del edificio de la rue Pali-Kao para saber si ha llegado más correo. Un momento, se afana el vigilante, de pie en el vestíbulo del edificio y apretando bajo el brazo un fajo de sobres que ha encordelado el cartero. Precisamente estoy haciendo el reparto, un momento, que lo miro. Y entonces aparece de espaldas, empujando la puerta del vestíbulo hacia la calle, un corpulento individuo de cabeza calva o afeitada, vestido con un traje gris y holgado que le hace parecer más corpulento.

No hay prácticamente nada, constata el vigilante, sólo una cosa de su mutua y algo que parece una factura, tipo gas. Entretanto, como el traje gris se ha vuelto, hemos podido distinguir su rostro marcado por una señal especial: larga mancha rojiza de nacimiento extendida en lo alto de la frente, angioma que adopta exactamente la forma de Nueva Guinea, más o menos con sus menores cabos, istmos y golfos. Bueno, dice Tausk, reemprendiendo la marcha hacia el despacho de Hubert, llámeme si hay algo más.

El palacete de Hubert, cuya planta baja alberga las oficinas, le sirve también de domicilio principal. En cuanto al propio Hubert, que es el asesor jurídico de Tausk, es también su hermanastro menor. La identidad completa de Hubert es Georges-Hubert Coste y, al provenir ambos de un mismo padre, el auténtico nombre de Tausk es Louis-Charles Coste. Pero al no acabar de ser ese nombre el más apropiado para el mundo del espectáculo cuando Tausk se lanzó a él, decidió adoptar, como habíamos anticipado, un nombre de escena: Lou Tausk. Lou por Louis, Tausk por Tausk (1879-1919) y porque le parecía que sonaba bien. Por respeto a su decisión, seguiremos designándolo así.

El palacete de Hubert está flanqueado por un jardín por detrás, y por delante, por un patio cuya gravilla cruje de placer bajo los neumáticos de los costosos vehículos de una clientela que acude a consultar a Hubert sobre cuestiones de derecho fiscal, derecho de negocios y derecho de sociedades. En cuanto Lou Tausk entra en el vestíbulo, decorado con un óleo en gran formato de Tancrède Synave, sale a recibirle Hubert, en absoluto vestido como el clásico abogado: polo verde tilo un poco descolorido bajo los brazos, vaqueros de pata de elefante desfasada, mocasines con borlas. Y es que Hubert, archiconocido en su profesión, dispone de un abanico de clientela lo bastante rica y variada como para permitirse un estilo vestimentario aplicadamente desaliñado. De ese modo relaja a los peces gordos con los que se encuentra en el golf, en el tenis, en el *squash*, de ese modo no amedrenta tampoco al quídam anónimo, magnetizado por la reputación de Hubert pero tranquilo al ver que un eminente jurista, tan sencillamente vestido, se ocupa de sus humildes intereses.

Hubert se gana así el respeto fascinado del quídam, le hace tomar conciencia del honor que recibe hasta el día en que, hechas las cuentas, la secretaria de Hubert participe al quídam anonadado el monto de sus honorarios.

Dientes immaculados, cabello tupido peinado hacia atrás realzado con una onda indócil, mechón sabiamente pertinaz que se recoge mientras galopa ágilmente hacia Tausk. Hubert estrecha a Tausk en sus brazos, es lo que se hace en familia, Tausk se aviene a ello de mala gana evitando que se vea, imposible atajarlo aunque sólo consista en un rudo entrechocar de pómulos, en el caso de Hubert bastante prominentes; resulta un poco doloroso para Tausk pero ya está hecho. Hubert Coste es más alto que Tausk, más esbelto, más sonriente, más bronceado, más musculoso, más cuanto quepa imaginar y omitiremos a su puta preciosidad de mujer y a sus jodidos maravillosos hijos. Físicamente es perfecto, cosa que Tausk, cada uno con algo de su madre, es menos.

Tal vez por eso Hubert dirige cada vez a su hermanastro una observación supuestamente reveladora de su atenta afección. Así, esta mañana, sin dejar de sujetar a Tausk por los hombros y retrocediendo para examinarlo, se inquieta: Te veo un poco rojo ahí, ¿no? Ah, se aterra de inmediato Tausk tocándose medrosamente una mejilla. En cualquier caso, has cogido color, dice Hubert, eso está bien. Habrás ido a descansar al sol, supongo. No lo creo, se evade Tausk. Bueno, sí, miente enseguida, la semana pasada, será eso. Está muy bien, reitera Hubert, sacudiendo una auténtica o falsa mota de polvo en la manga del hermanastro, tienes que tomar el aire de vez en cuando, ¿y qué te trae por aquí?

Pasan al despacho, Tausk expone la situación. Constance raptada, petición de rescate, foto preocupante, amenazas habituales y ¿qué hacemos? Una situación a decir verdad tan usual, como hemos visto tantas veces, que estamos todos un poco incómodos: Tausk por su humillante petición a su hermanastro menor, Hubert porque Tausk ha venido de nuevo a tocarle otra vez las narices de gorra, yo mismo por una trama tan convencional.

Pero como siempre Hubert lima las asperezas, aplana los escollos, borra los obstáculos. Esto me huele a pringados, estima, a golpecillo de aficionados. Tú no pagues nada, créeme. No te manifiestes, primero a ver qué dicen, espera a que se pudra el asunto. Ellos serán los primeros en cansarse. O si no, te entiendes con la poli, dejás que se encarguen ellos y tú no tienes que hacer nada. Me jode un poco la poli, susurra Tausk. Pero ¿por qué?, pregunta Hubert, de pronto interesado. No, por nada, dice Tausk, es que la poli siempre acaba tocando las narices. Bueno, concluye Hubert levantándose, me mantienes al corriente.

Durante su regreso en el metro, Lou Tausk le da vueltas largo rato al asunto y, para distraerse, intenta pensar en otra cosa. Estaría bien poder mirar el paisaje pero, al no ser aérea la línea, no se ve nada por la ventanilla salvo su propio reflejo, y por el momento eso basta y sobra. Quedan los otros usuarios, que siempre se pueden examinar, pero, en el metro, conviene no escrutar demasiado a la gente. No hay que

mirarlos mucho rato, ni a las mujeres porque puede ser mal interpretado, ni a los hombres porque también puede ser mal interpretado. Quedan los niños: lo bueno que tienen los niños es que puede uno mirarlos cuanto le venga en gana, incluso a los ojos, hasta se les puede sonreír sin temor a represalias. Eso parece.

Lo parece porque, en realidad, tras su máscara de indiferencia y de candor os calan, toman notas, se informan sobre vuestra situación, os identifican al menor detalle mediante sus superpoderes, os fichan, os apuntan en su lista y un día u otro, una vez adultos y aun antes, en cuanto estén en edad de ajustar cuentas, comprenderéis vuestro dolor.



Que la poli nos toque las narices no es del todo falso, por más que puedan tener también, se han dado casos, sus lados buenos. Pero Tausk se acuerda de un asunto sobre cuyos detalles no le gustaría ver refrescarse la memoria policial.

Lo recuerda, aquello se remonta a hace unos treinta años, todavía se llama Louis-Charles Coste, se identifica con una ideología de ultraizquierda autónoma radical, profesa confusas convicciones consejistas e intenta componer una música, igualmente radical y confusa, que imagina al diapasón de tales convicciones. Acaba de comprar su primer teclado marca Farfisa, acaba de asociar a su proyecto al percusionista aficionado llamado Clément Pognel, muchacho bastante simpático rubio-rojizo un tanto soso, sin nada particular salvo una cicatriz en forma de w en el pómulo, totalmente abnegado y del que Louis-Charles critica el uso esquemáticamente binario, por ende reaccionario, que hace de su instrumento. Louis-Charles ejerce tan poderoso ascendiente sobre Pognel que esa relación de fuerza raya en la servidumbre, si bien ambos, cada cual a su modo, gozan de esa relación de autoridad. Tanto musical como políticamente, las ideas las dicta Louis-Charles, Clément Pognel procura seguirlas sin discutir.

Llega un momento en que, no obstante el desprecio que inspiran a Louis-Charles la totalidad del mercado cultural y la cultura en general, el progreso de sus composiciones le da la idea de grabarlas, claro que sí, y de hacer un disco. Erigido en sus posiciones inflexibles, no se plantea ni por pienso hacer una audición ni proponer una maqueta de su obra a las grandes firmas discográficas proscritas —también las marginales se venden al capital—. Hay que contar con sus propias fuerzas y autoproducirse, lo cual supone un presupuesto del que Louis-Charles Coste no dispone. Pognel ofrece a ciegas sus pequeños ahorros, que distarán de ser suficientes y se evaporarán tan pronto como Louis-Charles se apresure a aceptarlos. Va pasando el tiempo mientras nace y madura, conforme a sus ideas, el proyecto de ir a buscar dinero a donde está: un banco, estimado Clément, de cuyo contenido nos vamos a apropiar. No será muy complicado, son cosas que se hacen a diario, como lo demuestra una lectura razonada de las páginas de sucesos.

Hay que empezar a organizar la jugada. Louis-Charles elabora también un programa sobre el particular, que Pognel suscribe sin pestañear. Empiezan pasando bastante tiempo en el cine para estudiar las escenas de atracos. A continuación intentan hacerse con dos armas, accesorios de obtención dificultosa cuando no se conoce a nadie. Tan sólo encuentran una en estado aceptable, una pistola PAMAS G1 robada en casa de un gendarme por no sabe exactamente quién, y comprada, más bien cara, a no se sabe qué otro quídam. La única otra disponible es una impresionante Borchardt C-93, pero es un arma de coleccionista con el mecanismo de disparo soldado e inutilizado, por lo que no puede propulsar ni un solo proyectil; a falta de otra cosa mejor contarán tan sólo con su capacidad persuasiva, y se encargará de ella

Pognel. Queda elegir el banco en el que se proponen intervenir y acuerdan una entidad bancaria discreta con escasa clientela, en la breve y compacta avenue de Bouvines, por la zona de Nation. Como tienen previsto aparcar un coche delante de ese establecimiento para huir a toda velocidad al finalizar la operación, tendrán que esperar por lo menos una semana hasta que quede libre una plaza de aparcamiento.

Llegado el día, se calzan unos guantes. Pognel se enfunda rápidamente un pasamontañas al entrar en la entidad bancaria. A Louis-Charles le ha parecido astuto ocultarse tras la máscara de un político, secretario general en ejercicio del Partido Comunista Francés. Una vez que irrumpen en el local, inspirándose en las numerosas películas que han analizado, se ven obligados a hacer dos intentos para llamar la atención del personal y de los contados clientes. Aunque sus voces suenan poco seguras, aunque enarbolan con torpeza sus armas, los empleados obedecen sus órdenes y los clientes se tumban en el suelo. Cuando Pognel se dirige hacia la caja — los bancos de hace treinta años estaban menos protegidos— y alarga una bolsa de deporte al encargado, los empleados acatan tanto más esas órdenes cuanto que han advertido de inmediato las negligencias del procedimiento, su llamativa ausencia de madurez: saben que está todo previsto para precaverse de tales excesos de conducta.

En efecto, mientras el cajero obedece dócilmente, metiendo fajo tras fajo en la bolsa ante los ojos atónitos de Pognel, dos vigilantes surgidos de no se sabe dónde proceden a maniar a Louis-Charles, que intenta soltarse. Al realizar ese movimiento, su máscara se desplaza, sus ojos no se ajustan ya a los ojos de Georges Marchais: al no ver nada, aprieta al buen tuntún el gatillo de la pistola. Una bala se aloja en la vesícula biliar de un vigilante, que se desploma; pero cuando Louis-Charles intenta de nuevo hacer uso de su arma, la segunda bala no acude a la cita. La detonación ha causado pánico, desorden general, terror en el que se abre un breve intersticio: Louis-Charles se arroja al intersticio arrancándose la máscara, tira la pistola, sale del banco a la carrera y huye enajenado, dejando el automóvil aparcado en la avenue de Bouvines —no sabe conducir, el permiso lo tiene Clément Pognel.

Pognel, defraudado por el giro que ha tomado la situación, al encontrarse solo y plenamente consciente de que su arma es inofensiva, no intenta siquiera blandirla para intimidar a los presentes, la deja colgando del brazo mientras se quita el pasamontañas. Me rindo, no tiene tiempo de balbucir tontamente porque de inmediato, olvidando su comedimiento, el personal y los clientes se suman al vigilante indemne para arrojarse sobre Pognel, arrancarle su inútil artefacto antes de hacerlo puré —salvo uno que, sustrayéndose de mala gana de la carnicería, se sacrifica para llamar a la policía—. Después el asunto sigue su curso normal y Pognel carga con todo. Aun cuando él no es el autor del disparo y la vesícula biliar no es un órgano vital, el acto es calificado de tentativa de homicidio que, unido a robo a mano armada, aboca a diez años de cárcel.

Durante los interrogatorios subsiguientes a esa operación, Pognel se limita a observar un silencio cortés: no cuenta nada de su participación en el plan, se niega

firmeramente a denunciar a su cómplice. Tal vez se considera único responsable de ese fracaso, pues nunca ha dejado de admirar a Louis-Charles y se sacrifica para proteger a su amigo. No se comunican ni una sola vez durante la estancia en la cárcel de Pognel, y cuando sale de prisión, tampoco intenta ponerse en contacto con Louis-Charles, que no acude una sola vez al locutorio. No cabe descartar que Clément Pognel recriminara a Louis-Charles que lo cargase con el mochuelo y luego lo dejara en la estacada. Aunque quizá el delito había prescrito, cosa que Louis-Charles nunca intentó esclarecer. El caso es que fue él el inspirador de la fechoría y quien disparó, todo eso sigue siendo delicado y más vale no levantar la liebre de cara a las fuerzas del orden y de la justicia. En cualquier caso, Louis-Charles, transformado en Lou Tausk, no tiene la menor idea de la situación actual de Clément Pognel. No sabe ni quiere saber dónde está, cómo vive ni si vive aún.

Pero nosotros, siempre más informados que nadie, sabemos muy bien dónde está Clément Pognel. No nos ha costado nada localizarlo: en este mismo momento se halla caminando acompañado de una mujer por el paseo central del *boulevard* de Charonne, hacia Nation, no lejos de la entidad bancaria donde, treinta años atrás, cometiera su acto delictivo. A la altura de la estación de metro Avron, ante una señal imperiosa de aquella mujer y tras ella, cruza el bulevar hacia un supermercado. Pognel es un hombre no muy alto, no del todo feo pero tampoco muy guapo. Luce un bigote pelirrojo muy despejado que deja a la vista el labio superior, aunque para darle más volumen parece no afeitarse expresamente los pelos de la nariz. Los cristales de sus gafas, plantados sobre esta última, están grasientos. Vestido con una cazadora de algodón y unos vaqueros baratos y calzado con unas zapatillas de deporte amarillas, se cubre con una gorra gris en la que aparece escrita la palabra DIAZEPAM y cuya visera de plástico oscuro transparente suaviza, en su pómulo, su cicatrizada. Cabe observar que cojea.

Sale de compras acompañado de esa mujer que, al parecer dominándolo, señala brevemente los artículos alimentarios de los anaqueles, y Clément Pognel, tras ella, los coge sin discutir y los deposita en el carrito que empuja. La mujer, de unos cuarenta años, es morena, oronda y robusta, pelo negro cortado muy corto, *piercings* en el arco ciliar y en la nariz, tatuaje de aficionado que representa vagamente un perro en el antebrazo izquierdo y que probablemente se ha hecho ella misma, camiseta y pantalón ceñido negros, muslos gruesos, pechos grandes, voz ofensiva, mirada belicosa.

Clément Pognel no debe de conocerla desde hace mucho, incluso puede que acabe de conocerla, ya que entre dos trasiegos de conservas ella le pregunta cómo se llama y él contesta Clément Pognel. Su voz es inmadura y suave, hasta el punto de hacerlo parecer más joven que la cuadragenaria cuando no es para nada el caso, tendrá seis o siete años más que ella. Y cómo es que cojeas tanto, le pregunta con rudeza. Me viene, declara Pognel, de cuando estaba en la cárcel.

Recuerda, treinta años ha, cómo lo maltrataron al principio de su detención

cuando se resistió a convertirse en esclavo sexual: le fracturaron una rodilla contra el lavabo para que se hiciera una idea adecuada del panorama, para que se empapara bien de la cultura reinante, hasta que todo fue a mejor en cuanto puso sus orificios a disposición de un protector, luego de varios protectores y luego de un número indeterminado de clientes de esos protectores a quienes éstos alquilaron a Clément Pognel por medias horas. Y como daba plena satisfacción a todos, quisieron que se quedara, disfrutar de sus servicios el mayor tiempo posible, de modo que ante cada perspectiva de liberación anticipada le crearon toda suerte de atolladeros con el fin de que cumpliendo Pognel su condena hasta el final, pudieran aprovecharse de él hasta el máximo.

No demasiado escandalizada por semejante etiología de su cojera, la cuadragenaria parece por el contrario disfrutar de ese relato. Examina a Clément Pognel con cara de codicia cuando él, por su parte, le devuelve una sonrisa lastimosa. Cabe imaginar, dadas las relaciones nacientes de las que ambos parecen esperar alguna satisfacción, que la cuadragenaria muestra cierta inclinación a la sujeción del prójimo y que Pognel, tras haberse sometido de buen grado a Louis-Charles, ha desarrollado ese gusto en el ambiente carcelario.

Y aparte de eso, le pregunta ella, ¿a qué te dedicas? Pognel responde que es almacenero en una empresa de electrodomésticos rebajados llamada Titan-Guss, en Villeneuve-Saint-Georges. Pues viene que ni pintado, dice la cuadragenaria, acaba de dejarme tirada el microondas. ¿Está aún en garantía?, se interesa Pognel. No lo sé, dice ella, me extrañaría. De los microondas, la informa él, hacen muy buenos precios donde trabajo. No te estoy hablando de precios, precisa ella, me refiero a que podrías conseguirme uno por la vía rápida. Y, habida cuenta de que la sugerencia suena más bien a una orden, Pognel dice que verá qué puede hacer.

¿Y usted?, pregunta. ¿Yo qué?, contesta agresivamente la cuadragenaria. Pues usted, repite Pognel, que cómo se llama. Marie-Odile, contesta la cuadragenaria. Un nombre muy bonito, aventura Pognel. Sí, reconoce Marie-Odile, no está mal.

Cuando se abrió la puerta ante los tres hombres de la esquina de la rue Pétrarque, Constance cerró los ojos, pues de repente los recuerdos le volvían todos a la vez. Habría necesitado cinco segundos para organizarlos por orden pero no tuvo tiempo. Uno de los tres se inclinó hacia la cama y le habló con voz acariciante, casi afectuosa, disculpándose por despertarla. Al volver a abrir los ojos reconoció al hombre apuesto que, vestido con un mono y en plena calle, le mostró el taladro. Vestido de otro modo, el hombre le pasó dos dedos por la frente y le comunicó que se llamaba Victor.

Detrás del tal Victor, Constance reconoció a los dos que la habían llevado a bordo del vehículo comercial. Se mantenían a poca distancia y le sonreían también, haciéndole un amable gesto con la mano, amistoso y apacible, como si asistieran a su despertar posoperatorio en la habitación de un hospital. Veo que todo va bien, decretó Victor, y acto seguido, volviéndose y alzando la voz —la furia de los camiones pesados se redoblaba bajo la ventana—, confirmó que todo iba bien a los otros, que ensancharon más su sonrisa. Se acercaron a la cama de Constance y Victor se los presentó: el avestruz se llamaba Jean-Pierre, el manatí Christian. Jean-Pierre y Christian tampoco vestían como el otro día, sino que llevaban chaquetas y pantalones como se ven habitualmente, corbata de rombos en el caso de Christian, cuello abierto en el de Jean-Pierre.

Como no hacían nada para enmascarar su rostro o deformar sus voces, se llamaban llanamente por sus nombres de pila —por más que fuesen falsos—, se mostraban afables y atentos, era tranquilizador a primera vista aunque la idea de que pudiera no serlo —les he visto las caras, o sea que pueden matarme— cruzó por la mente de Constance, pero la descartó de inmediato. Os he traído un café, anunció Victor, tomaremos todos un café. Se lo bebieron, no era malo, lo comentaron y luego Victor dijo que había que ponerse manos a la obra. Jean-Pierre y Christian se dirigieron hacia la puerta, salieron a una especie de descansillo y procedieron a transportar algo que sonaba a objeto muy pesado. Constance los oía darse breves instrucciones, consejos prácticos de hombres avezados en esa labor. Ojo a la izquierda, que no va a entrar. No, un poquito más arriba. Así. Levanta, ahora. Sus voces eran pausadas. Procedían, metódica y pacientemente, como transportistas de pianos, sólo faltaba que Victor sostuviera un recibo de entrega en la mano.

El objeto pesado consistía en una caja muy voluminosa que sonaba sordo y hueco a la vez, caja de tamaño humano, es decir de ataúd, y Victor debió de ver tensarse las facciones de la joven. La tranquilizó afectuosamente, le aconsejó que no se preocupase al tiempo que le tendía un vasito decorado con florecillas danzantes amarillas y rojas, rogándole que se bebiera el contenido. Lo hizo, sabía a salvia y a verbena, sintéticas pero tampoco estaba tan mal, y enseguida se sintió más relajada. Cogiéndola por debajo de los brazos y por los tobillos, Jean-Pierre y Christian la tumbaron con suavidad en la caja, poniendo su bolso junto a ella. Victor volvió a

sonreírle, le acarició la mejilla, le preguntó si se encontraba bien, Constance quiso decir bien pero el contenido del vasito había hecho efecto muy rápidamente, y sólo pudo balbucir b.

Luego Victor puso la tapa de la caja encima de ella, de pronto se hizo la oscuridad. Constance mantuvo los ojos abiertos, y de su boca también abierta corría un poco de baba, pero seguía encontrándose bien y aun cada vez mejor. Cuando notó que, una vez ajustada la tapa, se ponían a clavarla, aquello resultó menos agradable aunque tampoco aterrador, por más que los martillazos le castigaran los tímpanos y que cada clavo pareciera evitar su cuerpo por los pelos.

Si bien disponía de un resto de presencia de ánimo, Constance temió asfixiarse en aquella caja, pero al parecer sus nuevos amigos pensaron lo mismo, pues se habían agenciado un taladro —sin duda el mismo del otro día mediante el cual abrieron agujeros para la respiración encima mismo de su cara, tuvo que cerrar la boca y los ojos para evitar que le entrara el serrín—. Notó que levantaban la caja y que la acarreaban, sin percibir gruñido ni queja alguna que denotara un esfuerzo por parte de los portadores. Los únicos ruidos: estrecho eco de pasillo, vibración de ascensor, amplia resonancia de garaje, topetazos de la caja cargada en un maletero, arranque de motor diésel y se durmió.

Se despertó, esta vez, en un sillón relax multiposiciones en el que las gomas que sujetaban la tela con los tubos estaban raídas, huecas, acartonadas por el desgaste. Desde ese sillón a cuyos pies estaba su bolso, Constance reparó lentamente en una chimenea saturada de hollín con unos morillos desaparejados, un fregadero amarillento con utensilios oxidados y una cocinilla de butano obsoleta y sin tubos que la conectaran con nada. En las paredes, dos o tres marcos desconchados y de través contenían imágenes mustias que representaban escenas de la guerra del 70 y, pringoso, un globo de vidrio opalino se alzaba sobre una mesa sembrada de restos alimentarios sobre los que, única señal de vida, se afanaba una congregación de moscas, la mayoría gordas y verdes. Producto probable de decenios de ausencia o de negligencia, pringado de capas de polvo solidificadas, conglomeradas, coalescentes, el conjunto resultaba apenas visible en una penumbra que excluía toda idea de color. Volviéndose en su sillón, Constance observó también tras ella una estantería lo bastante recia como para aguantar, alineados en orden, los diez volúmenes del diccionario enciclopédico Quillet. No había otra obra allí que pudiera indicarle —listín telefónico o guía local— en qué región o país se hallaba.

En lo que respecta a la luz, entraba una poca por una puerta ventana entreabierta, lo cual no le pareció un buen augurio a Constance. El que no se hubieran molestado en cerrarla y el que ella misma pudiera moverse a su antojo hacía descartar toda tentativa de huir. Los cristales de la puerta ventana estaban manchados y cubiertos de excrementos de dinastías de insectos y arañas, antes de que éstas devorasen a aquéllos, y por el resquicio Constance pudo ver una breve perspectiva de malezas que bordeaban un prado. La hierba estaba alta en ese prado, pero un pasadizo bastante

hollado llevaba a una suerte de claro convertido en terraza, con hamacas y una bandeja con vasos sobre una mesa a la sombra de un tilo.

En lo que respecta al ruido, pocas cosas: zumbidos de insectos y piar de pájaros, entrecortados por retazos de silencio que creaban a su vez un relieve: banda sonora rural, plácida y pacífica aunque, llegado de lejos, el aullido lejano de un animal quebró de pronto el sosiego de las cosas: grito potente, desgarrador, que sobrecogió a Constance como un chorro de ácido, navajazo o mina antipersonal, y del que no hubiera podido decir, onagro o gliptodonte, de qué clase de animal podía provenir. Y como si acabaran de preparar así su entrada en escena, aparecieron en el umbral Victor y sus colaboradores.

Se habían cambiado desde la última vez. Habida cuenta de que estaban en el campo, aparentemente con buen tiempo, se habían permitido una indumentaria de fin de semana relajado. No más corbata para Christian sino un pantalón de *jogging* rosa claro y una sudadera informe que acentuaban su redondez. Jean-Pierre había optado por unos vaqueros de tubo y una camisa Lacoste. El único en ir vestido de ejecutivo, Victor preguntó con voz suave si Constance prefería té o café, pero la joven se limitó a negar con la cabeza.

Bien, admitió Victor, como guste. De todas formas, tampoco tardaremos en comer. Hemos ido de compras y tenemos lo necesario, ¿le gustan los merguez? Hasta podríamos comer fuera, abriremos una sombrilla, pero creo que necesitaremos un poco de pan. Jean-Pierre y Christian irán a comprarnos pan, ¿verdad, Jean-Pierre? Pero es que no llevo aquí la cartera, objetó Jean-Pierre mientras Christian señalaba la ausencia de bolsillos de su pantalón de *jogging*. Yo tampoco la llevo, constató Victor palpándose los de su chaqueta, es una tontería pero se me ha olvidado coger la mía. Lo siento, dijo a Constance, me da rabia preguntárselo pero ¿no tendrá algo de suelto? Poca cosa, eh, lo justo para comprar dos o tres *baguettes*. Con mirada ausente, Constance hurgó en su bolso y extrajo un billete de cinco del monedero. Muchísimas gracias, se disculpó de nuevo Victor. Se lo devolveré, por supuesto, no olvide recordármelo.

Mientras ellos se afanaban, la mirada de Constance se dirigió hacia la terraza en segundo plano, no lejos. Acababa de acomodarse allí en una tumbona de rayas un tipo corpulento y recio, y a su lado, sentada con la punta del trasero en una hamaca de plástico verde, una mujer menuda, paliducha y grácil dirigía al hombre miradas impregnadas de piedad. Haciendo chirriar bajo su peso la tela de la tumbona, el corpulento individuo ostentaba una mancha oscura en lo alto de la frente, a no ser que fuera la sombra del tilo. Constance lo vio extraer de un bolsillo un papel doblado en cuatro y de otro bolsillo un móvil en el que marcó un número para tender luego el aparato y el papel a la joven. Ésta, tras vacilar un poco, pareció leer en el teléfono el contenido de ese documento. Cuando devolvió el aparato al hombre, Constance estaba demasiado lejos para oírla indicar que no había podido conectar con la persona en cuestión, que había salido un contestador, que la persona oiría por lo tanto el

mensaje a su regreso y que eso debía de ser suficiente, ¿no?



El teléfono, que se había quedado en el salón, no habría podido turbar el sueño de Tausk, quien, tras levantarse tarde, ventila primero la habitación —pues uno de los mayores defectos del sueño, aparte de hacerle perder a uno una cantidad de tiempo demencial, es que no huele muy bien— e intenta con cautela recordar sus sueños, aliviado por no recordar ninguno. Y mejor así, la verdad, porque no hay nada tan fastidioso como los relatos de sueños. Por más que a primera vista parezcan divertidos, inventivos y premonitorios, su pretensión de ser películas espectaculares es ilusoria, sus guiones no tienen fundamento: si uno quisiera rodarlos, producirlos costaría una fortuna en *casting*, extras, construcción de decorados, desplazamiento de equipos y alquiler de material —cuando actualmente, gracias a los efectos especiales, pueden hacerse muchas cosas reduciendo los costos—, todo ello para una audiencia con toda seguridad inexistente, sin recuperar la inversión. Una pésima idea. En numerosos aspectos, los sueños son una estafa.

Al entrar en el salón, Tausk ve parpadear una lucecilla roja en el teléfono, señal de llamada. Fecha y origen de la llamada: una hora antes, número oculto, mensaje. Que escucha frunciendo el ceño. Escucha por segunda vez, vuelve a escuchar seis veces más y al poco ya no frunce nada. Deja el aparato, abre una ventana del salón, creando una corriente de aire con la de la habitación, donde se oye un portazo. Rodeo por su despacho, donde coge un cigarrillo Pall Mall —se pregunta uno, por cierto, qué habrá sido de los Pall Mall, aparte de Tausk hace mucho que no se ve a nadie fumar eso— y, tras regresar al salón, se acoda en la ventana y parece meditar mientras fuma sin percatarse de que un amplio sol envuelve esa mañana la rue Claude-Pouillet, casi desierta: pasa poca gente y se ven pocos coches aparcados. Arroja la colilla de su Pall Mall por la ventana y, dando en el blanco, cae en medio de la O de REPARTOS. Bravo, pero Tausk no repara en ello, coge de nuevo el teléfono y llama a Hubert.

No lo llama encantado de la vida, malditas las ganas de volver a tomar el metro hasta Neuilly, pero es un caso de fuerza mayor: con Hubert o sin él, el tono del mensaje impone echar mano cuanto antes de un abogado. Y divina sorpresa: Tienes suerte, declara Hubert, precisamente tengo que ver a un cliente que vive por tu barrio. Pasaré por tu casa al caer la tarde. Recibir la visita de Hubert puede ser peor que ir a verlo a Neuilly pero siempre será un metro menos. Entretanto, Tausk va y viene sin objeto en batín y por su casa. Único plan del día, a eso de las cuatro, una sesión de trabajo con Franck Pélestor. Va a asearse y, en el espejo, observa que el pelo se le retortija detrás de las orejas y en la nuca, que le abulta las sienes, que le cae un mechón en el ojo como si hubiera crecido de repente durante la noche. Así pues, habrá que hacer algo, siquiera sea por pensar en otra cosa.

Nueva llamada, cita en la peluquería dentro de una hora. Tausk se alegra al menos de poder ver a su peluquera habitual, guapa chica muy vivaracha y habladora, y con

un tipo estupendo, pero el encargado le informa al llegar que no está, permiso de maternidad, lo cual disgusta a Tausk por al menos dos razones. Cuando el encargado le señala a la sustituta, ésta le causa de entrada un escalofrío: pelo casi al rape; musculosa, tatuada como un presidiario, dos aros en la ceja y otro en la nariz, mirada y gesto duros, ni sombra de sonrisa de bienvenida. Temiendo recibir un tijeretazo colateral, Tausk no osa precisar el corte que desea, y la chica, sin abrir la boca, procede a obrar a su antojo. En el transcurso de esa ejecución, y para suavizarla un poco, Tausk intenta camelarla preguntándole qué representa el tatuaje que luce en el antebrazo, ella contesta parcamente que se trata de un perro. Ah, ya, ¿y qué clase de perro es?, insiste, ¿cómo se llama? Pero esa técnica de acercamiento por vía animal, que parece gustarle, obtiene tan escasos resultados como con el dueño del Mandarín Pensativo.

A eso de las cuatro, la conversación no dura mucho más con Pélestor, quien, al llegar a casa de Tausk, se muestra de nuevo sombrío y tácito. El buen tiempo no le ha incitado a desabrocharse el botón del abrigo ni a aflojarse un ápice la bufanda. Tausk, preocupado por su mensaje y disgustado con el corte de pelo, tampoco está de humor para trabajar, permanecen callados largo rato hasta que Pélestor se descuelga a su modo retorcido: Podríamos ir a tomar una copa, ¿no crees? Bueno, a lo mejor tampoco tienes muchas ganas.

En el bar hay cierto ajeteo, la gente entra, sale y se aleja antes de desaparecer. Toda esa gente que se va, dice Pélestor, es tremendo, a saber adónde va. Acaba marchándose también arrastrando consigo su depresión, sin que hayan adelantado una pizca ni siquiera sacado a colación el álbum conceptual, y Hubert se presenta al caer la tarde. Mucho mejor vestido que el otro día, Hubert, traje ruinoso de abogado ruinoso que visita a sus clientes adinerados, con corbata y pañuelo a juego con el color de la camisa, zapatos ingleses idóneos. Pero ¿qué te has hecho en el pelo?, exclama enseguida. Olvídalo, contesta ya casi irritado Tausk alargándole el teléfono: Quiero que escuches esto.

En cualquier caso la chica tiene buena voz, reacciona primero Hubert. Me gusta ese tipo de voces, delicadas, un poco frágiles. Las chicas que tienen ese tipo de voz suelen llamarse Cécile, Estelle, Lucile, ves a qué me refiero, ¿no? ¿Ah, sí?, dice Tausk, pásamela. La voz al teléfono es en efecto más bien dulce, fresca, no muy segura, casi tranquilizadora, en contradicción con sus intenciones: intimación brutal y conminatoria, que, al margen de su forma, es lo único que interesa a Tausk. Pero el asunto, por el momento, no es ése: Vale, dice, ¿y yo qué hago?

Tú no hagas nada, preconiza Hubert, primero a ver qué dicen. Acabarán calmándose. Pero bueno, se rebela Tausk, eso parecen amenazas graves, ¿no? Ya te lo he dicho, recuerda Hubert, las amenazas forman parte de su táctica. ¿Cómo van a obrar si no? Hasta podrían considerarse una confesión de debilidad. Es la fase primera clásica, después ya se verá. Luego añadió retrocediendo un paso: Tiene gracia tu pantalón, ¿de dónde lo has sacado? Por qué, reacciona Tausk a la defensiva,

¿no te parece bien? Sí, sí, dice Hubert, claro que sí, muy muy bien. Bueno, es un poco verde, vamos, del todo verde, pero lo entiendo. Vamos, supongo que ésa es la idea.

Henos de nuevo en el departamento francés de la Creuse. Antepenúltimo en densidad de población, la Creuse cuenta con vastas zonas inhabitadas, incluso, en el sur, casi desiertas. Las landas se alternan con altas mesetas, los bosques con las turberas. No hay nadie, nada que comer para nadie más que setas en otoño, pero no estamos en otoño y desconfiamos de las setas, al igual que de las bayas, que sólo saben distinguir los partidarios del retorno a la naturaleza. En los bosques, exceptuando algunos animales salvajes —lobos sin afecto, ciervos recelosos, arrogantes jabalíes— que buscan también comida, uno mismo llegado el caso, es tanto más raro cruzarse con una presencia humana cuanto que la región se despuebla a ojos vista. Y, como es sabido, cuanto menos gente, más bosques.

Tan esquivo y aislado entorno facilita el secuestro de una persona a campo abierto. Si se escoge adecuadamente el emplazamiento de esa persona apenas hace falta ocuparse de sus movimientos, incluso se la puede dejar sola sin demasiada vigilancia. Si se le ocurre escaparse, al no contar con un guía morirá de soledad, de miedo, de desesperación y de hambre. Ello representa un ahorro satisfactorio en cuanto a gastos de vigilancia.

Ocurre, en la Creuse, que haya que recorrer decenas de kilómetros para procurarse víveres. De ahí la necesidad, desde el lugar de secuestro de Constance hasta la población más próxima, de un coche en el que, en ese instante, Jean-Pierre al volante y sobre todo Christian admiraban el paisaje. Circulaban en ese artefacto sencillo y discreto, un Renault Mégane gris modelo Scénic. Sabes, comentaba Christian, en estos bosques, esta umbría, estos relieves, recobro el sentimiento de la belleza. Naturaleza agreste, aire límpido, mínima contaminación, me entran ganas de instalarme aquí. Podríamos instalarnos juntos, ¿no crees? Viviríamos de nuestro huerto, criaríamos gallinas. No tenemos ni idea de esas cosas, recalca Jean-Pierre. Aprenderíamos, se entusiasma Christian, tampoco será tan complicado. Por no hablar de la caza, que de armas, por lo menos, sabemos lo nuestro. Más la pesca, todo eso, hay un montón de ríos en la región, lo he visto en el mapa. Nos dejaríamos barba. Lo dices porque hace buen tiempo, objetaba Jean-Pierre, en invierno el clima es duro en estos pagos, muy húmedo y muy frío. Es extremadamente riguroso. Eso da igual, argumentaba Christian, ¿has leído a Thoreau? A Thoreau le importa un rábano el clima, forma parte de la cosa: Él vive su vida, y se acabó. Está contento. Olvídalo, que ya estamos, dice Jean-Pierre.

Poco a poco, en efecto, tras no cruzarse con nadie a lo largo de las sinuosas carreteras vecinales y departamentales, aparecieron algunas señales que hacían presagiar actividad: plantaciones, pastos, a veces incluso un hangar. En una ocasión vieron, de espaldas a la carretera, en medio de un campo de guisantes proteaginosos, a un campesino orinando con su gorra. Se lo adivinaba, sujetándose el miembro con las dos manos, los ojos clavados en su terreno, cuyo valor intentaba calcular una vez

descontados los gastos de notario. A lo lejos, en superficies despejadas más amplias, advirtieron la presencia de un parque eólico: agitando el aire puro con lentitud, las altas máquinas conferían un poco de movimiento al paisaje. ¿Has visto cómo giran los molinos de viento?, observa Christian. En sentido contrario a las agujas de reloj, oye. Qué curioso. Sí, reconoció Jean-Pierre.

Muy pronto se dibujaron las primicias de una población llamada Châtelus-le-Marcheix. Dos o tres casas prefabricadas, una gasolinera, una rotonda delante de una iglesia, un bar-estanco-prensa y un súper, y encontraron fácilmente una panadería. Y aparte del pan, preguntó Christian, ¿no voy a tomar nada? Un vinito, quizá, ¿no? Tenemos de todo, recordó Jean-Pierre, ya sabes que hemos de ir con cuidado cuando estamos de servicio. Ah, pórtate bien y sé discreto con los comerciantes. Pero, oye, qué te has creído, se irritó Christian, conozco mi oficio.

Al entrar en la panadería, tras esculpirse una máscara impasible, Christian señaló circunspecto con el índice un bosquecillo de barras de cuarto erguidas tras la caja y, sin abrir la boca, desplegó el pulgar y el corazón vecinos para representar el número tres. La dependienta le tendió las barras metidas en una bolsa de papel kraft oscuro con ventana transparente, donde aparecía el nombre y la dirección de la panadería. Christian las pagó con el dinero de Constance y salió sin decir palabra. Ni buenos días ni adiós, rezongó la panadera cuando salió, ni gracias. Para que luego se hable mal de los jóvenes.

¿Todo bien?, se preocupó Jean-Pierre cuando Christian subió al coche y cerró tras él. Normal, dijo Christian, la panadera no estaba mal. ¿No nos da tiempo para un aperitivo? Jean-Pierre se encogió de hombros sin contestar. Christian se enfurruñó, extrajo una de las barras, la rompió y mordió la punta. Y tira esa bolsa, ordenó Jean-Pierre. Pone la dirección y te han dicho que la chica no debe saber dónde está. Christian sopló en la bolsa, la hinchó y la hizo estallar con una risita sarcástica. Lo gilipollas que llegas a ser a veces, se sobresaltó Jean-Pierre.

Junto a la finca, a treinta kilómetros de Châtelus-le-Marcheix, había un granero lo bastante amplio como para meter tres vehículos de frente, con lo que nada indicaba que estuviera habitada. Situada al extremo de un camino retorcido, invisible desde la carretera, estaba rodeada de un arbolado lo bastante denso como para que las frondas cubrieran parte del tejado, red de camuflaje que impedía avistarla aun desde un helicóptero. Como había observado Constance, una breve alameda despejada separaba la casa de un tilo. Árbol de rápido crecimiento y de cuarenta metros de altura, doscientos años de existencia y mil de esperanza de vida, bajo las amplias y abundantes ramas de aquel tilo podía uno reunirse en paz, en una calma garantizada por las virtudes antiespasmódicas de su albura.

A su sombra se había preparado Victor un kir en un vaso de mostaza adornado con una calcomanía de Albator, sentado ante la mesa a la espera de sus subordinados. Tras llegar éstos, el rugido de un motor vino a señalarnos la llegada de nuevos personajes: siguiendo su propio ruido apareció un Audi A3 Ambition color azul

bandera, en el que iba un hombre de edad madura acompañado de una mujer.

El individuo de edad madura es el hombre con la frente ornada con una mancha de vino en forma de Nueva Guinea que ya vimos en la rue de Pali-Kao y aquí mismo más recientemente. Parece preocupado, huraño, su humor refunfuñante ahonda una arruga vertical en su mancha de nacimiento, plasmando la frontera que separa en los mapas de esa isla, en punteado como es costumbre, las provincias indonesias orientales de Papuasias Nueva Guinea propiamente hablando.

De la joven que acompaña al neoguineano, cabello rubio demasiado fino pero de buen aspecto —aunque tal vez demasiado escaso, permitiendo adivinar en breve plazo el cuero cabelludo—, no muy alta ni musculosa, antes bien clorótica y tática, ruborosa sin esfuerzo, puede decirse que responde, raramente dado que se le habla poco, al nombre de Lucile —Hubert no carece de discernimiento, a la postre—. Viste un traje sastre *beige* no caro pero aceptable, su bolso consiste en un neceser oblongo con cremallera que recuerda un material de manicura. Sus ojos desvaídos abandonan raramente la persona del neoguineano, hombre ancho y robusto, como puesto en un zócalo y de huesos recios: cuando lo mira, la mirada de Lucile trasluce devoción.

Alguna novedad, inquiere preocupado el neoguineano, mientras su arruga frontal se marca un poco más. Poca cosa, contesta con una mueca Victor, en cuya frente se abren también dos surcos frontales, diagonales encima de las cejas, que los esteticistas denominan arrugas de almohada. Tras ellos, Jean-Pierre ha ido a buscar un asiento para el recién llegado, una gruesa silla plegable estilo *camping* más sólida que las sillas habituales. Lucile permanece de pie hasta que reparan en ella y Jean-Pierre le encuentra un taburete. Seguimos teniendo a la chica, dijo Victor, señalando con el pulgar por encima del hombro, está ahí. Parece muy tranquila, pero el que no parece reaccionar es el marido, ése es el problema. No contesta. Le hemos escrito, le hemos llamado, le hemos mandado señales: nada. A lo mejor no entiende vuestras señales, aventura el neoguineano. A lo mejor piensa que ella se ha marchado por propia voluntad o que todo es un montaje suyo para sacarle pasta. O a lo mejor no le tiene tanto apego a esa chica. En el fondo.

Controlando el nivel de los líquidos para reponerlos, Jean-Pierre trajo unas rodajas de salchichón en una tabla, mientras Christian, que había puesto la mesa, cortaba rebanadas de pan. Al parecer se disponían a comer bajo la apaciguante sombra del tilo: ambiente de domingo, y aun de domingo de Pascua. Podríamos hacer una barbacoa, sugirió Christian, he encontrado una vieja en el pajar. Los merguez son mejores en la barbacoa, ¿no? Vaya, y dale con los merguez, reaccionó Jean-Pierre. ¿Y qué me dices del humo? El humo se ve de lejos. Pensaba que conocías el oficio. Tranquilo, Jean-Pierre, dijo Victor. Una barbacoa, sí, Christian, muy bien.

El grupo, bajo ese árbol, alrededor de esa mesa, no da la impresión de ser un cónclave de malévolos gánsteres. Esos personajes parecen amables, urbanos, tranquilos pese a algunos descarríos de lenguaje. No obstante, pueden mostrar determinación, pues al cabo de un rato empiezan a discutir más seriamente. Se

muestran cada vez más irritados por la actitud de Tausk, por su ausencia de reacción a los mensajes que le han enviado, se indignan entre dos merguez de que no vuele en auxilio de su esposa, se exhortan a buscar soluciones para doblegarlo. No las encuentran, se lo reprochan y se lo echan en cara mutuamente. La tensión sube a la llegada del queso, parece que la discusión tiende a calentarse.

Calmémonos, propone el neoguineano. Qué hacer, se pregunta rascándose la cabeza al nordeste de su mancha de vino —es decir, con relación a Nueva Guinea, por la zona del archipiélago Bismarck—. Razonemos, prosigue. ¿Cómo presionar más a ese tipo? Puede que haya una solución. La experiencia nos dicta que por lo general funciona. ¿Cuál?, se interesa Victor. A ver, cómo explicarlo, duda el neoguineano, mandarle una muestra, no sé si me explico. Ah, ya entiendo, dice Victor. No acabo de entenderlo, dice Christian. Me temo que veo adónde quieren llegar, se inquieta Jean-Pierre. Sí, confirma Victor, se trataría de mandarle un trozo de la chica al marido. Eso le haría pensárselo. Así lo tendríamos pillado. Eso quiere decir Lessertisseur.

Nos enteramos ahora de que el neoguineano se llama en realidad Lessertisseur. No sin lamentarlo renunciaremos a nuestra primera designación, nos gustaba llamarlo así pero nos vemos obligados a respetar la identidad de las personas. Además, hemos de reconocer que el físico del tal Lessertisseur no evoca en lo más mínimo una apariencia de tan lejana región, nada indonesio ni papú hay en él, más bien parece originario de la Sarthe o de la Mosela, de la Charente-Maritime o del Cher, sitios así.

Cómo, se indignó Christian, ¿quieren decir cortarle un trozo a la chica? Me parece una asquerosidad. Yo desde luego me niego a prestarme a eso. Bueno, hay que hablarlo, declaró Jean-Pierre. Victor se limpió los labios con papel de cocina Sopalin. Entendedme, prosiguió Lessertisseur, tampoco sugiero ninguna salvajada. No propongo cortarle una mano, por ejemplo. Ni quitarle por ejemplo una oreja, un ojo u órganos tan valiosos. Sólo me pregunto si, ya puestos, no resultaría más apropiado insistirle un poco al tipo enviándole un pequeñísimo fragmento de la chica. Pero de verdad que hablo de un trozo, un trocito minúsculo, a ver si me entendéis.

Eso está más que archisabido, recalcó Christian, he visto personalmente mil cosas así en los periódicos, y nunca acaban bien. Y además hace daño, le dolería muchísimo. Tampoco exageremos, moderó Jean-Pierre. Dejadme acabar, se irritó Christian, sin contar que supone un enorme perjuicio para la persona. Son cosas que te hacen polvo la vida. No, de verdad, lo tranquilizó Lessertisseur, no sería una invalidez considerable. Sin la punta del dedo meñique, por ejemplo, se vive perfectamente. No impide llevar una vida normal, no hay más que ver los baremos de las compañías de seguros.

Visto así, no se equivoca. Cualquiera becario de la Lloyd's confirmará que, en términos de deficiencia anatomofisiológica, la ablación de una falange de meñique apenas representa un 0,8% de invalidez. Incluso se podría, sugirió Lessertisseur, ir más lejos con ese meñique, habida cuenta de que tres falanges de dicho dedo —es

decir, su totalidad— no representan más del 2%, o sea, lo mismo que una sola falange de índice. Mientras que una falange de pulgar supone enseguida un 10%, dos cuestan un 15%, y toda una mano un 55%. Y así fueron desarrollándose en su discurso los porcentajes según dispusieran de cada vez menos cosas en su cuerpo, hasta alcanzar el estado de estupor o de coma, que vale 100.

Pero es que eso hace muchísimo daño, insistió Christian mientras Jean-Pierre cambiaba los platos sucios. Es muy doloroso. Nada de eso, rebajó Lessertisseur, seguro que aún os queda propofol, con eso saldremos perfectamente del paso. En cuanto al material, cómo decirlo, quirúrgico, lo tenemos, precisó señalando el neceser que descansaba sobre las rodillas de Lucile, quien, pareciendo más entregada en cuerpo y alma que nunca, devoraba con la vista a Lessertisseur. Pero no nos precipitemos, sólo era una sugerencia. Una cábala. Una hipótesis. En cualquier caso, recordó, no podemos tomar una decisión de ese calibre sin someterla previamente al comanditario. Os recuerdo que no somos más que subcontratistas, maestros de obras por decirlo así, primero tenemos que consultar al promotor. Luego podremos tirar para adelante, concluye volviéndose hacia Lucile. Al comanditario iré a verlo cuanto antes, ¿qué hora tenemos? Ah, sí, qué lata, es un poco tarde, hasta mañana no podré verlo. ¿Y la chica, por cierto?, se inquietó Christian. Estará hambrienta. Porque hablando hablando nos hemos comido todos los merguez. Creo que también compramos jamón, recordó Jean-Pierre, y además nos queda un montón de queso. Le prepararé una bandeja.

Pues yo he de espabilar, señaló Victor, tengo cosas que hacer. Bueno, dijo dirigiéndose a Jean-Pierre y a Christian, os dejo a solas con la chica, pero no quiero líos con ella, ¿de acuerdo? Ni una gilipollez con esa chica, ¿entendido? Hombre, exclamó Christian, ¿es que no nos conoce? Eso mismo, dijo Victor, os conozco.

Tras irse Victor, Jean-Pierre prepara la bandeja. Dispone en ella la comida. Sirve un poco de vino en un vaso de pírex. Añade dos rebanadas de pan, el salero y el rollo de Sopalin y se encamina hacia la granja. Cuando abre la puerta, Constance no alza la vista hacia él. Está enfrascada en el segundo volumen del diccionario enciclopédico Quillet, letras Chat-E. Va por la entrada *Dinero*.



Hablemos de dinero, ya puestos, y volvamos a Lou Tausk.

Por lo que sabemos de él, su situación económica puede parecernos acomodada, pero tampoco más. Incluso resulta sorprendente que unos desconocidos lo apremien a pagar un rescate —cuyo monto imaginamos elevado, y aun exorbitante—. Con todo, tan aparente desproporción se esfuma si desarrollamos ciertos puntos referentes a su vida y su obra.

La carrera de Tausk quedó marcada, hará unos quince años, por un acontecimiento musical y comercial poco frecuente. Es de esos elegidos que han tenido la suerte de concebir, una vez en la vida, un éxito musical. Y cuando digo éxito, hablo de un éxito enorme cuyos derechos de autor os permiten una existencia dorada sin tener que hacer ya nada más durante el resto de vuestra vida, de la vuestra y al menos de dos generaciones de herederos de vuestros derechos. Hablo de un éxito mundial, cósmico, universal, que la gente se arranca de las manos y con el que bailan frenéticamente, desde los yemenitas hasta los lapones, los habitantes de la Tierra entera. Que ha permanecido, quince años después, grabado en su memoria hasta el punto de haberlo transmitido genéticamente a la de sus hijos, sus nietos, etcétera, etcétera. Que ha generado por sí solo cincuenta discos de oro —de los que no queda, enmarcado para el recuerdo, más que el ejemplar que vimos el otro día en el estudio.

Lou Tausk no es desde luego el único en haber vivido esa situación, les ha sucedido a otros, aunque han sido escasos. Pongamos por ejemplo a Patrick Hernandez, que no ha hecho nada en su vida más que «Born to Be Alive», escrita en diez minutos, grabada en dos días, rechazada en un principio por todos los productores y convertida en éxito intercontinental cuyos *royalties* le han permitido pegarse la gran vida el resto de su existencia. Al igual que Patrick Hernandez, que, en el momento en que les hablo, sigue pegándose sabiamente, Tausk podría dormir en paz y para siempre disfrutando de su pasta. Porque, como Patrick, tras haberse pulido como un jovencito buena parte del caudal que le cayó por aquel entonces, invertido el resto en bienes inmobiliarios —entre ellos el apartamento del Trocadéro que le regaló a Constance—, en acciones y obligaciones sin riesgo, sigue cobrando amables derechos de autor, liquideces que todos los días del Señor chorrean de su viejo éxito: cada semana derrama en su cuenta corriente un apetecible sueldo mensual de ejecutivo medio.

Rico, pues, Tausk no dista de serlo, mayormente porque sus obras posteriores («Dent de sagesse», «N'est-il pas», «Te voici, me voilà!» y alguna más), si bien con no tan buenos resultados, le han reportado también algún dinerillo aunque haya tenido que compartir los derechos al asociarse con Franck Pélestor: melancólico crónico tras demostrar sus aptitudes como letrista en el *show business*. Pero de su enorme éxito personal, titulado «Excessif», Tausk cosechó en exclusiva los frutos. Éxito francés, primero, y cuyas adaptaciones extranjeras —«Desmesurado», «Senza

limiti», «Perda total», «Too Too Too», «Reiner Wahnsinn», «Abnormaal», «Taskin», «беспредел», «هذا مبالغ», «Το παράκανες» y «Πηχτη», entre otros y por ceñirnos a los que siguen disponibles— se vendieron como rosquillas en Europa y en las tres Américas, hasta triunfar enloquecidamente en todo Extremo Oriente, donde, además de ocupar los primeros puestos de los *charts* en China (太邪乎) y en Japón (過激), provocó una enorme pelotera en Corea del Sur, seguida de otra mayor si cabe en Corea del Norte —aunque en este caso bajo cuerda y únicamente en las altas esferas del poder (너무 해).

«Excessif» fue, en efecto, obra en solitario de Tausk: la compuso, la escribió y la produjo, la interpretó deprisa y corriendo y a la buena de Dios Constance, que acababa de entrar en su vida y que no había cantado nunca nada en la suya y la grabó en una tarde con el primer seudónimo —So Thalasso— que se le pasó por la cabeza a Tausk. Luego: triunfo, contra todo pronóstico, primero en versión original y después en profusas versiones —Gloria Stella, Boz Scaggs, Coco Schmidt y tantos más—. Beneficio de este negocio: un importante caudal oculto del que se entiende que otros quieran apoderarse. Eso debería bastarle, pues no. Tausk no se contenta con eso. Consciente de que la gente lo tiene un poco olvidado, de que su gloria ha palidecido, de que ya no lo saludan como antes en las oficinas de su agente, Tausk planea componer un nuevo éxito planetario, más acorde con los gustos del día, a fin de embolsarse, a ser posible, otro premio gordo, pero sobre todo de conquistar la admiración de todos.

Una vez precisado ese punto, retomémoslo como el otro día cuando se despierta. Acaba de abrir los ojos pero esta mañana, en vez de levantarse, coge la tableta que está junto a la cama, se conecta a un periódico en línea, pasa por alto la política, la economía, el deporte y se lanza a los sucesos, entre los que no parece haber nada relacionado con Constance. Luego, por probar, pulsa su propio nombre en el teclado. Lo cierto es que lleva tiempo sin hacer nada, no hay razón para que hablen de él, pero nunca se sabe, tal o cual nueva estrella podría cuando menos reivindicar su influencia. Nada tampoco. Se levanta.

Fundido en negro 1. Una puerta blanca provoca al abrirse la incandescencia de una bombilla que ilumina brutalmente el interior de un refrigerador-congelador de cuatro puertas, 535 litros, compartimento multizona, dispensador de agua y de hielo, minibar, acabado inoxidable antihuellas. Ese aparato contiene abundante comida en segundo plano de la cual, entre dos bandejas distinguimos a Tausk enfundado en un batín Missoni. No parece de buen humor, duda y renuncia. Se cierra la puerta.

Fundido en negro 2. Veinte minutos después, un panel corredizo pone en funcionamiento al abrirse un sistema de fibra óptica que ilumina suavemente un vestidor. En primer plano: colección de camisas y de trajes organizados por orden cromático y por entre los cuales vemos de nuevo a Tausk, peinado pero en calzoncillos. Mismo esquema: duda y renuncia. Esa ropa no le sienta ya muy bien desde la época dorada de «Excessif», cuando aparecía constantemente en la

televisión. Opta por unos vaqueros, una camiseta de manga larga bajo una vieja chaqueta ligera Arnys, mocasines muy flexibles de Fratelli Rossetti. Se cierra el panel.

Desde el despacho de su casa —confortable pero no vamos a matarnos describiéndolo al detalle<sup>[2]</sup> mueble por mueble—, Tausk telefona a Pélestor, pues bien hay que ponerse a trabajar. Dispone de unas cuantas melodías de reserva, a la espera, pero no le apetece ir al estudio, tampoco estaría mal ocuparse de las letras antes de ponerse con la música. Franck, ¿te importaría venir mejor a mi casa? Silencio y prolongado suspiro de Pélestor. El trayecto no se te haría mucho más largo, argumenta Tausk, en metro es directo. No es que sea más largo ir, puntualiza Pélestor, pero moralmente es largo. Y encima en metro, ya ves. Te pido un taxi si quieres, argumenta Tausk. Nuevo suspiro y bueno, dice Pélestor, me pasaré.

Pero al final no tarda mucho. Enclaustrado en su abrigo como en el interior de una armadura, o de un armario, tiene la mirada de los días malos, o sea casi todos. Has venido rápido, observa Tausk. Ya, dice el otro, pero el taxista era muy pesado. Y además hace mucho calor, me faltan el aire y las ideas. Conciliador, Tausk sugiere que vayan a trabajar a otro sitio, menciona sus dos residencias, una hacia Honfleur, otra hacia Hendaya, nunca muy lejos de las playas y adonde va en raras ocasiones. Se tomarían unos días de descanso, bien fresquitos, y a trabajar, ¿qué me dices? Eres muy amable, reconoce Pélestor, pero ese tipo de sitios, prefiero que me hablen de ellos a ir yo.

El comienzo, pues, ha sido malo, permanecen sentados en el despacho el uno frente al otro, sin abrir la boca, siguen así un rato más, la cosa se eterniza sin resultado, se empantana y bueno, me voy ya, dice el letrista consultando el reloj. Lo cual no deja de ser un alivio para Tausk: ¿Nos vemos mañana por la mañana en el estudio? Claro, dice Pélestor. Habida cuenta de que Tausk no se hace cargo de su regreso en taxi, Pélestor camina hasta la estación de metro Rome. Sigámoslo. Camina mirándose los pies como de costumbre, un poco de lo que hay alrededor y todo lo que ve le consterna. Un naipe perdido, por ejemplo, solo detrás del quiosco de periódicos de la place Prosper-Goubaux. Parece una insignificancia a primera vista, lo que no quita para que arruine la carrera y el futuro de una cincuentena de naipes más, que lo lloran si no lo maldicen, incapaces ya de servir para nada, encontrándose sin empleo y cuya suerte entristece a Pélestor.

Luego, las piernas de una mujer que pasa. Olvidamos con demasiada frecuencia que las piernas de las mujeres les sirven también para andar: en nuestro empeño por considerarlas exclusivamente objetos artísticos, dejamos de lado su uso funcional. Pero, descubiertas y poco agraciadas, las que está viendo Pélestor no lejos de sus propios pies plantean un problema real: si las feas sólo sirven ya para el ejercicio de la marcha, ¿qué necesidad hay de enseñarlas? Ese pensamiento le consterna, y, aún más, la idea culpable de haberlo concebido le atribula, le oprime sobremanera. Para mitigar ese fenómeno, extrae del bolsillo una caja de cápsulas tranquilizantes, se

dispone a abrirla, pero.

Pero a ese respecto, a Pélestor le gustaría que le explicasen por qué, cuando abre una caja nueva de medicamentos, lo hace siempre del lado malo: el del prospecto con las instrucciones doblado sobre las píldoras, comprimidos o cápsulas y que los obstruye, de tal modo que Pélestor debe cada vez cerrar la caja para volver a abrirla por el otro lado, donde la dosis resulta accesible. Ese fenómeno parece inevitable, del mismo modo que una rebanada de pan cae siempre por el lado de la mermelada, por obra de una maldición que perdura aun después de abrir por primera vez la caja: cada vez que se echa mano de ella, siempre aparece el prospecto, el prospecto y otra vez el prospecto. La solución sería deshacerse del jodido prospecto, mayormente porque Pélestor se lo sabe de memoria y no le es de ninguna utilidad, pero vete a saber.

En cualquier caso, tampoco tiene a mano un vaso de agua para tragarse el fármaco, de modo que pospone esa operación, se apea en la parada de Rome, que es un gran paralelepípedo rectangular, única estación no abovedada de la red subterránea. El tren llega lleno, Pélestor tiene que ir de pie, lo cual resulta extenuante, pero, debido a microbios, gérmenes, virus y demás bacterias, queda descartado asirse a los agarradores o a las barras disponibles. Hay que hacer un esfuerzo para mantener el equilibrio, Pélestor baila en un ir y venir de puntillas hasta que el tren se vacía un poco en Barbès-Rochechouart y queda libre una plaza: trasportín individual, en principio ideal. Pero como también queda descartado ocupar un asiento calentado por un anónimo trasero, Pélestor espera a que recobre la temperatura normal. Y por fin sentado, cada vez más oprimido, como último recurso busca sus cápsulas en el bolsillo: prescindirá del agua, qué se le va a hacer. Paseando la lengua por los carrillos, Pélestor intenta acumular en la boca la saliva suficiente para tragar el medicamento, ha de hacerlo varias veces hasta obtener el volumen necesario. Pero entretanto la cápsula se ha deshecho pegada al paladar, tiene un sabor asqueroso, vaya mierda.

Tras marcharse el letrista, Tausk regresó a su despacho, impacientado por distintos fenómenos. La desaparición de Constance, la depresión de Pélestor, la fecha límite para la declaración de hacienda, el tiempo reinante, las vacaciones de la asistente, la situación política internacional y las decisiones que tomar, siempre pospuestas una vez más. Tamborileando en el escritorio como cuando uno se impacienta, sus uñas, sólo por el sonido, le parecieron muy largas. Por fin una decisión tomada, de efecto inmediato: extrayendo un cortaúñas del cajón, procede a recortarlas, útil pasatiempo que puede llevaros un buen rato poniéndole empeño. A eso se puso y las cortó.

Demasiado cortas. Lo que hizo que, durante las horas siguientes, notara las puntas de los dedos sensibilizadas, como inermes o recién nacidas, pues la carne tierna salía al aire libre respirándolo, casi incómoda de respirarlo —un poco la misma sensación que cuando nos quitan la escayola—. Ese efecto posoperatorio nunca dura mucho, enseguida dejamos de pensar en ello, pero, los días siguientes, nos satisfacen nuestras uñas cortas, nítidas, liberadas de ángulos donde pudiera colarse el polvo. Esperamos el momento de volver a cortarlas, sabedores de que el ciclo entero de crecimiento de las uñas de las manos dura tres meses; para las de los pies hay que contar nueve meses, ya que éstos, al pasar la vida en la oscuridad, son más lentos.

Hecho lo cual, Tausk abandona el despacho, abre una ventana del salón, por la que entra una robusta mosca de negro y reluciente tórax que efectúa primero unas vueltas circunspectas y debe de encontrar a su gusto el piso, pues revolotea de una habitación a otra demorándose como un alguacil en cada mueble, cada obra colgada en las paredes sin parecer plantearse salir, pasando a la biblioteca, cuyo contenido examina zumbando volumen tras volumen hasta el momento en que Tausk enciende el televisor: serie americana, actriz rubia y opulenta en plano medio en un piso californiano, por qué no. Distraída por el nuevo espectáculo, la mosca acaba de posarse en el pecho izquierdo de la actriz y Tausk, mediante un pase magnético, expulsa al díptero.

La actriz está explicando que has sido tú, Burt, quien ha hecho que Bob envenene a Shirley con el fin de apropiarse de la herencia de Malcolm despojando a Howard con ayuda de Nancy, todo para casarte con Barbara. A quien no quieres. ¿Y Walter? ¿Acaso has pensado en el futuro de Walter? (Comoquiera que esa réplica es larga y la actriz necesita repasar el guión en el plató para recordarlo, su perorata queda interrumpida por planos de corte sobre Burt, quien, a decir verdad, no parece tenerlas todas consigo). Eres un monstruo, Burt, diagnostica la actriz, tendrás lo que mereces. Y en el instante en que ella extrae una voluminosa Smith & Wesson de su bolso Prada, suena de pronto la puerta del piso, no el californiano, el nuestro. Cuánta acción, cielo santo, cuánta acción.

El portero informa a Tausk por el interfono de que acaba de llegarle un paquete:

Puedo subírselo, ¿está usted en casa? Claro, dice Tausk mientras resuena un disparo en el salón. Una vez que el portero le entrega el paquete, Tausk apaga el televisor, deja que la mosca se las apañe sola, va a buscar unas tijeras al tiempo que examina el envoltorio: pequeño Colissimo de tipo clásico, reparto sin firma y sin datos del remitente. Una línea impresa gris indica la fecha y el lugar de envío: anteayer, oficina de correos Agen Carnot. Sin conocer ni Agen ni a nadie de Agen. Tausk sopesa el paquete. Muy liviano, formato de baraja de naipes o de paquete de cigarrillos, podría ser un mechero, un objeto cualquiera, un par de gemelos o un *pendrive*.

Es una caja de cerillas sin cerillas, que contiene en su lugar un delgado objeto cilíndrico, envuelto en un paño sujeto con un trozo de esparadrapo. Y, una vez desenvuelto en la encimera de la cocina, ese objeto tiene todo el aspecto de ser un dedo. Un verdadero dedo humano: vivo sobresalto de Tausk, náusea, mirada que muda en ligero vértigo, pero no dramaticemos, no es un dedo entero, es sólo un pedazo. La anatomía no es el punto fuerte de Lou Tausk, pero al echar una ojeada a su propia mano para comparar, ese pedazo parece ser la punta de un dedo meñique prolongada, protegida por una uña pintada de esmalte. De una mano izquierda o de una derecha, eso es lo que resulta difícil averiguar: nada hay tan parecido a una primera falange de auricular como otra primera falange de auricular.

El único indicio es la uña, y sabe Dios si son numerosas las variedades de uñas: uñas mandarinescas en forma de garras o en espiral, uñas de pornstars pintadas de blanco y cortadas de forma cuadrada, uñas de lactantes frágiles como párpados, uñas antracita y breves de los mecánicos, uñas de ancianos espesas, duras y estriadas como chapas onduladas, uñas recién recortadas de Tausk, etcétera. Pero ésta habla por sí misma, identificable por su esmalte Chanel 599 PROVOCATION, que siempre ha sido el color preferido de Constance. Momento de espera, jadeo, Tausk se acerca lentamente a la falange, la examina cada vez más de cerca hasta cogerla: parece haberse cortado limpiamente, pero cauterizada aprisa y corriendo, modo operatorio despreocupado, como se trataría al primer barón Empain que apareciese.

Tras ello, retorno de la gruesa mosca rutilante que, tras finalizar su labor de alguacil, seguir explorando metódicamente el piso como harían un geómetra experto, un agente inmobiliario y un librero de viejo, se propone ahora visitar la cocina americana; se sabe y se entiende que a las moscas les gusten las cocinas. Tausk, por su parte, cavilando sobre lo que puede hacer con ese dedo, lo ha dejado sobre la encimera, entre el lavavajillas abierto y la nevera. Al ver reaparecer la mosca, abre una ventana de la cocina, dobla un periódico en cuatro partes, lo sacude para ahuyentar al animal, que, pareciendo importarle un pimiento, se topa por guardar las formas con las ventanas cerradas evitando la abierta y se lanza en picado sobre la encimera, lógicamente atraído por ese pedazo de carne fresca.

Pero eso ni pensarlo. Tausk no quiere ni pensar que esa mosca se pose en ese dedo meñique, no se bromea con esas cosas, tiene que actuar y actúa: en el momento en que el díptero, desviando su recorrido, va a pasearse por la zona del lavavajillas y

se introduce en éste, creyendo no tener que dar más que una sola vuelta para concluir su visión de conjunto antes de dedicarse al dedo, Tausk cierra de golpe la puerta del aparato y pulsa con viveza la tecla programa económico que saldrá a bajo precio la suerte del animal.

Y qué hacer, ahora. Pues, antes que nada, depositar el dedo meñique en el congelador. Acto seguido, pedir consejo y, respecto a consejos, sólo se me ocurre de nuevo Hubert: así pues, directos hacia Neuilly. Demasiado afectado para tomar el metro, Tausk llama a otro taxi cuyo taxista africano, tras teclear las señas de Hubert en el GPS, reanuda la conversación en su lengua natal con el auricular insertado en la oreja. Apenas más experto en lingüística que en anatomía, distinguiendo mal el peul del lingala, Tausk puede preguntarse si «Excessif» ha sido adaptada a una o dos de esas lenguas, e incluso por qué no a más de entre los dos miles de idiomas africanos censados. Imposible no es. Habría que consultarlo en los archivos. Y en las cuentas.

Al llegar a Neuilly, pidió a la secretaria de Hubert que le anunciara. Mientras ésta entró a avisar al abogado, Tausk observó distraídamente su reverso: bonitas piernas, bonita nuca, bonito culo. Mientras esperaba se examinó en el espejo del vestíbulo, la verdad es que esa peluquera se ha pasado un montón, tendrá que volver a poner un poco de orden en su pelo, y luego apareció Hubert, vestido ahora de modo entre profesional y desinhibido, corbata un poco suelta, chaqueta y pantalón desconjuntados con arte. Te lo digo de entrada, advirtió a Tausk siguiéndolo hacia su despacho, estoy abrumado de trabajo. Te concedo cinco minutos, no más. Tausk lo siguió y el abogado, echándole una mirada de través: Te veo un poco pálido, ¿no?

Olvídalo, zanjó Tausk, antes de exponer en pocas palabras el asunto de la falange. Hubert frunció el ceño: Empieza a ser un coñazo esa historia, ¿seguro que el dedo es suyo? Tausk aportó como prueba la presencia, en el dedo, del esmalte 599, pero Hubert mostró sus reservas: Ya, pero, claro, un esmalte se puede apañar. Van a seguir, predijo Tausk, la próxima vez puedo encontrarme con un ojo. No, lo calmó Hubert, a eso no llegarán. Pero la cosa se pone seria, ¿seguro que no puedes pagar? Cuando digo pagar, quiero decir pagar algo, no necesariamente lo que te piden. Para tantear el asunto. Pero es que no te das cuenta, suspiró Tausk, con el dinero que me ha costado ya esa mujer.

Breve mirada reprobadora del abogado —y de todos nosotros, desde luego, que no nos imaginábamos ese aspecto enojoso de su persona—, a continuación prosiguió: Escucha, no dispongo de un minuto últimamente, pero mi secretaria puede encargarse perfectamente de este asunto. Empezará organizando el dossier, es experta en eso, luego me encargo yo de todo. Concertarás una cita con ella, ya verás, es estupenda. Volvieron al vestíbulo: Nadine, le presento a mi hermanastro. Louis Coste, Nadine Alcover. La secretaria parece en efecto estupenda, pero ahora por el anverso: bonitos ojos, bonitas manos, bonitos pechos. Bueno, espeta Hubert, os dejo que os apañéis y nos mantenemos en contacto, te llamo, me llamas, nos llamamos. Se encaminó hacia su despacho, y volviéndose un instante hacia Tausk: Por cierto, tienes una cosita

blanca en el ojo, ahí. No, ahí ahí, en la comisura izquierda. Deberías quitártela.



Hacía ahora más de un mes que Clément Pognel compartía la vida de Marie-Odile Zwang y nada se desarrollaba como era de esperar. Habida cuenta de que el uno parecía una ruina abúlica y la otra una implacable arpía, no cabía augurarles otra vida en común a aquellos dos que bajo un modo masoquista elemental, vida diaria salpicada de insultos y equimosis, ojos a la funerals y dientes rotos, Royal Canin de plato único y una pizca de Destop en el café.

Pero nada de eso, ni mucho menos. De entrada sus relaciones resultaron ser de dulzura y respeto mutuo. Vivían en casa de Marie-Odile, que tenía alquilado un apartamento de dos habitaciones de la RIVP<sup>[3]</sup> por la zona de Gambetta. El apartamento, situado en la cuarta planta, no era grande pero sí tranquilo y luminoso, el salón daba a la rue de la Chine, que es de sentido único y poco transitada, con vista despejada al hospital Tenon, el dormitorio a un patio flanqueado de talleres antiguos y donde crecían un ocozol y lilas. Los muebles eran de lo más sencillo, comprados aquí y allá pero tampoco demasiado feos. No estaba nada mal.

No estaba nada mal para dos, y aun para tres contando el perro tatuado en el antebrazo de Marie-Odile, nacido de madre beagle y de padre desconocido, de nombre Biscuit y con el que Pognel se entendió de entrada. Biscuit tenía mucho de la raza de la madre: tamaño pequeño, bien proporcionado, carácter afectuoso, temperamento dócil y salud sin problemas, rasgos todos ellos que hacen de esta raza de perros ideales animales de compañía pero también perfectas cobayas para los laboratorios.

Se avinieron tanto mejor y más rápidamente cuanto que trabajaban ambos a media jornada. Pognel sacaba a mear a Biscuit después de que Odile los hubiera alimentado a los dos, un cafecito más y salían los dos cogidos del brazo hacia la place Gambetta, donde bajaban al corazón del metro. Como ella continuaba su trayecto hasta République, cerca de la peluquería, se besaban tiernamente en Père-Lachaise, donde Pognel bajaba para transbordar hacia Nation. Su recorrido, según había descrito detalladamente a Marie-Odile, era luego un poco largo: RER A con transbordo en Gare de Lyon-Banlieue, RER D hasta Villeneuve-Saint-Georges, más luego diez minutos andando hasta Titan-Guss, superofertas de electrodomésticos, al por mayor y al detalle. Era largo pero qué remedio, había tenido que adaptarse y lo había hecho. Clément Pognel contaba que había obtenido ese empleo de almacenista como reinserción tras purgar su condena, primero en periodo de prueba y luego con contrato fijo. Tanto sobre su vida en la cárcel como sobre las causas de la detención, el poco locuaz Pognel no se extendería mucho ante Marie-Odile Zwang, a lo cual ella se acomodaría aunque volviendo discretamente sobre ello, en ocasiones, sin insistir. Así pues, todo iba de perlas.

A eso de la una y media, Pognel regresaba a la rue de la Chine, donde Marie-

Odile, que volvía antes, había preparado ya la comida, fácil de cocinar toda vez que él le había encontrado en Villeneuve-Saint-Georges, según su expreso deseo, un extra microondas mixto de aire forzado. Contrariamente a la sugerencia inicial de Marie-Odile, Pognel le aseguró que no había apandado dicho aparato en el almacén. Al pertenecer al personal de Titan-Guss, le habían ido concediendo un descuento tras otro, por lo que ese horno —con el que Marie-Odile comenzó a imaginar toda suerte de gratinados— no le costó gran cosa, según le dio a entender.

Durante las comidas, así como a Pognel no se le ocurría nunca contar nada sobre su vida diaria profesional, Marie-Odile se explayaba en cambio gustosa sobre sus mañanas en la peluquería. Y así, sucedió que contó haberle cortado el pelo aquella mañana a un nuevo cliente cuya foto le había parecido ver, hacía tiempo, en las páginas de famosos de una revista. O bien en la tele, en el programa del animador Michel Drucker, no lo sabía muy bien, la verdad es que hacía ya tiempo. Un tipo relacionado con el mundo de la canción, desde luego, de eso estaba casi segura. Describió a aquel cliente con la suficiente precisión como para permitir a Clément Pognel identificar o al menos recordar el físico de Lou Tausk, antes de que éste se diera a conocer con tan ridículo seudónimo. Ante aquella evocación, Pognel hubiera podido reaccionar, pero no, no dijo esta boca es mía y repitió gratinado.

Después de comer, Marie-Odile recalentaba —gracias le fueran dadas al microondas— el café de la mañana. Se relajaban un rato, cambiaban tres palabras, se miraban sonriendo, en ocasiones intercambiaban unos besos en el cuello, bajo la oreja, todo eso. ¿Te sientes bien aquí?, inquiría Marie-Odile emocionada. Desde luego que sí, decía Pognel. Pero ¿dónde vivías, antes?, le preguntaba ella de cuando en cuando. Pff, contestaba Pognel. Como ella le había preguntado sobre su vida anterior en presidio y esa pregunta se repetía regularmente durante las primeras semanas, Pognel había acabado inventándose una juventud clásica de niño abandonado, con estancia en los servicios sociales y en alguna institución especializada, escolaridad abandonada nada más empezar, hogares de acogida, pequeños empleos transitorios hasta aquel episodio carcelario, al que siguió una situación por fin estable en los almacenes Titan-Guss. Marie-Odile, emocionada por aquella infancia desdichada, se resignó enseguida y por delicadeza a no volver a abordar el asunto. Asimismo, los días en que tenía fiesta en la peluquería, se avino a la prohibición dictada por Pognel de pasar a recogerlo al salir del trabajo en Villeneuve-Saint-Georges.

Por las tardes, a tres paradas de metro de Gambetta, solían acudir a la piscina más próxima, la de Les Tourelles, colindante con los amplios y bien custodiados servicios de la Dirección General de Seguridad Exterior, situada en el número 141 del *boulevard* Mortier, que es, como es sabido, el servicio francés de información exterior, lo cual no guarda relación alguna por el momento con lo que nos ocupa. Fueron a nadar allí desde los primeros días de su vida en común y allí fue donde Pognel descubrió en el omoplato de Marie-Odile Zwang otro tatuaje en el que no

había reparado, con todas las luces apagadas, durante sus primeras noches. Se trataba de una antigua reproducción polícroma cuyos tonos, vivos en su momento, se habían decolorado, desteñido —rojo casi rosáceo, verde y azul ya grises—, diluidos en lo que con la edad se transforma la piel («*¡Visiten la piel! ¡Sus arrugas, sus repliegues, sus varices, sus venillas! ¡Una experiencia inolvidable!*»). Resultaba difícil determinar si el tema del tatuaje, ya casi ilegible, era una sirena clásica, un delfín a la medida u otra cosa, pero a buen seguro era obra de un técnico cualificado; el perfil de Biscuit, en el antebrazo de Marie-Odile, era obra sin lugar a dudas de un aficionado.

Sirena o delfín, ese motivo ya próximo a la abstracción evocaba una vieja etiqueta en una vieja prenda que os va ancha, que ya no os va, que ya no lleváis, o una antigua pegatina en el cristal trasero de un coche de segunda mano, marca desaparecida de lubricante o de dispositivo antiparásitos. Pero su presencia movía a pensar que Marie-Odile debió de pasárselo bien en su juventud, dado que la boga del tatuaje detrás del hombro, habida cuenta de su edad, se remontaba a una época en que las chicas que se lo hacían no eran las menos descocadas. De lo cual Pognel concluyó que, en tiempos, Marie-Odile debió de ser lo que algunos denominan una vividora, otros una mujer de vida alegre u otros, menos finos que nosotros, una zorra de cuidado.

Dedicaban las tardes a leer el periódico, a hacer crucigramas, a echarse una siestecilla o a los videojuegos. Al anochecer, Pognel sacaba a mear a Biscuit. Cenaban y, por las noches, a veces iban a ver una película al multicine de Gambetta o, sin pelearse para elegir los programas, veían otra película en la televisión, o bien una tercera película telecargada en el ordenador. En lo que respecta a sus noches de amor, eran formidables. Una vez más contra lo que se podía esperar, Marie-Odile se mostró capaz de desempeñar alternativamente los papeles de madre protectora, niña inocente y puta imaginativa. Clément Pognel, quien no había conocido sexualmente en su vida más que sevicias, y ello con un papel siempre pasivo, las primeras noches experimentó, qué duda cabe, ciertas aprensiones. Con todo, se impuso arrostrar, afrontar aquella nueva situación, asumir responsabilidades: lo consiguió muy bien, fue el primero en sorprenderse. En el registro amoroso, Pognel se mostró sumamente activo, ingenioso, exhaustivo y entregado a su tarea: en resumidas cuentas, extremadamente viril. Bueno, a decir verdad, todo iba de perlas por el momento.

Respecto a Constance, tampoco le iban tan mal las cosas. Nadie hubiera imaginado que se acostumbraría tan pronto a su estado de reclusa, hasta el punto de no considerarse como tal. Ciertamente recibía un trato de lo más correcto: se ocupaban de ella con tantos miramientos como en una cura, una temporada de descanso, una residencia de artistas o una casa de reposo.

Ese final de mañana, como todos los días cuando lo permitía el tiempo —cada vez con más frecuencia al acercarse el verano—, Jean-Pierre y Christian le habían instalado una tumbona bajo el tilo, con lecturas depositadas en una mesa baja: revistas femeninas, de actualidad cinematográfica o de actividad cerebral, con *bestsellers* comprados al buen tuntún que pudieran distraerla del Quillet, y que iban a buscar a Bénévent-l'Abbaye, por no existir puesto de periódicos en Châtelus-le-Marcheix. Al haber dado Victor estrictas instrucciones de que no llegaran a sus manos periódicos, semanarios y revistas mensuales que trataran de la actualidad —especialmente de sucesos—, Jean-Pierre se encargaba, antes de pasárselos a Constance, de leer y censurar con sus grandes tijeras todo cuanto en *Elle*, *Cosmopolitan* o *Grazia* pudiera evocar tales sucesos. En aquellas revistas veía suceder, con el tiempo, los temas clásicos sobre la moda estival, y los consejos de bronceado, maquillaje y elegancia playera a la espera de las tendencias de otoño y de la vuelta de vacaciones. Y en la mesa baja, a esa hora, Christian disponía bebidas frescas y platillos con pistachos, almendras y cacahuets antes de comer. Bien tratada, sí.

Prácticamente tan sólo se relacionaba con aquellos dos hombres, encargados de organizar su estancia. Lessertisseur pasaba de vez en cuando, acompañado o no de Lucile, para cerciorarse del perfecto desarrollo logístico de las cosas. Victor, por su parte, parecía ocupar una posición de consejero técnico. Por desgracia para gusto de Constance, se dejaba ver con mucha menos frecuencia. Pocas distracciones, dirán ustedes, pues sí, ni radio ni televisión, y descartada por supuesto la conexión con internet, pero habida cuenta de que la vida pasada de la joven se había desarrollado fundamentalmente en la ciudad, tampoco le disgustaba descubrir un medio rural, flora y fauna, del que lo ignoraba todo, al igual que seguía ignorando dónde se hallaba.

A este respecto, algunas señales sí existían, pertinentes pero contradictorias. Porque, si bien encima de la chimenea un mapa departamental en colores con efectos en relieve, editado por el Consejo General de la Mayenne, podía dar a entender que se encontraban allí, también colgaba junto al aparador el termómetro mural de una carnicería-charcutería-pollería ubicada en la plaza del ayuntamiento de una población del Aveyron cuyo nombre desconocía Constance. Este dispositivo, obra del refinado Lessertisseur, quien, para despistar un poco más a la secuestrada, había dispuesto como trampas tales indicios, uno robado en Laval y el otro en Saint-Affrique, a setecientos kilómetros de distancia, había resultado inútil, dado que, al ser la joven

tan poco versada en geografía como en historia natural, no había obrado el más mínimo efecto en ella.

Dondequiera que se hallaran, en cualquier caso, la finca debía de haberla habitado alguien antes de que la ocuparan sus raptos. Distintos indicios florales y faunísticos daban fe de ello. Respecto a la flora, amén de lejanas perspectivas herbosas y arbóreas a las que Constance no tenía acceso, en un plano más cercano, no perdía de vista un cuadro de flores clásicas: zinnias, cosmos, anémonas abandonadas sin mantenimiento y de cuyo desarrollo se puso a velar con interés, cuidándolas y descubriendo otras especies que habría sido incapaz de nombrar ni de diferenciar, pues hasta entonces su imagen de las flores era para ella la de unos bloques cónicos prefabricados envueltos en papel de celofán.

En lo tocante a la fauna, un gallo de aires condescendientes reinaba junto al granero sobre seis gallinas que se agitaban con movimientos entrecortados, no lejos de tres conejos menos nerviosos, recludos en la estructura de un viejo piano. A veces aparecen pianos donde uno menos se lo espera: éste, recto, carcomido, deslustrado, sin marca de fábrica a la entrada del granero, hacía las veces de estantería, donde se amontonaban envases vacíos de productos agrícolas. Cuando Constance alzó la tapa, que emitió un ruido sibilante de boca pastosa, descubrió un teclado al que le quedaban casi todos los dientes, aunque bastante amarillos y cariados en sus sostenidos y bemoles. No hubo modo de extraerle ningún sonido: habían debido de usar las cuerdas para menesteres de jardinería, utilizar para leña su tabla armónica y enrejar el bastidor metálico y los pies para fabricar una conejera.

En cuanto a los animales menos domésticos, uno de ellos ponía al menos un poco de animación. Cuando morían las tardes, tras una jornada de lectura y de un poco de jardinería, cuando volvía a su tumbona a cubierto del tilo, un ave vespertina proponía regularmente a Constance una suerte de aperitivo-concierto. Por el sonido, hubiera podido tratarse de un prototipo de mirlo mejorado que, desde lo alto de aquel árbol e hiciera el tiempo que hiciera, se desgañitaba en el vacío, repitiendo a porfía, *ad libitum*, una melodía de aire más aviar que humano: tonal y compuesta de catorce notas articuladas, cadenciosas, hubieran podido hacer las veces de estribillo para una canción a la que, añadiéndole unas estrofas apropiadas, fáciles de componer, el pseudomirlo habría podido hacerse con un montón de pasta. Tal vez procedía así con ánimo de que, a fuerza de repetirlo, su canto hiciera aguzar el oído a un empresario de paso, a un agente o a un productor extraviado por aquellos andurriales y que, trepando de inmediato al tilo, le arrancaría una pluma para hacerle firmar el contrato con su propia sangre.

Pero tras admirar en un principio a aquel pájaro por su invención melódica, a Constance acabó resultándole agobiante, pesada y hasta exasperante la reiteración de aquel tema único, llevándola muy pronto a maldecir a su autor, a menospreciar su obra y a considerarlo un mero adepto menesteroso de la escuela minimalista, epígono menor de un La Monte Young o de un Charlemagne Palestine. Y aparte de él, durante

el día, Constance podía también inspeccionar las idas y venidas de mariposas polícromas, con frecuencia solas pero con mayor frecuencia en pareja, multitud de mariposas aquel año profusa por la zona, sobrenaturalmente más densa que de costumbre y aunque no se cruzara uno con ningún elefante.

Esta última palabra puede parecer disparatada: por qué motivo, dirán ustedes, va a cruzarse uno con elefantes en la Creuse y sobre ese punto estamos de acuerdo, tan sólo lo mencionamos por la siguiente razón. Según los trabajos del doctor L. Elizabeth L. Rasmussen, las hembras del *Elephas maximus* se valen como toda especie animal de cierta combinación de moléculas en el momento en que el ejercicio del celo resulta factible y aun deseable. Semejante señal química permite a las elefantas comunicar a los elefantes que están sexualmente en plena forma, locas de amor, vibrantes de deseo y dispuestas a acoplarse en cuanto se quiera. Pues bien, L. Elizabeth L. Rasmussen ha demostrado con éxito que esa amalgama molecular — esa feromona técnicamente designada con el nombre de *(Z)-7dodecen-1-yl acetate*— resulta ser exactamente la misma en el elefante que en más de un centenar de especies de mariposas.

Hemos pensado que no estaba mal que ese fenómeno zoológico, demasiado ignorado a nuestro entender, se dé a conocer al público. Ciertamente que el público tiene derecho a objetar que tal información no parece sino una pura digresión, una suerte de diversión didáctica que permite dar fin a un capítulo como quien no quiere la cosa sin vínculo alguno con nuestro relato. A esa reserva, por supuesto admisible, responderemos como antes: por el momento.

Siguiendo las instrucciones de Hubert, Tausk concertó una cita con Nadine Alcover, que se presentó en su casa a eso de las cinco, guapa chica que hemos descrito someramente, tipo morena de pelo medio largo que puede resultar —como por lo demás todos los otros tipos— agradable. Antes de que llegara, Tausk se cuidó de poner algo de Mahler a bajo volumen para crear un ambiente elegante, pero sobre todo para dar a entender que, por muy compositor popular y ligero que pueda ser, se muestra accesible a obras serias, emocionantes, graves, pongamos Kathleen Ferrier interpretando los *Kindertotenlieder*.

Muy bonita su casa, atacó enseguida la secretaria de Hubert sentándose, y el barrio es tranquilo. Ah, se apresuró a decir Tausk, un silencio, una paz que no puede imaginarse, ¿una taza de té? Yo me encargo. Enseguida estoy con usted, gritó desde su cocina americana y, de vuelta al salón, depositó la bandeja en la mesa de centro donde se hallaba ya desplegado su dossier. Son los documentos referentes a su asunto, dijo Nadine Alcover, con una primera síntesis que ha preparado el señor Coste. Es poca cosa, pero sólo es un borrador. Sí, farfulló Tausk hojeando los documentos, pero falta lo referente al dedo, ¿no? ¿Quiere usted ver el dedo? No gracias, respondió rápidamente Nadine Alcover volviendo la vista, por el momento no. Lo entiendo, dijo Tausk, lo entiendo. En caso de necesidad está en el congelador. Veamos. Examinemos.

Pero fue entonces cuando todo se descompuso, precisamente en ese registro de calma y de silencio evocado por Lou Tausk al llegar la secretaria de Hubert, comenzó a oírse la vibración de un taladro proveniente de un piso cercano; lo cual supone, lo entiendo, muchos taladros en poco tiempo en la misma historia, pero qué le voy a hacer, es así. En un principio suave, su vibración convertida en trepidación, se amplificó lo bastante rápido como para comprometer un análisis sereno del dossier. Primero fingieron que no pasaba nada, hasta alzar la voz frunciendo el ceño, y repetir o hacerse repetir lo que se decían, frustrando así el ambiente sereno que anhelaba Tausk.

A un taladro, por lo general, no se recurre más que una vez para colgar un cuadro, dos para sujetar una barra de cortinas, tres o cuatro para un espejo de cuarto de baño, no más de diez para una librería. Y aún no hablamos, en tales casos, más que de operaciones puntuales, de cortos quejidos monocordes que no exceden los veinte segundos: engorro común, en extremo penoso para los vecinos pero por lo general breve, alzamos cada vez los ojos al cielo y se acabó. Éste no. Sus zumbidos, tan potentes que cabía pensar que provinieran de un instrumento genéticamente manipulado, hijo natural del martillo neumático o del buldócer con cromosomas de sierra de vaivén, sus silbidos cada vez más potentes, lejos de emitirse en una sola nota, no dejaron de crecer al tiempo que modulaban, maullaban o barritaban según el ángulo de ataque, tal vez, o según la profundidad, resistencia o densidad de la materia

con la que se enfrentaba.

Aquella máquina no tardó en dar fe de tal inventiva modal que, al principio, no dudó en entonar los primeros compases del cántico «A ti la gloria, oh resucitado» — aunque sin proseguir clásicamente por «Gloria eterna a ti»—, desviándose luego furtivamente por el estribillo de «Standing on the Corner» para luego desencadenarse sin piedad en un homenaje a las variaciones creadas por Jimi Hendrix en su versión de «Star Spangled Banner», ejecutada el lunes 18 de agosto de 1969 a partir de las ocho de la mañana.

Se miraron, molestos y luego consternados, medias sonrisas perplejas. Ante la imposibilidad de examinar el dossier, mejor resignarse pacientemente a la espera de que acabase aquello. La verdad es que está muy bien decorada su casa, gritó Nadine Alcover por gritar algo. Puedo enseñársela si quiere, vociferó Tausk levantándose, sígame. Y procedió a pasear a la secretaria por las demás habitaciones, donde la máquina-instrumento seguía persiguiéndolos y aun precediéndolos cada vez más empedernidamente. Luego, cuando como último recurso Tausk propuso que salieran al balcón, cuestión de admirar la vista con menor ruido, la máquina se desencadenó con más vehemencia que antes, pues su operador debió de actuar abriendo todas las ventanas habida cuenta, sin duda, del polvo. Y de pronto, con la misma brusquedad, la máquina enmudeció. Respiraron. Ya ve lo tranquilo que es esto, observó Tausk, quiero decir por lo habitual. Entremos. Parece que se está cubriendo el cielo, se ha puesto muy oscuro, encenderé una lámpara, anunció caminando hacia dicha lámpara.

Pero el taladro había debido de parar por un breve entreacto, lo que cuesta ir a mear o hacerse un café o ambas cosas, operaciones que al parecer le hicieron recuperarse porque su instrumento desplegó su actividad con renovados ímpetus, más desmesuradamente que antes si es que era posible, primero en un registro de agudísima flatulencia, y luego abriendo su nuevo recital con una audaz variación sobre el primer movimiento de *La consagración de la primavera*.

Ese imprevisto retorno hizo sobresaltarse a Tausk inclinado sobre la lámpara, y, sin darse cuenta, debió de toquetear demasiado bruscamente el interruptor, desquiciar el circuito eléctrico, porque un repentino chispazo, acompañado de un sordo chasquido y seguido de una breve nubecilla de humo, brotó bruscamente del interruptor y la luz se apagó de súbito en toda la casa, haciendo enmudecer a Kathleen Ferrier, a quien apenas habían prestado atención con todo aquel cristo, aunque al menos deparaba una pequeña presencia en segundo plano, siempre era algo.

El visible desaliento, entonces, el extremo desasosiego de Lou Tausk, que se ve totalmente perdido en tales coyunturas, no entiende nada de electricidad, no sabe hacer nada con las manos salvo a lo sumo ante un teclado, fueron lo bastante visibles como para que Nadine Alcover los advirtiera. Nerviosa, aunque no tan desamparada como él, procedió a tranquilizarlo diciéndole que seguro que no era nada, que no debía tomárselo así, que simplemente habría saltado algo. Una simple cuestión de



fusibles. Aunque tampoco era muy mañosa, señaló, podía intentar hacer algo, debía de ser muy sencillo. Pero, lo primero de todo, dónde estaba el cuadro de luces, y luego, ¿disponía Tausk de una linterna?

Tras el rato que tardó él en recordar dónde demonios estaban ambas cosas, Nadine Alcover se subió a una silla para inspeccionar el cuadro: Tausk se encontraba ya un poco mejor, nada hay tan reconfortante como una mujer dispuesta a ocuparse de ese tipo de cosas. Cuando la secretaria de Hubert, desde lo alto de la silla, calándose las gafas y alzando la voz dado el volumen y el estrépito continuo de la máquina-instrumento, diagnosticó con tono profesional que veía perfectamente lo que ocurría, pronosticó que en efecto no era nada grave, pero ¿no tendría por casualidad algún destornillador por ahí? Tausk recordó que no disponía de gran cantidad de instrumental pero bien habría en algún sitio un par de utensilios de ese tipo junto con una cinta de metro, cinta aislante y un cúter: fue en su busca recordando una caja de seis destornilladores ordenados según el tamaño en un estuche. Lo encontró, iban avanzando.

Pero por desgracia las cosas volvieron a complicarse porque todos los destornilladores resultaron ser o demasiado pequeños o demasiado grandes para el tamaño del tornillo, cada uno descargaba en el otro la responsabilidad del asunto, se inhibía acusando socarronamente a su vecino como si conspirasen para mostrarse todos ellos incompetentes. ¿Hace falta recordar que es desaconsejable comprar los destornilladores en lotes, cuando sabemos que no tardan en adoptar un desleal espíritu de equipo? Por su parte, la máquina-instrumento no aflojaba, atacando ahora el «Galgenlied» del *Pierrot lunaire*.

Nadine Alcover, que seguía encaramada, acabó al final ingeniándose las, y pidió a Tausk que no desviara continuamente el haz luminoso del cuadro de luces. La intervención no duró más de cinco minutos, lo que tardó Tausk en observar que la secretaria era zurda, hábil pero zurda, pero también en examinar sus piernas y su prolongación superior, de ahí las desviaciones del haz de luz. Siempre son un poco desconcertantes los zurdos, se les presta habitualmente una vida interior especial, una discordia soterrada, un tormento subterráneo, un sufrimiento íntimo, todo lo cual, que es sin duda infundado, puede hacerlos entrañables —por ejemplo cuesta imaginar a un zurdo torturador, por más que seguramente nos equivoquemos.

Y así, segundo tras segundo, fueron encendiéndose todas las luces de la casa, al tiempo que Kathleen Ferrier recuperaba el aliento, en la medida en que lo permitiera el fragor de la máquina-instrumento, decididamente embarcada en una empresa a largo plazo. Y una vez apeada Nadine Alcover de la silla, acordaron espontáneamente tomar una copa, celebrar el feliz desenlace de la operación, Tausk propuso champán, se tomaron una copa y luego otra.

En cualquier caso, imposible abordar serenamente el dossier Constance, habida cuenta de que las condiciones de quietud y comodidad seguían sin darse. Pero, al mismo tiempo, tampoco había razón alguna para separarse, todo aquello al fin y al

cabo había creado vínculos. Venga, ya puestos, por qué no nos acabamos la botella, observó Tausk. Nadine Alcover dijo con mucho gusto, Tausk le sonrió parpadeando y le sirvió champán, derramando un poco, Nadine Alcover sonrió con el mismo tono y en un santiamén se las ingeniaron para plantarse dando tumbos en el dormitorio de Lou Tausk y en su cama.

Nadine Alcover era en efecto zurda pero, contrariamente a lo que decía, muy hábil con sus manos. Es sabido en cualquier caso que el sexo es ambidextro, y en ello reside una de sus ventajas: diestros y diestras, zurdos y zurdas, pueden estimular del mismo modo con una u otra mano todo órgano sexual que se presente. Las cosas se desarrollaron dilatada y perfectamente, repetidas veces, y, en lo tocante al vecindario, la máquina-instrumento brindó la ventaja de cubrir, durante toda esa acción, los testimonios de satisfacción emitidos por Nadine Alcover.

Abandonó la casa de Tausk al caer la tarde, justo a tiempo para verse con una amiga, como estaba previsto, en uno de esos bares elegantes y discretos —cuero, cobre, madera barnizada— donde se encarama una a un alto taburete, las piernas cruzadas muy alto y lanzando miradas de soslayo. Nadine Alcover contaba con encontrarse a su amiga sentada en uno de esos taburetes, ante un primer Alexandra y ya solicitada por un viejo apuesto. Muy por el contrario, se había refugiado en el fondo, de espaldas, ante una mesa discreta y con una sobria Schweppes, y Nadine Alcover tardó bastante en dar con ella. Físicamente, ambas mujeres son totalmente dispares: así como la secretaria de Hubert es sonriente, cabello frondoso y generosa anatomía, la amiga es reservada, flacucha, de larga melena rubia mustia y lacia. Además no parece hallarse en su mejor momento, hombros caídos, tez cérea, mala cara.

Esbozó una sonrisa apagada al ver a Nadine Alcover y, tras pedir ésta un *gin-fizz*, hablaron de distintas cosas, fútiles o no: trapitos, trabajo, hombres, pero de éstos en un plano general, sin anécdotas o confidencias especiales, ni Nadine Alcover sobre su tarde en casa de Tausk, ni su amiga sobre nadie en particular. Bueno, pero dime, observó Nadine Alcover, te veo un poco pálida, ¿seguro que estás bien? Bien, contestó la otra, todo bien. Un poco cansada últimamente pero bien. ¿Y eso qué es, Lucile?, se inquietó Nadine Alcover señalando un grueso vendaje en el dedo meñique izquierdo de la otra. ¿Qué te has hecho en el dedo? Oh, dijo Lucile, prácticamente nada, un pequeño accidente doméstico.

Ah, exclamó Nadine Alcover, poca gente sabe la importancia de los accidentes domésticos. ¿Sabes que es la tercera causa de mortalidad, después del cáncer y de las enfermedades cardiovasculares? ¿Te imaginas lo que suponen, sólo en Francia, los accidentes domésticos? Más de veinte mil muertos al año. Aún has salido bien parada.

## II

Hace tiempo que no veíamos al general Bourgeaud. Hay que remontarse al comienzo de nuestro asunto, cuando el general estaba montando aquella operación con Paul Objat, mientras masajeaba puritos en su escritorio.

Escritorio que ha cambiado poco desde la última vez. Los Panter de otra clase siguen estando al alcance de la mano del general, junto al cenicero vacío, y en las paredes siguen conectadas las mismas redes con flechas, con celo o con chinchetas aunque incrementadas con añadidos recientes: recortes de prensa de la antevíspera, *Post-it* recientes, fotos inéditas, síntoma de que el asunto avanza. Único cambio notable: se ha renovado el ordenador al que están conectados nuevos dispositivos electrónicos reagrupados sobre un aparador.

El general tampoco ha cambiado mucho. De no ser general, no se sabe a qué podría dedicarse dado su porte, su físico y su fisonomía. Bajo, fornido, pelo corto, parálisis facial más o menos estudiada, encarna al perfecto arquetipo de general, como sólo supo encarnarlo Erich von Stroheim. Aunque hayamos conocido de vista o incluso personalmente a carniceros, agentes de cambio, franciscanos o directores de instituto que tenían la misma apariencia, y aunque el propio Erich von Stroheim haya encarnado también otros papeles: mayordomo, telépata, profesor de inglés, Beethoven —pero no nos dispersemos, que Bourgeaud se impacienta.

Hace tiempo que han sonado tres toques en el campanario de Notre-Dame-des-Otages, el general, disgustado, acaba de cerrar ruidosamente su caja de Panter Sprint cuando llaman por fin a la puerta. Adelante, responde secamente el general, y he aquí de nuevo a Paul Objat, que entra en el despacho: tampoco recordamos haberlo visto desde hace cierto tiempo, o esa impresión nos da al menos. Se ha retrasado, Objat, observa el general echando un vistazo a su reloj antes que a su visitante, pase. Siéntese, ¿qué hay de nuevo?

Todo sigue su curso, contesta Paul Objat. Se va cociendo, si me permite la expresión. ¿Y se va a cocer mucho tiempo?, se inquieta el general. No lo sé muy bien, dice Objat, pasa como con la cocina, entiéndame. Hay que controlar de vez en cuando, rehogar, desglasar, añadir las especias en el momento adecuado, ya sabe. En absoluto, dice el general. Sí, dice Objat, si es muy sencillo, enseguida lo entenderá, pongamos por ejemplo un *curry* de berenjena. Que no, se impacienta el general, volvamos a los hechos. Está descartado, se lo recuerdo, que se nos pueda relacionar con este asunto. Cuento con usted para que haya ingeniado un argumento consistente. El que desaparezca una mujer sin dejar rastro es algo que se justifica. Que hay que justificar.

Está todo en orden, mi general, le tranquilizó Objat, he montado mi dispositivo. Me ha llevado un tiempo repartir los papeles. Un *casting* no se hace solo, hay que trabajárselo, pero creo que todo va bien. Todo está en orden y cada cual cumple con su cometido. No tienen ni idea de lo que hacen, pero lo hacen todo como yo tenía

previsto. Perfecto, suspiró el general, muy bien, muy bien. Esto me recuerda el título de una novela de Balzac, se dejó llevar, *Los comediantes sin saberlo*, no sé si la conoce. Pues no, ni idea, dijo Objat, no la he leído. Yo tampoco la he leído, por supuesto, exclamó el general, pero ¿a que el título es estupendo?

Paul Objat lanzó su hermosa sonrisa hacia el general, quien, satisfecho de su réplica, extrajo un Panter de su caja, lo examinó y, componiendo el semblante: Bueno, y en cuanto al plazo, ¿cabe programar una fecha? Lo que le he dicho, replicó Objat. Hablando claro, el asunto no está aún del todo maduro pero el proceso está en marcha. Habrá de pasar algún tiempo hasta que la chica esté a punto. En eso, contrariamente a lo de la cocina, por utilizar de nuevo el símil, el tiempo de cocción es variable. Es una cuestión de terreno.

Tampoco podemos dejar que esto se eternice, rezongó Bourgeaud, tengo contactos que se impacientan aquí y allá. Me hago perfecto cargo, reconoció Objat, pero yo diría que de aquí a dos o tres meses el asunto estará operativo. Dos o tres meses es muchísimo tiempo, exhaló el general consultando el reloj. Pero en fin, si está usted seguro de lo que se trae entre manos. Nos vemos dentro de quince días. Y ahora discúlpeme pero tengo cosas que hacer. Retírese.

Paul Objat salió del despacho, bajó las escaleras, atravesó el patio del cuartel, mostró su credencial al soldado de guardia y se encontró en la acera. Se subió el cuello del impermeable y se lo abrochó hasta arriba, estaba cubriéndose el cielo en el *boulevard Mortier*.

Once de la mañana, rue du Faubourg-Saint-Denis, Lessertisseur friega los platos mientras oye la radio, antes de ir a ducharse, enjabonarse el cráneo despoblado y pasarse una base de maquillaje por su Nueva Guinea.

Lessertisseur amontona en el fregadero, por diámetros decrecientes, una semana entera de platos y fuentes sucios, a los que se adhieren, fragmentos secos y posos pegados, restos diversos. Perturbando su recepción de la radio, suena el teléfono cada cinco minutos pero, como el aparato sigue señalando el número de Lucile, Lessertisseur no contesta: Lucile ha desempeñado su papel, todo va bien de momento, que no me toque las narices. Va subiendo cada vez el sonido, lo cual no resulta cómodo —el guante de fregar patina con el botón del volumen— para seguir la emisión hasta el final, y el locutor la concluye: Hemos tenido hoy con nosotros a Marie-José Sureau, que ha publicado *Palimpsesto de la sombra* en la editorial Du Frein.

Más adelante, aseado, afeitado, teñido, vestido, Lessertisseur marca en el teclado del teléfono un número que debe de tener memorizado, ya que ha recibido la orden de no anotarlo en ningún sitio. Utilizando un código clásico, deja que suene dos veces antes de colgar, deja sonar dos veces más, cuelga, vuelve a llamar esperando que le contesten y al cabo de ocho timbrazos le contestan. Es la voz del comanditario. ¿Qué?, inquiera con rudeza esa voz. No avanzamos nada, deplora Lessertisseur, el objetivo no reacciona. Le he dicho cien veces, se irrita el comanditario, que me llame únicamente si las cosas avanzan. Ya, dice Lessertisseur, pero es que no avanzan nada, precisamente, creo que esto se eterniza. Se estanca, sabe usted. Silencio del comanditario. Pensaba una cosa, aventura Lessertisseur. Adelante, condesciende el comanditario. Pues bajo mi punto de vista, carraspea Lessertisseur. Y ese punto de vista es el siguiente.

Al observar que esto se alarga desde hace meses, que el plan patina y que Tausk —nada de nombres al teléfono, rechina el comanditario— no reacciona ante ningún estímulo, Lessertisseur sugiere que pongan en marcha otro plan. Sin aumentar su propia comisión, propone poner a su personal —debe de tratarse de Jean-Pierre y de Christian—, aunque tenga que reforzarlo, al servicio de una operación más rentable. Hay muchos ricos vulnerables en el mercado, muchas razones para sacarles diez veces más que al tal Tausk. Sobre todo cuando el tal Tausk no mueve ni un dedo. He dicho que nada de nombres, se exaspera el comanditario, y ni hablar de cambiar de objetivo. Tengo mis razones. Bueno, se resigna Lessertisseur, sólo era una sugerencia. Y ni una palabra a nadie, por supuesto, remacha el comanditario. Si yo no hablo con nadie, sostiene Lessertisseur. Una tumba, a mi lado, es una bolsa sorpresa.

Lessertisseur cuelga y marca el número de Jean-Pierre, las cosas no van nada mal, contesta Jean-Pierre, todo controlado, la señora está muy tranquila. ¿Y Victor, se inquieta Lessertisseur, se pasa de vez en cuando por ahí? Victor es inaccesible,

deplora Jean-Pierre, hace ya bastante que no lo vemos. Bien, pásame a Christian, dice Lessertisseur. Christian, escúcheme, Christian, le alerta, como ya le ha alertado Victor en términos similares. Le conozco, Christian, conozco sus cualidades pero también sus puntos débiles. O sea que compórtese correctamente con esa señora, ¿de acuerdo? Cuento con usted, sí, de verdad que cuento con usted. Vale, rezonga evasivamente Christian al aparato consultando, con la otra mano, el prospecto de un lector de DVD.

Para entretenerse un poco —la vida de guardián de rehén deja considerables ratos de ocio—, Jean-Pierre y Christian se han traído ese lector acompañado de una veintena de estuches que contenían, por una parte, series policiacas americanas donde aparecen escenas de secuestros con las que se identifican con entusiasmo, y por otra, obras de escasos diálogos en las que, luciendo vaporosa ropa interior y potentes bustos, ofician criaturas que responden a nombres como Jewel De Nyle, Chloé Dior o Karma Rosenberg y aun Bolivia Samsonite.

La película de aquel día la interpreta precisamente Bolivia Samsonite, que ejecuta todo cuanto puede ejecutar una actriz avezada en tales papeles, es decir, siempre las mismas cosas y más o menos bien. Pero Bolivia Samsonite ejecuta todas esas cosas realmente bien, y tanto Jean-Pierre como Christian la aprecian y la admiran en la misma medida en que envidian a sus parejas. Christian se empalma bastante ante el espectáculo, Jean-Pierre un poquito menos.

¿No te parece que tiene algo de la chica?, acaba preguntando Christian. ¿Qué chica?, masculla Jean-Pierre. La que custodiamos, precisa Christian. Cierto, reconoce Jean-Pierre. A lo mejor hace ese tipo de cosas, sueña despierto Christian. Es posible, opina Jean-Pierre. Habría que comprobarlo, insinúa Christian. Luego, sin más comentarios, contemplan la película hasta su feliz desenlace tras el cual, para matar el tiempo, juegan un 421 que los mantiene ocupados una hora y Christian gana la partida.

¿Y si probáramos?, vuelve a soñar Christian. ¿Probar el qué?, pregunta Jean-Pierre. Pues lo de la chica, si lo intentáramos. Podríamos intentarlo, ¿no? No lo sé, cavila Jean-Pierre. Los tres juntos no, matiza, en cualquier caso no ahora mismo. Estoy contigo, suscribe Christian, conforme con que procedamos progresivamente. O sea, primero o tú o yo, ¿cómo hacerlo? Ni idea, declara Jean-Pierre. ¿Y si nos lo jugamos a los dados?, sonrío solapadamente Christian. Es un poco fuerte, protesta Jean-Pierre. Quien no se arriesga no pasa el río, recuerda Christian sacando los dados del bolsillo, ¿echamos una partidita de 421? Bueno, suspira Jean-Pierre, y tras ganar, Christian exclama exaltado: Yo, tío, me tiraré yo a la mujer del idiota.

Como en la Creuse hacía un día bastante fresco, Constance no va a echarse en la tumbona bajo el tilo, prefiere quedarse en la habitación que le han acondicionado sucintamente en la primera planta, encima de la sala común. Hay que admitir que no se encuentra tan mal allí, leyendo en paz en su cama, desdeñando los *bestsellers* que le compran a ciegas sus guardianes para dedicarse tan sólo al diccionario enciclopédico Quillet, en cuyo volumen F-K se halla ahora enfrascada. Puede parecer

que avanza muy rápido, o sospechase también que se salta bastantes palabras.

Constance ha dejado el libro para ir a prepararse una taza de té. Al abrir la ventana descubre una niebla teatral que envuelve y nimba el paisaje, incluido el tilo, como un efecto especial destinado a enmascarar revelándolas todas las formas, que parece consagrar así. Después se tumba de espaldas, las piernas dobladas, el diccionario sobre los muslos, volviendo las páginas con la mano derecha, sosteniendo la taza con la izquierda y alzando a ratos el dedo meñique, como habremos comprendido, perfectamente intacto.

Constance está hojeando la obra cuando Christian llama a su puerta, la abre sin aguardar respuesta y entra en plan conquistador, seguro de su jugada, para deslizar de entrada penosas insinuaciones —obviemos los métodos— a la joven. Aun perfectamente consciente de su naturaleza y finalidad, Constance prefiere ignorarlas mientras le sonrío ligeramente, sonrisa indulgente de madre distraída, de monja turbada en la oración, de asistenta social ducha en los *acting-out*. Christian, no tan simple como lo creíamos, comprende de inmediato la vanidad de su intento y que éste, demasiado manifiesto, está abocado al fracaso. Avergonzado de su táctica inadecuada, se ve obligado a recobrar el aplomo.

Y, entre las mariposas, cuya inhabitual afluencia durante esa estación ya hemos señalado, he aquí que un considerable ejemplar de ese orden acaba de entrar por la ventana. Triangular y de amplia envergadura, procediendo mediante grandes vuelos planeados, es un espléndido espécimen de macaón cola de golondrina, cuyas alas de tono pajizo, ribeteadas de manchas escarlata y azul cobalto, están ornadas de franjas y rayas oscuras. Cuando se lanza estremecida hacia la cama de Constance, que al verla desorbita los ojos en silencio, Christian no puede contenerse. Probablemente celoso de la admiración que parece inspirarle a ella la recién llegada, en su ansia de justificar su propia presencia preocupándose por el bienestar de la joven comienza a sacudir el aire con la palma de la mano para ahuyentar a la macaón como si se tratase de un elemento dañino. Pero al ver que eso a la macaón le trae sin cuidado, Christian la atrapa con un gesto breve, la tritura en el hueco de la mano, desgarrando sus grandes alas con un chasquido de tela dilacerada. Ya está, dice con tono jovial, ya no le hará la puñeta. Salga, ruge Constance. Largo de aquí.

Constance se ha echado a temblar, es la primera vez pero se le pasa pronto. Cuando se le pasa del todo, se dirige hacia la ventana y, en el instante mismo en que la está cerrando, un remolino de niebla entra a su vez en la habitación, disipándose también muy deprisa, casi enseguida diluida por encima del radiador de aceite.



El jueves por la mañana, Lou Tausk se encuentra en su domicilio de la rue Claude-Pouillet, retenido por trabajos de mantenimiento. Hace bastante tiempo que no pisa la rue de Pali-Kao, ya que Pélestor está atravesando un túnel más opaco que de costumbre: los dos hombres han pospuesto sus tareas, mientras se estabiliza el humor del letrista. Y el mantenimiento consiste en una intervención en el circuito eléctrico: la avería del otro día ha impulsado a Tausk a llamar a un hombre llamado Hyacinthe, a quien suele encargar distintas labores en la casa.

De profesión conductor de metro, Hyacinthe sabe hacer de todo y trabaja bien, rápido y no muy caro. Amable y muy buen mozo, hace honor a los orígenes de su nombre, ya que el primer tipo de tal nombre hizo enloquecer de amor al conjunto del panteón griego. Como él, pero más dado a las mujeres, Hyacinthe seduce a cuantas quiere, siempre flanqueado en su cabina de conductor de una atractiva persona, nunca la misma y sin perturbar con ello la buena marcha de la red. Mientras se afana, por el momento, en repasar el cuadro de luces antes de marchar a reanudar su trabajo en la línea 2, suena el teléfono en casa de Tausk: es Nadine Alcover, quien propone que coman juntos. Muy bien, dice Tausk, ¿y luego vemos qué hacemos?, sugiere. Sí, promete Nadine Alcover.

Estimulado por la perspectiva, Tausk entra a inspeccionarse en el cuarto de baño: espejo, rebrote del pelo, llamada a la peluquería, un hueco dentro de una hora; muy bien, repite. Por si acaso, intenta hablar con Pélestor, en cuyo contestador deja un mensaje —Espero que estés mejor, llámame, etcétera— tras sonar seis veces el aparato sin respuesta. Y con razón: el móvil de Pélestor se encuentra extraviado bajo la cama deshecha entre las migas, las mondaduras, las innumerables pelotillas de polvo, los *kleenex* antediluvianos, comprimidos y cápsulas errantes con sus prospectos arrugados mientras el propio Pélestor, evitando su reflejo en pijama en el baño, clasifica por categorías —ansiolíticos y antidepresivos, narcóticos y otros sedantes— su opulenta colección de psicotropos.

Dejando a Hyacinthe con sus voltajes —y acordando encontrarse luego—, Tausk sale a cortarse el pelo. En la peluquería, oficiará la misma empleada que el otro día, llena de *piercings*, tatuada, rugosa y musculosa, mirada fría, ni sonrisas ni nada, Tausk optará por callar a la espera de que acabe aquello. Pero tras un enérgico lavado con champú, una vez que retorna al sillón, neutralizado bajo una toalla, asfixiado por el cordón de la bata, cegado por un flexo policial: Creo que le conozco, declara la peluquera, escrutándolo con una mirada penetrante al tiempo que se frota las manos. Claro, responde Tausk a la defensiva, estuve aquí el mes pasado. No va por ahí, zanja ella con un siniestro restallido de tijeras en el vacío, esa cara estoy segura de haberla visto en alguna parte. Ah, suelta Tausk, encogido en el sillón y controlando la herramienta, todo es posible. ¿No he podido verlo en una revista?, insinúa la peluquera escogiendo una navaja de afeitar. La verdad, se crispa Tausk un poco más,

por qué no. Hasta me pregunto si no ha salido usted en la tele, insiste ella. Alguna vez, reconoce Tausk bañado en sudor, pero de eso hace mucho, muchísimo. Silencio de la peluquera, cuya maquinilla acaba de atacar las sienes, seguido de una hipótesis. ¿No se dedica usted a la canción, por un casual?, acaba diciendo la peluquera.

Y así es como Tausk, no era de esperar, acaba entendiéndose rápido y bien con esa peluquera que, una vez identificado su paciente, cambia por completo de modales. No sólo recuerda fácilmente el nombre del artista, sino que rememora algunos de sus éxitos —Sí, «Excessif», claro, se emociona, la de veces que habré bailado con eso—, recordando incluso «Dent de sagesse», que, confiesa, la hizo llorar más de una vez. Con gusto prolongaría la sesión más allá de lo razonable, Tausk se ve obligado a moderarla para no quedarse pelado, dejando una propina mayúscula antes de escurrir el bulto. Concluyendo ya su media jornada, la peluquera barre soñadoramente los mechones diseminados antes de volver a su casa, donde prepara la comida mientras oye la radio —canta ahora Georges Aspern, que acaba de sacar *Oublions* en Bradoc & Bradoc—, cuando suena un ruido de llave en la cerradura y se nos aparece Clément Pognel: ¿Bien la mañana, cariñín?

Rutina, rutina, contesta Pognel, ¿y tú? Normal también, considera ella. Ah, sí, figúrate que he vuelto a ver al tipo. ¿El tipo?, repite Pognel. El que peiné el otro día, precisó Marie-Odile, te lo conté, pues ha vuelto. Ya decía yo que me recordaba a alguien, no me equivocaba. Trabaja en el mundo de la música, ¿te imaginas? Estoy segura de que has oído cosas tuyas. Ah, se crispa Pognel, ¿y qué aspecto tiene? ¿Cómo explicártelo?, se pregunta Marie-Odile. ¿Cómo se llama?, insistió Pognel.

El jueves por la tarde, tras clasificarlos con esmero, Pélestor ordenó sus medicamentos, controló las cantidades, comprobó las fechas de caducidad. Luego debió de mudar de parecer porque, abriéndolos de repente, despedazó su contenido y uno tras otro arrojó comprimidos y cápsulas al váter, donde vació también las ampollas, y, después de tirar de la cadena, se embutió el abrigo y se lo abrochó hasta el cuello.

Antes de salir se cercioró cuatro veces de que las ventanas estuvieran bien cerradas, al igual que el gas y el agua. Demorándose luego en el descansillo ante la puerta, extrajo su llave del bolsillo y la examinó para cerciorarse, aunque no tenía otra, de que era la buena. Cerró con doble vuelta, salió de su edificio y echó a andar hacia la parada de Colonel-Fabien, la más cercana de su casa. En el andén dirección Porte Dauphine, Pélestor siguió la cuenta de los minutos en un tablero donde las cifras en cristal líquido indican la llegada de los siguientes trenes (1.er tren 02 min, 2.º tren 06 min), encima de la hora (17:02).

A las cuatro y media, Tausk se encaminó por su parte hacia la parada de

Courcelles para tomar la 2 en sentido contrario. En su casa, una tórrida sesión en compañía de Nadine Alcover lo puso de bastante mejor humor para acabar yendo a trabajar, finalmente, al estudio. Bajó al metro dirección Nation y se plantó al final del andén a la altura del coche de delante, al tiempo que se proyectaba el *best of* de la sesión.

Cuando surgió el tren del túnel, Tausk reconoció a Hyacinthe en la cabina del conductor, que le indicó que subiese con él. No quiero molestar, sonrió señalando a la atractiva persona a quien le había tocado sentarse al lado del conductor. No pasa nada, contestó Hyacinthe sonriendo. Baja, Geneviève, ordenó afectuosamente a la persona, nos vemos luego, a las ocho en el Cintra, ¿te va bien? Geneviève asintió, sonrió a Tausk —todo el mundo sonreía, a decir verdad— cediéndole su sitio en la cabina, y henos aquí camino de Nation.

En los túneles punteados de neones pálidos, Hyacinthe abordó primero el asunto del cuadro de luces, que debería aguantar unos años más pero que habría que acabar reemplazando por un modelo más normalizado. Después de la estación de Anvers, el tren salió a la luz del día y, durante ese tramo aéreo de la línea 2, Tausk y Hyacinthe comentaron el espectáculo urbano, la evolución de ese espacio y sus probables perspectivas: plan de renovación, destrucción y construcción de inmuebles, cubrimiento o no de las líneas ferroviarias de las estaciones del Norte y del Este, acondicionamiento del bassin de la Villette y de la rotonda de Nicolas, antes de que se sumerjan en el suelo después de Jaurès. La parada que, hacia el este, sucede a Jaurès se llama Colonel-Fabien, y allí las cosas se pusieron feas.

Iban a entrar en aquella estación cuya bóveda amarillenta, como por un efecto de *zoom*, se veía dibujarse cada vez más nítidamente sobre fondo negro, cuando, en el extremo del andén, vieron a un hombre que bajaba tranquilamente a la vía. El hombre se tumbó en los raíles y volvió la cabeza para ver llegar el tren, intentando incluso mirar al conductor a los ojos, y quizá también al otro ocupante de la cabina: Tausk, que, reconociendo horrorizado a Pélestor, no sabrá nunca si éste lo reconoció antes del impacto. Hyacinthe empezó a pitar a la desesperada al tiempo que golpeaba tan violentamente con el puño el freno de urgencia que se hirió la mano sin darse cuenta, y se puso a dar gritos para no oír el ruido del choque, para que su voz cubriera el impacto y saturase el espacio de la cabina.

No bien paró el tren, Hyacinthe procedió, como cumple en estos casos, a bloquear las puertas y a emitir un aviso. Acabamos de atropellar a alguien, se esforzó en declarar, que nadie se mueva de los asientos, esperamos ayuda. Al mismo tiempo que transmitía el aviso, puso en marcha las alarmas para detener al convoy inminente en el otro sentido: comoquiera que el hombre atropellado podía seguir vivo bajo su tren, más valía evitar que acabara con su vida el que llegaba de frente. Y, una vez pulsadas las alarmas, llamó al supervisor que vigila el tráfico de la red y desempeña el papel de torre de control para los conductores de metro.

Acabo de atropellar a un pasajero, anunció balbuceando Hyacinthe al supervisor,

mi tren está interceptado, la vía de al lado también. Sin inmutarse, el supervisor pidió a Hyacinthe que comprobase si la otra vía estaba despejada: asegúrate de que los pedazos no obstaculizan el raíl de al lado, le ordenó, baja a ver y así daremos vía libre a los trenes. Pero Hyacinthe dijo no, no puedo.

Tuvieron que esperar un rato hasta que llegase un miembro del personal de emergencia junto con un conductor encargado de sustituir a Hyacinthe, tras lo cual acudiría la policía. Ese momento se hizo muy largo. Tausk se había quedado embotado en su asiento, y Hyacinthe abrió la puerta de intercurrencia entre la cabina y los viajeros, se dirigió hacia ellos, alguien le observó que su pantalón estaba lleno de sangre, Hyacinthe, trastornado, contestó que era la sangre del suicida hasta que comprendió que era la suya cuando vio su mano herida por el freno de urgencia, y llegó la policía. El oficial de policía judicial le dijo: Baje conmigo, vamos a reconocer el cuerpo. Pero Hyacinthe repitió no, imposible.

Mientras la policía judicial procedía a redactar su informe, volvió a la cabina y Tausk lo oyó hablar consigo mismo, mientras corrían las lágrimas por su hermosa cara: Se ha jodido todo, todo, susurraba Hyacinthe. Debió de transcurrir una hora hasta que llamó a Geneviève para anular la cita en el Cintra.

Christian fue el primero en levantarse. Arrastrando los pies, encorvado, salió silenciosamente de la vivienda habilitada en el edificio principal de la granja para los dos sicarios. Jean-Pierre lo siguió con la mirada desde la cama doble, frunciendo el ceño. Tras lo cual se levantó a su vez, se duchó, se peinó, se afeitó y cambió su ropa habitual —vaqueros polvorientos, camiseta dada de sí— por un atuendo que le pareció más elegante —pantalón de cuero sintético y polo Ralph Lauren de imitación—. Fuera, se dirigió hacia el arriate floral de Constance, donde escogió unas zinnias que ató con un junco. Hizo una mueca al tener que repetir la operación para atar el junco.

De vuelta en la granja, atravesó la sala común, pasó junto a Christian postrado en un taburete bajo al lado de la chimenea, subió la escalera, esgrimió otra mueca al hacer crujir los escalones y alcanzó el minúsculo rellano en cuya esquina vegetaba un cubo de plástico verde cubierto con una bayeta y descolorido por la lejía. Echó la cabeza hacia atrás y aspiró aire dos veces antes de dar tres ligeros golpes a la puerta.

Ésta se abrió ante Constance, que había casi acabado de vestirse exceptuando dos detalles —botones de la blusa, hebilla del cinturón—, lo cual no facilitó la iniciativa de Jean-Pierre. Y así, dirigiéndose al lado derecho del marco de la puerta más que a la joven, toqueteando el ramo sin atreverse a tendérselo como si acabara de quitarse un sombrero, se aventuró: Estoy consternado por mi compañero, señora, suspiró, no sé lo que le dio. Él mismo está muy avergonzado, ese episodio lo tiene loco, no se atreve a disculparse personalmente. No se preocupe, lo tranquilizó Constance, no es grave. Pero quiero decirle que desapruebo lo que hizo, precisó Jean-Pierre, sin lograr mirar a la joven a la cara, y que comparto su confusión. Olvídelo, añadió Constance, me hago perfecto cargo. El aislamiento, la falta de mujeres, el aburrimiento, todo eso puede entenderse. Un momento, que acabo de arreglarme.

Jean-Pierre aguardó en el rellano, levantando un instante la tapa del cubo, y cuando salió Constance bajaron a ver a Christian, que, sentado en su rincón, miraba ese rincón sin osar alzar la vista hacia la joven antes de expresarse: Lo siento muchísimo, señora, farfulló a su vez, no sé lo que me pasó. Le ruego que acepte mis disculpas. No pasa nada, lo tranquilizó Constance, olvidémoslo. No, sí que pasa, se exaltó Christian. Y no hay que olvidarlo, me comporté como un ser despreciable. Y además eso es lo que soy, lo sé y crea que..., pero, prefiriendo interrumpirlo, Jean-Pierre carraspeó tras él.

Bueno, zanjó Constance, cambiemos de tema, voy a ocuparme de la cocina. Parecía animada y decidida, de pronto pareció tomar las riendas con tono de jefa de *boyscouts*, de animadora de juego televisivo poco acorde con su situación de cautiva: ¿Qué podríamos hacernos de cena esta noche, qué les gustaría comer? Jean-Pierre y Christian se miraron sin contestar. Tengo una receta de confit con lentejas que no está mal, prosiguió, ¿les apetece? Me parece muy bien, se relajó Jean-Pierre. Precisamente

iba a hacer la compra a Bénévent, se ofreció solícito Christian, ¿qué necesita? Muy sencillo, indicó Constance, un tarro grande de confit de pato y un paquete de lentejas. Si encuentra vinagre de frambuesa, es lo que va mejor. Lo encontraré, proclamó Christian, que ya se precipitaba hacia la puerta.

Comieron sobre la marcha y, a lo largo de la tarde, cada cual se volcó en su función de cara a la cena en un ambiente distendido. Jean-Pierre encontró un candelabro oxidado en el pajar y se afanó en limpiarlo para que la cena transcurriera a la luz de las velas. Tras una nueva expedición a Bénévent-l'Abbaye para comprar un mantel de papel, postre, vino y Miror para que brillase bien el candelabro, Christian preparó un nuevo ramo de flores y, a eso de las ocho, Constance se puso a cocinar. La cena fue de maravilla. Se rieron de lo lindo, pimplaron lo suyo, se contaron un montón de anécdotas en una apacible armonía que no dejó de incrementarse los días siguientes, deferencia, solicitud mutua y pequeñas atenciones entre unos y otros. Aquello cambiaba.

Con frecuencia, la gente, en vida, nos exaspera y, a su muerte, vemos el alcance de los estragos: tal cosa le sucedió a Tausk tras el suicidio de su letrista. Pélestor tenía sus defectos, pero así como forjaba inevitables fórmulas envueltas en piel de serpiente sobre una línea de bajo, inmediatamente grabadas en la memoria popular, podía también sugerir sobre esa melodía gradaciones orquestales o rítmicas que su compositor jamás habría imaginado. No era un don nadie.

Tres sesiones infructuosas en solo, en la rue Pali-Kao, bastaron para calibrar ese vacío, y, privado de la inspiración pelestoriana, Tausk se vio incapaz de avanzar sin ayuda. Incluso le invadió muy pronto la sensación de no ser más que la sombra de sí mismo, sombra en vías de rauda desaparición, hasta el punto de plantearse, antes de que fuera demasiado tarde, anular sus últimos compromisos, romper con su sello, anular sus contratos, vender su catálogo y dejarlo todo. Planteárselo, y luego decidirlo. Acordarse de hablarlo con Hubert.

Nada muy audaz en ese proyecto, nada muy arriesgado. Tausk goza, como hemos dicho, de suficiente desahogo como para no dedicarse a nada —salvo a Nadine Alcover, que ahora vive con él—. Todo ha ido rapidísimo con ella, apenas se separan, hablan mucho, la mayor parte del tiempo en la cama, donde uno acaricia el proyecto clásico de largarse al fin del mundo para vivir apacibles días de felicidad. Pero adónde largarse, bueno, ya se verá. Entretanto se distraen haciendo el inventario de los posibles fines del mundo, hacen listas, ya lo decidirán más adelante. Así pues, apenas se separan, salvo que Nadine sigue yendo a trabajar todos los días para Hubert en Neuilly. Y todos los días no tarda en resultar excesivo, de modo que deciden que no volverá: una mañana, se preparan para llamar a Hubert. Mejor telefonar que tener que verlo, así se evita que nos sacuda el polvo de nuestras chaquetas, nos señale una nueva arruga o nos informe de una ceja desbocada. Lo llamaremos.

En Neuilly, en ese mismo instante, una vez marcado el código de su caja de caudales ignífuga, Hubert se acomoda detrás de su escritorio, se arrellana en su butaca y la hace pivotar hacia la ventana, abierta al patio interior y obturada por un estor veneciano. Doblando con el índice una lama del estor, ve marcharse a sus últimos visitantes, que se dirigen hacia una berlina Infiniti rojo cardenal. Se trata de un hombrecillo ceñido —cinturón, cordones, corbata congestionantes—, seguido de un hombre alto de atuendo deportivo que lleva, doblada sobre el hombro, una gran bolsa de tela vacía. El bajito, pelo ondulado, andar rodante sobre piernas arqueadas, ceño fruncido sobre el *smartphone*, se detiene y se cala un par de gafas oscuras cuyos cristales espejo, cuando se vuelve un instante, proyectan hacia Hubert un reflejo cegador. Su boca llena de caninos, se hiende en una sonrisa anfibológica y a continuación indica al alto que abra una portezuela del Infiniti y se mete dentro mientras el otro, tras arrojar la bolsa al maletero de la berlina, se acomoda al volante. El Infiniti arranca, el teléfono suena en el despacho, Hubert lo descuelga sin apartar

los ojos del vehículo. Soy yo, se anuncia Tausk. Louis.

Querido Louis, exclama Hubert forzando el tono de voz pero tampoco mucho, te escucho desde lo más hondo de mi corazón. Parece de buen humor y Tausk aprovecha para exponer la situación, sin más preliminares. Que ha tomado la decisión de poner fin a sus actividades; la edad, la fatiga, el dinero ahorrado: puedo dejarlo todo, y lo dejo. Que se jubila en cierto modo, si entiendes a lo que voy. Que conviene anular todos los acuerdos, convenios y demás compromisos contraídos anteriormente, tú tienes todos los papeles, ¿cómo se hace eso? Nada más sencillo, declara Hubert, precisamente acabo de ver tu dossier en la caja fuerte. Nos inventaremos cláusulas, rescisiones, veo muy bien lo que puedo hacer, me ocuparé de ello y, hop, será follar y cantar. Tausk enarca una ceja ante la evocación. Sólo tienes que pasar a firmármelo cualquier día de éstos, cuando quieras, como quieras, prosigue Hubert. Se balancea de delante hacia atrás en su sillón, lo cierto es que parece de muy buen humor.

Pues pareces de excelente humor, observa Tausk. Cómo no voy a estarlo, sonrío Hubert, mi clientela se renueva y yo me diversifico. Me abro a nuevas perspectivas, acumulo magníficas comisiones, aprovecho para comprar obras. Enriquezco mi colección de los años 10, ya sabes. Y, en efecto, contempla, por la puerta abierta del despacho, a un empleado colgando una obra recientemente adquirida en la pared del recibidor: un gran desnudo de larguísimo cuello de Jean-Gabriel Domergue, supuesta réplica —misma época, misma escuela, mismo gusto— del Tancrède Synave del vestíbulo. Me alegro por ti, dice Tausk, pero quería hablarte de otra cosa. Espera dos segundos, no cuelgues, dispone Hubert volviéndose hacia la ventana y reorientando la butaca.

Un Hummer H2 negro y de ruedas altas, planta maciza y cristales ahumados, acaba de entrar en el patio interior. Un hombre con forma de contable se apea de él, párpados grávidos y gafas sin montura, se parece al actor francés Jean Bouise. Lo siguen dos tipos con complexión de guardaespaldas y agentes de seguridad, traje oscuro y gafas también ahumadas ocultando un tipo de mirada con la que uno prefiere no cruzarse. El supuesto contable abre mientras camina una fina cartera de la que extrae papeles sujetos con grapas, tras él cada segurata transporta unas voluminosas bolsas de cuero *beige*, aparentemente pesadas, y Hubert sonrío de nuevo, ante su peso. Te escucho, añade. No cuelgues, le dice Tausk a su vez, te paso a Nadine.

La cual se aventura de puntillas en terreno minado: ansiosa de exponer su deseo de abandonar sus funciones en el bufete de Hubert, *a fortiori* sin previo aviso, Nadine se pierde en circunloquios temiendo que su jefe se tome a mal sus planes. Pero no, para nada: La entiendo perfectamente, Nadine, la interrumpe de inmediato el abogado, es dueña de su vida. Llegando incluso a ofrecerle una indemnización, le da a entender que su sustitución no causará ningún problema: Tengo pensada otra persona, una rubia que no está mal, menos guapa que usted por supuesto, Nadine, pero trabaja muy bien, me las apañaré. ¿Puede pasarme a Louis? Quiero preguntarle



una cosa. Te escucho, dice Tausk. Oye, Louis, pregunta Hubert, ¿sabes algo de Constance? No, contesta Tausk. Acto seguido cuelgan ambos sin comentarios. ¿Qué quería?, pregunta Nadine Alcover. Nada, dice Tausk.

Hombre, propone Nadine Alcover, ¿qué tal si monto una fiesta para celebrarlo? ¿Celebrar el qué?, pregunta Tausk. Pues lo tuyo, dice Nadine, lo mío. Lo nuestro, vamos. Para festejarlo. Con gente. Invitaré a una amiga, es un poco especial pero te caerá bien. Muy enamorada de un tipo mayor, ella también. ¿Qué quiere decir, ella también?, se inquieta Lou Tausk tocándose una mejilla sobre la cual, sin contestarle, Nadine Alcover roza su sien donde, para qué negarlo, aquello se tiñe de gris. Ah, sí, reconoce Tausk, yo me encargo de ello. Ahora que me sobra tiempo. Son las diez de la mañana.

A eso de las once, vuelve a la peluquería, donde la empleada, encantada de su aparición, se extraña de verlo aparecer tan pronto tras su reciente visita. Es para las sienes, dice Tausk apretándose las como si le doliera la cabeza, para el color. ¿Primera vez?, pregunta Marie-Odile. Primera vez, confirma Tausk tomando asiento. Empezaré abriéndole un poco las cutículas, expone la peluquera cogiendo un frasco de peróxido, para que agarre bien el tinte. Primero con pincel y luego con el peine de cola, aplica el producto y: Ahora le pondré un rato el casco caliente. ¿El casco?, se aterra Tausk. Claro, dice ella, es que hay que uniformizar el mordentado. ¿Quiere unas revistas mientras tanto?

Una vez secos todos los pelos largos y las puntas, Tausk vuelve al sillón, Marie Odile retoma los pinceles. Sacando la punta de la lengua lateralmente mientras se esmera en untarle, pelo por pelo, con el tinte, inicia algunos temas de conversación automáticos: tiempo que hace, barrio donde viven, próximas vacaciones. Luego, aventurándose en un terreno más íntimo: ¿Y está usted casado?, conjetura. Tausk elude la pregunta. Ahora esperaremos un poquito más, decide Marie-Odile, hasta que agarren los pigmentos.

Tras lo cual, irguiéndose, examinando a su cliente en el espejo, pareciendo satisfecha y volviendo al tinte: Pues yo, ahora, confiesa, tengo un amigo estable, y le aseguro que eso me ha cambiado la vida. Me alegro por usted, reacciona cortésmente Tausk, ¿se porta bien con usted? Bien, no se lo puede imaginar, exclama la peluquera comenzando a enumerar las virtudes del amigo estable, sus hábitos, sus gustos, su apariencia física, pasando a los detalles entre los cuales una cicatrizada en el pómulo que hace estremecerse a Tausk. No se mueva tanto, ruega Marie-Odile, que esto se sale. Bien es poco decir, prosigue, además tiene un nombre que le va perfectamente. ¿A que es un nombre bonito, Clément, no? Bueno, pues le va que ni pintado. Y ahora Tausk se sobresalta al ver reaparecer un viejo plano secuencia de su vida —treinta años atrás, sucursal bancaria, vigilante en el suelo, huida desesperada—: Pognel, musita bajito entre dientes. Sin poder contenerse, lamentándolo al instante, pero demasiado tarde: ella lo ha oído.

¿Lo conoce?, exclama Marie-Odile. Qué va, se apresura a contestar Tausk, es que

me recordaba vagamente a alguien. Lo conoce, claro que sí, se alborozaba Marie-Odile, acaba de decir su nombre. No, se afana Tausk, no, pero ella ya no le escucha, maravillándose sobre el destino, el azar, las coincidencias, el albur de los encuentros y la pequeñez del mundo: Mire, decide, esta mañana acabo un poco antes, iré a buscarlo a su trabajo. No le hace mucha gracia que vaya, en principio, pero estoy segura de que se alegrará. La cara que pondrá cuando le cuente esto. Por desgracia es demasiado tarde para que Tausk la frene. No. Sobre todo eso no.

La tarde del día siguiente, no teniendo nada que hacer y al pasar por el barrio, nos introdujimos discretamente en casa de Lessertisseur, el tercero izquierda de un edificio destartado de la rue du Faubourg-Saint-Denis. Una vez abierta sin hacer ruido la puerta de entrada, observamos que todas las habitaciones del piso se sucedían a la derecha de un pasillo que se extendía como una cinta a nuestros pies. Sin movernos, desde aquella entrada, adivinamos una cocina de la que dimanaba una viva luz, un cuarto de baño oscuro y una habitación suavemente iluminada de la que provenía una música de fondo, a bajo volumen, pero enseguida reconocimos el disco *Silk Degrees* de Boz Scaggs. El pasillo, opaco o luminoso según la iluminación de las habitaciones que daban a él, terminaba en fondo de perspectiva en lo que parecía un salón del cual, desde donde estábamos, divisamos un rincón: butaca raída cubierta con un batik marrón, mesilla coja donde reposaba un teléfono fijo, triángulo de alfombra ajada. Tras la butaca se perfilaba una lámpara cuya pantalla sucia difundía un halo de bombilla económica.

Así pues, el pasillo estaba iluminado con intensidad a la entrada de la cocina, menos un poco más allá, levemente delante de la habitación y más claro al fondo, por la zona del salón: avanzamos. La cocina, no más grande que un vestidor, estaba atestada de aparatos electrodomésticos cuyos relojes marcaban todos ellos horas distintas, ninguno la exacta. En el techo, la luz que difundía un grueso fluorescente circular, apto para una habitación seis veces mayor, se reflejaba sin brillo en las superficies acrílicas y melaminadas donde cacerolas mugrientas se amontonaban sobre fuentes sucias. Tres bolsas de plástico desbordantes de basura se arqueaban en el suelo. Prosiguiendo nuestro recorrido y pasando ante el oscuro cuarto de baño, avanzamos y, al llegar ante la habitación, echamos un vistazo para ver qué pasaba allí dentro.

Era inevitable que un día u otro, explícitamente, apareciese un poco de sexo en este asunto: al fondo de la habitación, Lessertisseur casi vestido estaba tumbado de espaldas, en su cama, mientras Lucile acucillada entre sus piernas le practicaba lo que podríamos llamar una mamada. Y como, lenta y profunda, procedía del modo que más deleitaba a aquel hombre entre todos, Maurice Lessertisseur estaba contento. Pero fue entonces, en pleno final cortocircuitado de «What Do You Want the Girl to Do», cuando sonó el móvil depositado en la mesilla de noche. Lessertisseur se desplazó suavemente para coger el aparato sin apremiar a Lucile a interrumpir su actividad, por el contrario animándola pues: Sigue, le murmuró, que así tiene más morbo. Pero al cabo de tres segundos, tapando con una mano el auricular, le sugirió bajando la voz: Para un momento, esto es serio. Es él. Lucile se hizo a un lado sorbiéndose los mocos al tiempo que: Le escucho, decía aclarándose la garganta Lessertisseur. Todo esto se eterniza, formuló secamente la voz del comanditario, se está eternizando demasiado. Tenemos que vernos cuanto antes. Claro, suspiró

Lessertisseur. ¿A última hora de la tarde, por ejemplo? No, decretó el otro, ahora.

Quedaron en un bar situado a diez minutos andando de casa de Lessertisseur, en la esquina de la rue du Faubourg-Poissonnière con la rue d'Abbeville, enfrente de un edificio art nouveau situado en el número 14 de ésta, esculpido con soberbias cariátides cuyos turbadores pechos expuestos a los ojos de todo el mundo estarían quizá, en el punto al que hemos llegado, prohibidos hoy en día. A la espera de verlos, Lessertisseur se abotonó la ropa, anunciando a Lucile que tenía que salir y, como ella le insistiera para acompañarlo, contestó atolondradamente que sí: y fueron.

Al fondo del bar, vio enseguida al comanditario, un tipo cenceño, paliducho, parcamente vestido, y Lessertisseur se rió en su fuero interno de que juzgara oportuno ponerse gafas oscuras. Estoy muy nervioso, avisó de entrada el comanditario, ¿qué toman? Botellín de Vittel para Lessertisseur y, para Lucile, un té. El comanditario se informó cortésmente de si lo quería acompañado de leche, de azúcar o de limón. De nada, dijo Lucile, solo, gracias, muy amable. Sí, reconoció el comanditario. Cuando estoy especialmente nervioso, puedo ser especialmente amable.

Bueno, zanjó, pasemos a nuestro asunto, creo que esto se está estancando una barbaridad. No obtenemos ningún resultado. Hacen ustedes mal su trabajo. Bajando los ojos ante dicha observación, y en vez de proponer de nuevo olvidarse de dicho asunto y reemplazarlo por otro más rentable, Lessertisseur hubo de reconocer que en efecto aquello languidecía. Desde otro punto de vista, intentó colar Lessertisseur, estratégicamente no está tan mal. Puede salir a cuenta dejar macerar el tema. Puede dar resultados. Casos se han visto. Tamborileando en la mesa mientras lo escuchaba, el comanditario, que parecía hasta entonces mirarlo tras sus gafas oscuras, acabó orientándolas —se deslizaban poco a poco hacia el borde de las ventanas nasales— hacia el dedil que cubría la venda en la punta del meñique de Lucile.

Pareciendo entender de inmediato lo que había ocurrido respecto al envío del auricular a Tausk, fue subiéndose lentamente las gafas. Escuche, dijo. Se ha descojonado a gusto de mí con el asunto del dedo, subió el tono de voz, y Lessertisseur hubo de reconocer que bueno, de acuerdo, no era el dedo de verdad pero francamente, ¿qué más daba eso? El efecto sólo podía ser el mismo, argumentó, y ese subterfugio ofrece incluso la ventaja de conservar más dedos de reserva en la persona, llegado el caso. Me toma usted por gilipollas, observó de nuevo el comanditario palideciendo, lo cual acentuaba el contraste entre sus gafas oscuras y su piel lívida. Acto seguido añadió, una vez recobrada la respiración: Supongo que no se imagina que esto va a quedar así, comenzó a vociferar en voz baja —técnicamente es posible— al tiempo que se incorporaba volcando el botellín de Vittel y el té solo.

Hablaremos mejor fuera, añadió levantándose y dejando caer un billete, para luego empujar y arrastrar a Lessertisseur hacia el exterior del bar: entretenido espectáculo para los parroquianos presentes, quienes, imaginando una riña entre borrachos no obstante la composición de las bebidas volcadas en el velador, se asombraban sobre todo de que la desproporción de aquellas anatomías —poderosa en

el caso de Lessertisseur, frágil en el del comanditario— no pareciese impedir a éste extraerlo del bar. En vista de lo cual: Creo que voy a dejarlos, dijo Lucile, aterrada, antes de salir a todo correr, en un tris de que la atropellaran al atravesar a ciegas la rue de Maubeuge y luego meterse lejos de las miradas por la rue Condorcet.

Una vez Lucile y su dedil fuera del campo visual, el comanditario guió sin consideración alguna a Lessertisseur hacia el fondo de la rue d'Abbeville donde, en el número 5, se encuentra un gran *parking* coches-motos-bicicletas-lavado, abierto 7 días a la semana y 24 horas al día, y aunque disponía de dos sótanos, el comanditario se contentó con el primero para arrinconar a Lessertisseur entre dos coches aparcados: un rincón discreto. Y allí, más irritado que nunca, susurró violentamente —sigue siendo técnicamente posible— que le daba realmente la sensación, aun a riesgo de repetirse, de que Lessertisseur lo tomaba por gilipollas. Y, añadiendo el gesto al susurro, extrajo un objeto de su bolsillo.

Tarde o temprano, tenía que aparecer también en nuestra historia un arma de fuego: ese objeto es un Astra Cub .25 ACP y es una bonita pistola semiautomática de bolsillo, apenas más voluminosa que un paquete de Gitanes, fabricada en Guernica por la sociedad Astra, Unceta y Cía, S. A. y que puede uno procurarse fácilmente en las tiendas de los revendedores especializados, incluso mediante un simple anuncio en internet por una cantidad no superior a los doscientos euros.

Al amparo del *parking*, sin tener previsto utilizar esa arma sino en su aspecto amenazante, el comanditario había bloqueado el seguro situado en la parte izquierda trasera del guardamonte. Por desgracia, en su agitación, un falso movimiento de pulgar desbloqueó dicho seguro y, comoquiera que el índice temblaba al mismo tiempo sobre el gatillo —bastante sensible en las Astra Cub—, un proyectil inopinado fue a atravesar la anatomía de Lessertisseur, por la zona de la ingle. Al ver desplomarse a éste, el comanditario, aterrado, salió corriendo hacia el cruce más próximo, la place Franz-Liszt, donde, por suerte, pasaba en ese instante un taxi libre que lo condujo hacia su residencia actual, por la zona de Gambetta.

Retornó a la rue de la Chine hecho un manojito de nervios. Al abrir la puerta, le dio la bienvenida un aroma a tortilla de cebolla al tiempo que un perro —erguido sobre las patas traseras, jadeando y babeando, las delanteras plantadas en las rodillas del comanditario— lo guiaba hacia la cocina, donde, delantal florido ante la cocina de gas, una mujer se abstuvo de sonreírle. Ah, eres tú, observó. Oye, no se te vio mucho anoche. Tenía cosas que hacer, alegó el comanditario desprendiéndose del perro y sacudiéndose el pantalón. Oye, repitió ella, tengo varias cosas que contarte sobre ayer, tuve un día muy raro. Eso tranquilizó al comanditario, quien, sin verse con ánimos para contarle el suyo, podría así limitarse a escuchar. Cerrando el gas a riesgo de dejar que se cuajase la tortilla —a la que ahora no quitaba ojo el cuadrúpedo—, la mujer se sentó y clavó la mirada en el comanditario con un aire que le imponía sentarse también: él obedeció.

Permanecieron así un rato, en la cocina, sentados a uno y otro extremo de la mesa de formica roja montada sobre pies metálicos tubulares negros, mirándose. Primero, acabó exponiendo la mujer con una sonrisa tensa, figúrate que volví a ver a aquel tío, en el salón, ayer. ¿Qué tío?, preguntó mecánicamente el comanditario, al principio calmado por ese arranque de charla que podía resultar distraído. Ya sabes, precisó ella, el tío que está en el mundo de la canción. Lou No sé cuántos, no recuerdo si te había hablado de él. Ya van tres veces que viene, y hemos empezado a contarnos cosas. Lo recuerdo, se petrificó el comanditario, ¿y qué? Pues que me contó que te conoció hace tiempo, figúrate. Tiene gracia, ¿no? Y cuando digo hace tiempo, me da la impresión de que hace mucho tiempo. Sí, tiene gracia, se esforzó en decir el comanditario sin parecer interesado en desarrollar ese punto.

Dicho esto, la mujer se levanta para deslizar con cuidado la tortilla en una fuente, mediante pequeños movimientos progresivos de la sartén con el fin de que dicha preparación se enrolle con elegancia sobre sí misma. En cuanto al comanditario, disgustado, encogido, se pone a rascar nerviosamente una mancha imaginaria en el tablero de la mesa. En cuanto al perro, que fluctúa entre las ganas de comer tortilla que lo incitan a quedarse en la cocina y la percepción del ambiente opresivo que se respira en ella y que lo incitaría más bien a huir de allí, está hecho un mar de confusiones. En cuanto a los que no habían comprendido que el comanditario se llama Clément Pognel, tenemos mucho gusto en comunicárselo aquí.

Así pues, Marie Odile volvió a sentarse y su rostro cambió de expresión. Y luego, verás, le dijo, hay otra cosa que me gustaría entender. También su voz parece haber cambiado de tono. Tú di, murmuró Pognel. Y Marie-Odile le contó el final de su mañana, tras haberle teñido el pelo a aquel tipo, Lou Nosecuantos. Como ya no tenía más clientes después de él, aprovechó ese rato libre para ir a buscar a Pognel a la salida de su trabajo. Me habías avisado de que preferías que no fuera, reconoció, lo sé. Pero pensé que te gustaría. Por darte una sorpresa, vamos.

Siguiendo las indicaciones que le había dado Pognel sobre su trayecto en metro y luego en RER, llegó a Villeneuve-Saint-Georges, donde, tras recorrer en todos los sentidos ese suburbio e informarse ampliamente, concluyó que no era posible que Pognel trabajase en Titan-Guss como le había asegurado, máxime porque esa empresa se desconocía en Villeneuve-Saint-Georges, y porque con una simple búsqueda en Google descubrió que la empresa Titan-Guss no existía, sencillamente. Y eso, comentó, la verdad es que me gustaría entenderlo. Sí, la verdad es que me gustaría que me lo explicases.

Puede, debe admitirse, que desde el punto de vista de Clément Pognel aquello suponga demasiado para un solo día. Podría, sí, enfrentarse al hecho de su conversación con Lessertisseur, al trato que le infligió en el *parking* de la rue d'Abbeville, a lo que comprendió respecto al dedo meñique, podría. Todo eso no cambia gran cosa y puede uno hacerse a ello. Pero resulta muy inquietante en primer lugar que Tausk haya conocido a Marie-Odile. Luego, el que ésta haya descubierto la inexistencia de Titan-Guss lleva a Pognel más allá de la inquietud. Existe el peligro de que todo se vaya al garete. Podría pararse a meditar, apañarse, idear otra fabulación para cubrirse, siquiera provisionalmente. Podría hacerlo, en otras peores se ha visto, pero ni lo piensa, ni se lo plantea, se ve entre la espada y la pared, acorralado en un callejón oscuro, sin nada a que agarrarse, sin más salida que librarse del primer peligro que se presenta, frente a él.

Y así fue como sin haber premeditado nada, sin pensarlo de verdad, Clément Pognel extrajo su Astra Cub del bolsillo y, sin apuntar a nada en concreto, se limitó a disparar sobre lo que tenía enfrente: en este caso, al introducirse el proyectil .25 ACP por el ojo derecho en la caja craneana de Marie-Odile Zwang, ésta murió en el acto, ante la mirada plácida del animal Biscuit, que ni siquiera se sobresaltó a raíz de la detonación. Tras lo cual, Pognel permaneció sentado largo rato en su silla, observando sin expresión el cuerpo de Marie-Odile. Luego, dejando de observarla, fue a buscar el móvil de la difunta a la encimera donde se enfriaba la tortilla y marcó un número. Mientras esperaba que sonase en el otro extremo, cogió un trozo de aquella tortilla, lo engulló sin masticarlo mientras Biscuit comenzaba a olfatear el cadáver de su ama dudando en probar, por curiosidad, la sangre que brotaba de la órbita.

Tres segundos después, en el *boulevard* Mortier: Me permite, mi general, está sonando, se permitió Paul Objat hundiendo la mano en su bolsillo. Sabe muy bien, Objat, rezongó Bourgeaud, que no me hace mucha gracia que telefonen durante nuestras conversaciones. Lo sé, mi general, reconoció Objat, le ruego que me disculpe pero algo me dice que quizá..., y apretó el botón verde de su aparato. El general puso cara de malas pulgas pero al cabo de poco tiempo, no más de treinta segundos antes de que Objat apretase el botón rojo sin decir una palabra: Qué, ¿valía la pena?, juzgó oportuno ironizar Bourgeaud. No mucho, dijo Objat, hay alguna novedad, pero nada grave. Es ese Pognel, que me da la impresión de que está

flaqueando un poco. Qué, se estremeció el general, ¿cree que eso compromete nuestro programa? Pienso que no, lo tranquilizó Objat. Mucho no ha dicho pero lo veo cansado, está afectado, imagino que está tenso. Se va a tomar unos días de descanso, lo que no cambia nada para nosotros. Creo que vamos avanzando, en cualquier caso.

Mejor así, condescendió Bourgeaud, ¿y en qué punto de la operación estamos? Bueno, resumió Objat, yo creo que está todo listo. Esta primera parte de la operación debería poder tocar a su fin. En mi opinión podríamos pasar a la fase dos. Aunque haya novedades en la Creuse. ¿Se acuerda usted, mi general, de Estocolmo y de Lima? Pues creo que nos hallamos en ese punto. Pero ¿qué me cuenta usted?, se arrugaron las facciones del general.



Todo el mundo recuerda que en agosto de 1973, en la capital de Suecia, Jan Erik Olsson, apenas evadido de su cárcel, atracó una sucursal del Kreditbanken, tomó a cuatro empleados de rehenes y consiguió que su compañero de celda, Clark Olofsson, se reuniera con él. Costó lo suyo liberar a sus cautivos pues éstos, que simpatizaron mucho con Olsson y Olofsson, luego no querían separarse de ellos: apoyándolos y negándose a declarar en su contra durante el juicio, los defendieron por el contrario, y, ya emitido el veredicto, cuando Jan Erik y Clark volvieron a la cárcel, acudían a visitarlos asiduamente. Es lo que recibe el nombre de síndrome de Estocolmo, convertido ya en un clásico, aunque no es el único.

Es sabido asimismo que veintitrés años después, en la capital de Perú, un comando de guerrilleros fuertemente armados invadieron la embajada de Japón, donde se escudaron en los miembros del personal. Pero muy pronto, cobrándoles afecto a éstos, dejándose convencer por sus buenas maneras y sus corteses objeciones, los revolucionarios liberaron a la mayoría de ellos, y luego, tras trocarse esa inclinación en franca amistad, los encargados de liquidar a los últimos rehenes en caso de intervención policial se declararon incapaces de hacerlo. Este fenómeno se denominó síndrome de Lima.

Una variación de esas observaciones efectuadas en Estocolmo y en Lima, coexistencia e incluso fusión de dos cuadros clínicos opuestos, podría designarse síndrome de la Creuse, pues, tras la velada del confit con lentejas, un sentimiento recíproco pareció nacer y amplificarse entre Constance y sus guardianes. Dicho sentimiento cobró una amplitud imprevista cuando Jean-Pierre y Christian, al no ver regresar a Victor ni a Lessertisseur, acabaron preocupándose por la suerte que éstos, a su regreso, reservarían a Constance. Temiendo que sus decisiones dieran al traste con aquella armonía nueva, decidieron buscarle un cobijo a la joven, optando así por protegerla de su propia jerarquía.

Considerando distintos refugios, privilegiando los más discretos, Jean-Pierre y Christian se ausentaron cada vez con más frecuencia para explorar el terreno. Cierto que así dejaban a Constance abandonada a sí misma, libre de huir, pero un acuerdo tácito parecía excluir esa hipótesis: ninguno de ellos se la planteó, ni siquiera se le pasó por la cabeza a Constance. En el fondo había un montón de cosas por hacer allí: ocuparse del jardín, ayudar en la cocina y en las tareas domésticas, jugar a los dados o echar una partida de cartas, jugar un rato al bádminton con Christian mientras Jean-Pierre vigilaba los espaguetis o proseguir su lectura del diccionario enciclopédico Quillet: iba ya por el volumen L-O.

Por fin, Jean-Pierre y Christian creyeron dar con la solución. A mitad de una noche, en medio de una gran discreción, lejos de los brutales métodos de su último traslado sino por el contrario con extremados miramientos, hicieron subir a Constance en el asiento trasero del Renault gris. Tuvieron que recorrer unos veinte

kilómetros, en un paisaje del que ella no vio nada en la oscuridad, hasta que aparcaron el coche al borde de una carretera secundaria. Saliendo y evitando hacer ruido al cerrar las portezuelas, atravesaron lo que parecía un campo, guiándose con ayuda de linternas. En la parte inferior de un invisible edificio, abrieron una puerta estrecha por la que se accedía a un cuartito cegado y redondo, vacío y alto: o sea, una especie de tubo vertical con una larga escalera metálica por cuyos numerosos barrotes treparon, Jean-Pierre de avanzadilla con su linterna, Constance siguiéndole, y Christian tras ella procurando no mirarle las piernas y enfocando a diestro y siniestro el haz de luz.

En lo alto de aquel tubo se hallaba un minúsculo espacio, suerte de carlinga totalmente acristalada en la que un cuadro de mandos, cuya función no entendió Constance, ocupaba un amplio espacio. Jean-Pierre y Christian lo habían transformado en un pequeño estudio: cama plegable, instalación ínfima adonde habían trasladado algunos bártulos, estante sobre los que estaban ordenados los volúmenes L-O, P-R y S-Z del Quillet, aún no abordados por Constance. Bueno, reconoció Jean-Pierre, ya sé que muy amplio no es pero al menos de luz irá bien servida. Me han dicho que en Japón hay hoteles cápsula mucho más estrechos.

Antes de abandonarla, aquella noche, indicó a Constance que el único problema sería el aseo personal. Para beber había subido preventivamente dos garrafones, pero para el asunto higiene tendría que bajar al pie del edificio. Una toma de agua desviada por Christian le permitirá utilizar este grifo, protegido por un biombo de cañizos detrás del cual, disculpe el detalle, hemos instalado un sistema de inodoro químico. Por desgracia sólo hay agua fría, avisó, pero el tiempo aún lo permite. Y aquí, al menos, está tranquila. Pasaremos a diario para traerle comida, nunca estaremos lejos. Por si hubiera algún problema, concluyó —infringiendo el protocolo más elemental del tomador de rehén—, aquí tiene un móvil para comunicarse con nosotros. El cargador lo tiene ahí. Y el enchufe allí.

Los dos hombres la dejaron dormir y, al día siguiente, por las amplias vidrieras, Constance pudo disfrutar de una vista despejada de más de 180° sobre una campiña cuya situación geográfica, que le importaba un pepino, seguía ignorando. A intervalos regulares, el paisaje quedaba furtivamente interceptado por el rápido paso de una suerte de agujas o remos, hasta que comprendió que se trataba de las aspas de una potente hélice y que estaba ocupando por lo tanto un aerogenerador, en la cima de uno de esos altos dispositivos que se ven a veces a lo lejos en las campiñas, cuando se pasa en coche. Quién iba a imaginar que amén de su función de transformación del viento en energía, sus últimos modelos son asimismo —de modo somero— residenciales.

Jean-Pierre y Christian regresaron acto seguido a la finca, donde parecían dedicarse a importantes obras durante el día, renunciando totalmente a pernoctar en ella. A falta de hotel en Châtelus-le-Marcheix, habían alquilado dos habitaciones en el Campanile de Bénévent-l'Abbaye, a sabiendas de que engañaban a sus patronos y

sopesando las consecuencias, pero lo único que les importaba ya era la suerte que pudiera correr Constance. Aunque ambos acudían todas las mañanas al aerogenerador, Jean-Pierre se ocupó él solo de subirle la comida, una radio de pilas, un viejo Larousse ilustrado y una Enciclopedia Universalis encargada a Amazon que tuvo que volver a bajar por falta de espacio, pues Christian prefería esperarlo abajo para no perturbar la intimidad de la joven ni arriesgarse a volver a ser víctima de sus pulsiones.

Al poco, los llamó Victor para avisarles de que había un cambio de planes, de que iban a liberar a Constance y de que debían ir preparándose. Dentro de unos quince días, pongamos. Jean-Pierre y Christian se mostraron evasivos, remolones, hicieron como si tal cosa, mientras Constance, que tampoco se encontraba allí peor que en otro sitio, empezaba a habituarse a vivir en el aerogenerador. Tumbada la mayor parte del tiempo en su cama plegable para leer, la radio conectada definitivamente en Fip, a veces pegaba en los cristales grabados que recortaba del Larousse, observando en segundo plano la evolución del paisaje aquel final de verano. Fueron pasando los días y más días.

En una sola ocasión examinó el grueso cuadro de mandos que ocupaba toda una pared del habitáculo. Constance lo estudió esperando, sin creérselo demasiado, entender algo del sistema eléctrico. Pronto abandonó esa esperanza pero, por juego, apretó un botón sólo por probar, lo cual no pareció cambiar nada. Salvo que, sin que lo advirtiera, las aspas del aerogenerador se fueron moviendo más lentamente, se detuvieron un momento y reanudaron su rotación, pero ahora en sentido contrario, y Constance, si ser consciente de que la hélice estaba girando como las agujas del reloj, volvió a tumbarse y abrió la enciclopedia: letra T, entrada *Traición*.

Unos quince días, había anunciado Victor. Bueno, de acuerdo, esperemos. Pero entretanto solucionemos por la vía rápida el asunto Pognel.

Tras deshacerse de Marie-Odile, que podía enterarse de demasiadas cosas de su vida, Clément Pognel no abandonaría por ello la rue de la Chine, donde seguiría viviendo durante un tiempo. Para empezar, hubo de espabilar durante las horas siguientes a la comisión de ese acto. Antes de que el cadáver de la peluquera se pusiera rígido, lo arrastró —más pesado de lo que pensaba— hasta un cubículo, donde lo dobló para que ocupara el menor sitio posible, y lo envolvió en una colcha, que sujetó con unas pinzas de la ropa. Hecho lo cual, ante la mirada intrigada del perro Biscuit, Pognel procedió a limpiar sucintamente la cocina, dejando para más tarde fregarla con más esmero. Después sacó a mear a Biscuit, tarea que ejecutó regularmente en días sucesivos, aprovechando esas salidas para adquirir distintos productos ácidos y disolventes, bidón por bidón, cada vez en grandes superficies o en diferentes droguerías.

Porque, pasado un tiempo, bien hubo que hacer desaparecer ese cuerpo por razones que cabe imaginar y que se impusieron muy pronto. Tras acumular suficiente material químico colocado junto a la bañera, Pognel ejecutó dicha tarea mediante técnicas seguras, facilitadas por profesionales durante su estancia en la cárcel y que no viene a cuento explicar. Al hacerlo, puso buen cuidado en no deteriorar la bañera. Tras esa operación, larga e ingrata, limpió cuidadosamente la casa, habitación por habitación, objeto por objeto, borrando todas las huellas y no tocando ya nada sino con guantes de cocina. El perro observaba el espectáculo sin intervenir, consciente sin duda de que más valía andarse con tiento: temiendo a Pognel habida cuenta del trato que había infligido a su ama, más valía no hacer nada y no exponerse a nuevos accesos de violencia.

Al principio, Biscuit se limitó pues a mostrarse pasivo, sin dejar entrever su reticencia respecto a Pognel, quien, consciente de que el animal era inepto por naturaleza para declarar en su contra, comenzó a tomarle cariño. Tras decidir que lo seduciría, comenzó a alimentarlo mejor, sustituyendo su pienso de base por pienso de lujo —86% de carne de pollo enriquecida con aceite de salmón con un aporte de omega 3 y de omega 6—, al que Biscuit, oportunista y no mirando más que por su barriga, no pudo resistirse. Ocupándose de él con esmero, cepillándolo, espulgándolo y lavándolo regularmente, Pognel puso su empeño en lavarle también el cerebro, siquiera poniéndole otro nombre más a su gusto, más viril, más serio, antes de entrenarlo para los nuevos ejercicios no menos serios que permite la raza de los beagles: guardia, asalto, caza, combate —porque a veces los perros son igual de ingratos y olvidadizos que el hombre—, y en breve Pognel y el animal se hicieron amigos del alma, si bien Biscuit necesitó bastante tiempo para reaccionar en el acto a su nueva identidad: Faust.

Pero todo eso tendría lugar más adelante, ya que, por precaución, no era cosa de eternizarse en la rue de la Chine. Tras volver a borrar el menor rastro de su paso, Pognel abandonó el piso, dando un portazo y llevando atado a Faust. Ése sería por cierto su error. Porque, aunque Marie-Odile no tenía familia, en la peluquería acabarían preocupándose por su ausencia. Telefonarían en vano, llamarían a su puerta sin resultado y, al ver desbordarse su correo en el buzón, decidirían avisar a la policía, que, entrando a la fuerza en la casa, no encontraría nada al principio. Pero como insistirían, pese al esmerado lavado de Pognel y por taimado que fuera, los técnicos acabarían encontrando una huella de ADN, de la manera más tonta, en la manilla de la puerta que había cerrado violentamente: nunca se piensa en todo.

Así pues, Clément Pognel desapareció acompañado de Faust. Por más que nos vanagloriáramos en su día de estar mejor informados que nadie, debemos admitir que en este momento no sabemos qué ha sido de él. Pero confiemos en nuestros informadores, que deberían tenernos al corriente, avisados están, ya veremos. Entretanto, como, dado su pasado, el individuo Pognel figura en los ficheros de la policía, la huella ha permitido identificarlo rápidamente. Con idéntica rapidez el asunto pasó a manos de Objat, quien inmediatamente pidió cita con el general: Le espero dentro de una hora, dijo Bourgeaud, y tres cuartos de hora después, mientras manoseaba un Panter Silhouette al llegar Objat: ¿Qué hay de nuevo?

Al chico, le recordó Objat, que encontré para hacer de comanditario se le ha ido la olla. Primero ha acabado con un tipo que trabajaba para él. ¿O sea para nosotros?, se inquietó el general. Claro, lo tranquilizó Objat, como los demás, pero no se conformó con eso. Había conseguido asentarlos en casa de una mujer, pues resulta que se la ha cargado. ¿A ella también la teníamos a sueldo?, se sobresaltó el general. No, dijo Objat, ella estaba al margen. Algo es algo, se congratuló Bourgeaud extrayendo de su bolsillo un mechero Bic, pero no deja de ser una desgracia. ¿Y a él lo conoce usted bien? Siempre lo he mantenido a distancia, precisó Objat. Sólo me comunico con él de lejos. El general accionó la ruedecilla del mechero, mudó de parecer, se lo metió en el bolsillo y guardó el Panter.

Qué le vamos a hacer, son gajes del oficio, observó, lo cierto es que eso más bien nos beneficia. El que salten unos eslabones de la cadena simplifica el asunto. Lo que no quita para que sea una pena. Bueno, pero ahora habrá que recoger a la chica, ¿cree que estará ya madura? Después de tres meses de tratamiento, consideró Objat, yo diría que puede estar operativa, habrá que ver. Vea, vea usted, aconsejó el general, esmérese. Sobre todo nada de precipitarse. Aquilate el proceso, manténgame al corriente. A sus órdenes, declaró Objat.

Aquellos últimos días, no hubo ninguna novedad sobre Lou Tausk y Nadine Alcover salvo que la idea de irse a la otra punta del mundo se difuminó un tanto. Y es que, parándose a pensarlo, del mundo, con sus guerras activas o larvadas, sus tensiones étnicas, políticas, religiosas, tribales, raciales, clínicas, su fracturas nucleares, sus explotaciones económicas, su terrorismo y su turismo y sus tiendas idénticas por todas partes, ya hablarían más adelante, juntos están muy bien y no están peor en casa, o sea que a follar. Lo que sí mantuvieron fue la idea de una cena, propuesta por Nadine Alcover, que, con este fin, intentó conectar con Lucile por teléfono.

Pero Lucile, por el momento, no se halla en condiciones de hablar, pues sigue ocupándose, siempre a su manera profunda y lenta, de Maurice Lessertisseur, yacente en su cama medicalizada, los brazos estirados a lo largo del cuerpo vendado y perfundido. Lucile es atenta, metódica, abnegada: basta que el herido se lo sugiera para que se entregue de inmediato a la tarea. Eso nos tranquiliza en muchos aspectos sobre la suerte de ese hombre. Amén de su satisfacción genital inmediata, Lessertisseur no está lo bastante tocado por su lesión como para que le prohíban semejante tratamiento: unas flores amenizan su cabecera, la ventana da a un parque y el que pueda disponer de una habitación individual en una clínica del oeste parisino hace pensar que se beneficia de una buena cobertura social. Lessertisseur es feliz, no piensa en nada, no quiere oír hablar por el momento de su misión ni de sus superiores inmediatos.

Hablando de éstos, Paul Objat está en camino. El experimento en curso por lo que respecta a Constance le parece haber durado lo suficiente como para poder permitirse ya, con el beneplácito del general, ir a buscar a la joven. Así pues, ha emprendido viaje hacia la Creuse a bordo de un vehículo anodino, prefiriendo las carreteras nacionales y departamentales a las autopistas, pues no tiene prisa: más bien cree que el tiempo juega a su favor. De París a Châtelus-le-Marcheix, si se toman esas vías secundarias, es un bonito viaje vertical por Francia de unos cuatrocientos kilómetros. Pueden atravesarse paisajes que no están mal, no son siempre del otro mundo pero a veces no están nada mal. Tras salir bastante pronto del cuartel, Objat se permitió incluso dar un rodeo a los dos tercios de trayecto, parando a comer en un restaurante con estrellas que había visto en la guía Michelin.

A eso de las cinco, bajo un sol declinante de otoño, tras cruzar sin engorros la frontera entre el Indre y la Creuse, Objat tomó la carreterilla sinuosa y forestal que, en un recodo a mano izquierda, invita a tomar un desvío vecinal hacia la finca. Siguió ese camino, asfaltado y luego pedregoso, no sin roderas ni baches, hasta el edificio junto al cual no había ningún coche aparcado: Objat enarcó una ceja. Apeándose del suyo, se encaminó hacia la puerta, que no encontró atrancada, y al entrar descubrió el nuevo escenario.

Porque la granja no sólo parecía deshabitada, sino que había sido totalmente reformada, repintada, reacondicionada, despojada de su antiguo contenido. Un sucinto mobiliario que olía a gran superficie, a But o a Super U más que a Ikea, sustituía la antigua instalación. La mesa era nueva, al igual que las sillas —un aro de plástico que había sujetado una etiqueta colgaba aún del travesaño de una de ellas—. La zona de la cocina también era nueva, sencilla pero práctica: tres placas de inducción en vez de la cocina de gas, un microondas y una mininevera vacía. Delante de la antigua chimenea cegada había un radiador eléctrico de inercia y bajo consumo y con ruedas, nada decoraba ya las paredes, de donde escapaban aún efluvios de pintura. Al subir a la primera planta, Objat observó un panorama similar; de la antigua habitación ocupada por Constance tampoco quedaba nada, ahora estaba equipada con el mismo mobiliario barato, pero todo recién estrenado: ropero y mesita de noche de polipropileno, cama individual con sábanas sintéticas dobladas encima.

Objat movía la cabeza, esbozando una leve sonrisa al bajar las escaleras, pero al salir al jardín, no obstante su autocontrol, no pudo evitar abrir los ojos sorprendido: no se habían limitado a transformar el interior de la granja sino sus alrededores y especialmente, cenit de la metamorfosis, el mismo gran tilo ya no estaba allí: desaparecido. O no del todo allí, ni realmente desaparecido, ya que aquel tilo cuyas ramas prodigaban una suave sombra, relajante, perfumada, ocupaba el mismo lugar pero con una forma distinta: cortado en leños regulares y apilados en forma de paralelepípedo rectangular ( $4 \times 2,50 \times 1,20$ ), no ofrecería ya su sombra intersticial más que a insectos, lagartijas, roedores y otros animalillos y tampoco siempre, al inicio y al final del día, cuando el sol luce bajo en el cielo —lo cual era el caso cada vez más en aquel instante.

La noche tardaría poco en caer: Paul Objat extrajo del maletero del coche una bolsa de viaje que contenía algunos enseres, pues prefería instalarse allí a buscar un hotel por la zona. No cabía duda de que alguien —Jean-Pierre y Christian, ¿quiénes si no?— había transformado la casa en un lugar impersonal y frío pero, en definitiva, más cómodo que antes. Como había comprado dos sándwiches por el camino, se sentó a comérselos. Oyó el ruido de sus mandíbulas en medio del olor de la pintura fresca, lamentó la ausencia de una radio y subió a hacerse la cama en el piso de arriba.

A partir del día siguiente y en días sucesivos Objat se dedicó a recorrer la región, tras procurarse mapas IGN a escala 1:25 000. Algo le decía que Constance, desaparecida de la finca sin dejar rastro de su presencia, no podía hallarse muy lejos, exploró sistemáticamente la zona, carretera por carretera, aldea por aldea, durante cerca de una semana, punteando cada lugar uno tras otro, sin resultado alguno. Hasta el momento en que aquellas indagaciones se le antojaron inútiles, en que estuvo a punto de desanimarse y de preguntarse qué explicaciones daría al general Bourgeaud.

Hasta el momento en que, al pasar por décima vez por una carretera departamental cuyas derivaciones había explorado a fondo, recorrió un amplio prado

al fondo del cual su visión periférica había registrado un campo de aerogeneradores alineados, que giraban apaciblemente. Pero un resorte debió de dispararse de pronto en su organización perceptiva, una suerte de conciencia nebulosa de un detalle que no encajaba, porque frenó de repente, se detuvo, arrancando en marcha atrás hasta parar en mitad de la carretera a la altura de aquellos aerogeneradores cuya perspectiva examinó más atentamente bajo un hermoso sol de final de otoño. Necesitó poco tiempo para constatar que las palas de uno de los aerogeneradores giraban en sentido contrario, y volvió a sonreír.

Tras aparcar el coche en el arcén y apagar el motor, su sonrisa se ensanchó cuando observó que desde aquel punto, una línea hollada por probables idas y venidas frecuentes entre la carretera y el aerogenerador se había socavado formando un surco en la hierba amarillenta. Se apeó del coche, tomó ese sendero al tiempo que hurgaba en sus bolsillos, de los que extrajo una fina varilla metálica, siempre útil en su profesión. A llegar al pie del aerogenerador, la varilla le permitió forzar por la vía rápida la puerta de aquella columna, interiormente provista de barrotes por los que trepó. En lo alto de los barrotes había una trampilla que Objat abrió sin esfuerzo, para luego meter la cabeza y descubrir la cabina, su minúsculo volumen inundado de luz, su sucinto mobiliario con una suerte de lecho liliputiense en el que, mientras escuchaba «Y'en a des biens» de Didier Super en Fip, Constance leía el artículo *Matanza* de su enciclopedia.

Hombre, Victor, exclamó ella al ver aparecer aquella cara que parecía salir del suelo. Cuánto tiempo sin verle. ¿Dónde se había metido?



Tres días después, en la cantina de la estación de Limoges, Jean-Pierre y Christian están sentados el uno junto al otro, mudos ante la mirada glacial de Paul Objat. Jean-Pierre baja la cabeza, empujando con la uña del dedo pulgar derecho las pielecillas que ocultan la lúnula del izquierdo, Christian se contorsiona en el banco mirando en lontananza. Desde luego, no os voy a felicitar, acaba de decirles Objat.

Porque tres días atrás, al volver de hacer la compra en Bénévent-l'Abbaye, cuando Jean-Pierre subió a dar la comida a Constance en lo alto del aerogenerador y se encontró con que no había nadie en la cabina, dedujo que Objat había pasado a llevarse a la joven. Comoquiera que ésta no había mostrado la menor veleidad de huir —por el contrario, parecía hallarse a gusto en lo alto de su habitáculo—, la hipótesis de una evasión era harto improbable: Objat, sin lugar a dudas. Conscientes de su desliz y temiendo no tanto las represalias de Lessertisseur —incapacitado— cuanto las de Objat —más estricto—, Christian y él juzgaron preferible escurrir el bulto, volatilizarse y huir de sus jefes, primero en su coche y luego en tren.

Pero, una vez recobrada Constance, Objat se propuso dar con ellos. Y como era más hábil que nosotros en tales menesteres, no tardó en localizarlos y arrinconarlos en la estación de Limoges. Allí, en el andén número 4, esperaban el Intercités hacia París-Austerlitz, contando trasladarse desde allí a Hazebrouck, donde podrían guardar las apariencias, tomar el aire y pensar en el futuro en casa del cuñado de Christian. Por desgracia para ellos, Objat apareció en el andén seis minutos antes que el Intercités y se los llevó hacia la cantina de la estación, donde los amonestó mientras ellos callaban lastimosamente. Cuando pidió otro sándwich y les preguntó si querían tomar algo, aseguraron que no tenían hambre. No, gracias, Victor, declinó Jean-Pierre, muchas gracias. Hemos comido un sándwich de jamón y queso hace un rato.

Infracción profesional, remachó Objat, infracción profesional grave. Sanción ejemplar, recordó sin más precisiones. Ellos se disculparon, ya expertos en esa tarea desde el fiasco de Christian con Constance. Hágase cargo, farfulló Jean-Pierre, era simpática esa chica, acabamos tomándole cariño. Tampoco sabíamos muy bien qué querían hacer con ella, abogó Christian, acabó preocupándonos, preferimos ponerla a salvo.

Bueno, condescendió Objat, no es muy grave, por fortuna para vosotros. E incluso, en cierto sentido, no lo habéis hecho tan mal sin saberlo. Pero vamos a pasar ahora a una segunda fase de la operación. Eso conlleva adquirir otras técnicas, otros métodos. Si queréis que sigamos trabajando juntos, tendréis que reciclaros. Os enviaré una dirección dentro de unos días, acudiréis allí de mi parte. De acuerdo, Victor, se inclinó Jean-Pierre, como quiera, estamos de acuerdo. Muy bien, dijo Objat pagando el sándwich. Pero, entonces, ¿adónde vamos?, se alarmó Christian. ¿Y nos dejarán cambiar los billetes de tren? ¿Cómo haremos para que nos devuelvan el dinero? Esperad noticias mías, dijo Objat levantándose.

Tras dar con Constance el otro día, la acompañó a París sin explicarle nada hasta el pie del edificio donde vivía, junto al Trocadéro, y la dejó sola allí, sola en la acera con su bolso. No hacía mucho calor, el otoño asomaba la nariz: tiritando y sola consigo mismo, Constance se encontró desorientada. En suma y como era de prever, no entendió nada, y menos el comportamiento de Objat, Victor por su nombre en clave, aparentemente, y a quien le costaría no seguir designando así. Qué sentido tenía tenerla secuestrada durante tanto tiempo para liberarla de la noche a la mañana, sin condiciones ni comentarios, abandonándola al pie de su edificio murmurando que volverían a verse, se preguntó en el ascensor.

Luego su piso le pareció hostil, anónimo, y aun después de poner a tope la calefacción, gélido. Constance se encontró allí incómoda con su cuerpo y sus pensamientos, erró de una habitación a otra sin saber qué hacer, como sucede cuando vuelve de un viaje con la difusa perspectiva de tener muchas cosas que solventar, que ordenar, que poner al día y al final no, nada, ni siquiera tiene ganas de deshacer la maleta, ni se le pasa por la cabeza ir a recoger el correo amontonado en la portería, a falta de otra cosa se da una larga ducha que tampoco la relaja demasiado ni le procura tanto placer como pensaba. Y luego peinarse, maquillarse, vestirse, o sea, elegir la ropa, le produce el mismo efecto insustancial, como si le importara todo un rábano, como una glaciación que acabara de producirse, un muro de vidrio entre el mundo y usted. O sea, que acabara importándole todo un pepino, eso fue exactamente lo que Paul Objat y el general Bourgeaud desearon, planearon y ejecutaron. Está usted madura.

Ya intentó usted, forzándose, llamar a Tausk por teléfono, siquiera para informarle de su regreso. Pero Louis, inmerso en su nueva vida con Nadine Alcover, le aseguró cortésmente pero sin fervor que se alegraba. ¿Y tu dedo?, le preguntó. ¿Qué pasa con mi dedo?, dijo usted. ¿Y el dinero?, insistió él. ¿Qué dinero?, preguntó usted. Bueno, dijo Tausk, dejémoslo. No tocaron el asunto del divorcio y, en definitiva, esa breve charla la afligió menos que la alivió. Al colgar el teléfono, no tuvo ningunas ganas de volver a utilizarlo, de contactar con antiguos amigos, con antiguos amantes que habrían podido distraerla, no. Su única y última sonrisa pasado un buen rato fue en recuerdo de Jean-Pierre y de Christian, luego le entró hambre.

Pero deje de tomarse por Constance, que tuvo por consiguiente que salir a comprar algo de comer. Y ya en el súper empezaron a torcerse las cosas, el carrito se desviaba torpemente hacia la izquierda, pese a que buscó, sólo llenó el fondo y, entre las secciones climatizadas de la carnicería y la lechería, Constance creyó haberse resfriado cuando, en lo alto de su aerogenerador, los rigores de la Creuse no la afectaron lo más mínimo.

Al salir del súper, se obligó a dar una vuelta, leyó como antes los anuncios inmobiliarios pero de forma mecánica, sin prestarles ya atención, como tampoco los letreros de las tiendas —aquí el cliente escoge la carne bien fresca, vestimos también a las mujeres rellenitas, grandes ofertas en espejos—, y una especie de espasmo

sacudió el cuerpo de Constance, que siguió caminando hasta detenerse, si bien manteniéndose a distancia, ante una manifestación de amigas de los animales a las puertas de una agencia de Air France: no eran más de una docena pero vociferaban de lo lindo, protestando contra el transporte aéreo de los animales de laboratorio abocados a la vivisección. Constance, entre dos eslóganes, no intentó conversar con las militantes pero, aunque nunca la había emocionado, por deplorable que sea, la suerte de los animales, aquel incidente debió de desencadenar un mecanismo. Porque se echó a llorar, volvió a su casa y ya no paró de llorar.

No paró. Sollozaba y sollozaba. A la menor ocasión, y aun sin ocasión, lo cual por lo demás no resultaba tan desagradable. Ya sean de dolor, de emoción, de alegría e incluso de duelo, las lágrimas ejercen un efecto beneficioso. Poco importa en el fondo lo que las suscite, hasta tal punto alivian y hasta tal punto apaciguan todo el cuerpo al manar de nuestros ojos. Y, dicho sea de pasada, ese fenómeno afecta más o menos a cuanto el cuerpo expulsa: desde el instante en que algo líquido, sólido o gaseoso escapa del organismo —es decir, una decena de modos de evacuación posibles que nos abstendremos de detallar—, constituye en cada ocasión, de lo sublime a lo trivial, un placer específico. En grados distintos y digan lo que digan, siempre tira a bueno. Tan sólo sudar no lo es siempre —por más que la sauna o el hammam no estén tan mal—, y por supuesto sangrar, que es francamente discutible.

Y así, Constance no dejó de llorar durante los días siguientes. Escuchando música, que quitaba de inmediato. Ante anuncios de la televisión, que apagaba. Una vez encendió la radio: Nos visita hoy Gérard Delplanque, cuya película *Incertidumbre y dudas de Nitchika, la espía enamorada* se estrena el miércoles en sus pantallas. Gérard Delplanque, hola, y antes que nada una observación: ese título suena un poco, cómo decirlo, a provocación. Así que ésta será mi primera pregunta: ¿homenaje o parodia? Lo que dice no tiene ningún sentido, se indignó de inmediato Gérard Delplanque, ni una cosa ni otra, por supuesto. Es por encima de todo una película de acción. En ésas llamaron a la puerta.

Constance apagó la radio, salió a abrir y, de nuevo, apareció Paul Objat. Hola, Victor, volvió a decir Constance. Pero Objat notó que no pronunciaba esas palabras con el mismo tono desenfadado que la otra vez en el aerogenerador. La suya era ahora una modulación apagada, ausente, con un trasfondo nítidamente lacrimoso, y Objat pensó: Perfecto. Vengo a buscarla, le dijo, pero no se preocupe. Sólo quería presentarle a alguien.

Partieron en su coche, salieron al cinturón exterior en la porte de Passy hasta la porte des Lilas, desde donde en apenas un minuto se llega al número 141 del *boulevard* Mortier. Tras presentar Objat su distintivo, entraron en el patio del cuartel, donde aparcaron en una plaza reservada. Desde allí, cruzaron un pórtico, atravesaron un vestíbulo y, tras mostrar de nuevo el distintivo, subieron una escalera, recorrieron un pasillo, llamaron a una puerta anónima y abrieron sin esperar respuesta.

Sentado ante su escritorio, el general Bourgeaud se hallaba enfrascado en un

dosier recalcitrante, despotricando entre dientes mientras subrayaba distraídamente pasajes con un trazo de Panter Small. No pareció advertir ninguna presencia, aquello parecía ir para rato hasta que Objat, carraspeando ruidosamente, hizo alzar su mirada hasta sus visitantes. Ésta es la persona, mi general, dijo Objat. Sin dirigirle la palabra ni saludarla siquiera, el general examinó detenidamente a Constance de los pies a la cabeza con un breve rodeo por su purito. A Constance le había sucedido alguna que otra vez que la repasaran así, pero le pareció que en esa ocasión se efectuaba sin intención médica ni libidinal. A continuación, volviéndose hacia Objat: Tenía usted razón, le dijo Bourgeaud, creo que podrá servir para nuestro asunto.

Discúlpeme, se impacientó Constance, pero ¿de qué asunto habla? Es muy sencillo, contestó el general, va usted a desestabilizar Corea del Norte.

# III

Me toma usted el pelo, infirió Constance. Ni mucho menos, la tranquilizó Bourgeaud. Pues entonces se le ha ido totalmente la olla, diagnosticó la joven. No tanto como cree, matizó Bourgeaud señalando un mapa de la península coreana prendido con chinchetas en una pared del despacho, se lo explicaré.

Aunque todo el mundo sabe o cree saber cómo es Corea del Norte, le recordaré que es una tiranía dinástica y casi teocrática, en la que las tres generaciones de líderes han accedido a un estatuto divino. El control es omnipresente, todos recelan de todos, se denuncian como respiran —dado que a uno le denuncian si no denuncia—, mientras, con frecuencia sin resultado, buscan algo de comer.

Observe que a ese respecto, me refiero a la comida, media un abismo entre la capital y el resto del país. Así como en Pyongyang funcionan a base de esturión y grandes caldos, en el campo y en provincias lo pasan bastante peor. Hambruna tras hambruna, con trescientos gramos de maíz como mucho, la gente ha visto reducirse su estatura media a 1,55 metros. Pero más les vale no quejarse, lo mejor que se puede hacer es cerrar el pico. Al menor gesto o palabra maliciosa sobre el régimen lo mandan a uno a un campo donde, a razón de veinte horas de trabajo al día y dos sesiones de tortura imaginativa, se considerará afortunado si atrapa una rata o una serpiente para devorarlas crudas, y se alegrará más si puede asarlas de extranjis a riesgo, por esa fechoría, de ser torturado de nuevo antes de su ejecución pública, de que le cuelguen o le lapiden según el humor de su jefe de campo. Pero todo eso lo sabe usted, dijo el general recobrando el aliento tras esa fase demasiado larga.

También sabe, prosiguió, que ese país está siempre dispuesto a batallar. Desplegando un discurso tanto más belicista cuanto que está siempre técnicamente en estado de guerra con Corea del Sur, cuenta con dos millones de soldados activos o reservistas, un considerable *stock* de aviones, tanques y buques de guerra —por más que ese arsenal pueda estar obsoleto—, suficiente plutonio para construir varias bombas atómicas y abundantes reservas de armas químicas y biológicas. Construye además excelentes misiles Nodong-1 y Taepodong-2, que negocia a alto precio en todos los puntos calientes del globo —Siria, Libia, Irak, Irán, Yemen o Pakistán—. El comercio armamentístico es uno de los recursos capitales del régimen.

Entre las especialidades de éste, Bourgeaud mencionó a continuación algunos secuestros de aviones y otros secuestros diversos, la venta de material y de expertos militares a países africanos sensibles, la acogida con los brazos abiertos a terroristas extranjeros a los que traiciona al poco revendiéndolos por un riñón a sus jurisdicciones. En resumidas cuentas, todo es válido, exclamó el general, para arramblar pasta. Producción masiva de distintas drogas —entre ellas una metanfetamina fuera de serie—, tráfico con todo con cuanto se puede traficar, falsificación de moneda extranjera —sobre todo dólares y yenes falsos—, estafas por miles de millones a compañías de seguros internacionales, por no hablar de los

ataques cibernéticos, de la piratería informática de datos bancarios y otros por casi todo el mundo.

Si le interesa, señaló el general orientando la punta de su Panter hacia el mapa, los mayores campos de concentración están situados ahí, ahí y ahí, me refiero evidentemente a los campos de régimen severo. ¿Y por qué me habla usted de ese país de mierda?, se interesó Constance. A eso voy, dijo el general.

Es que las mentalidades van cambiando poco a poco, verdad, muy lentamente pero hay indicios. Desde hace algunos años, la población que no sabía nada del mundo exterior ha empezado a saber de él, escucha clandestinamente radios extranjeras, se pasa DVD o memorias USB procedentes del Sur. Lo hacen con discreción, pero cada vez más, aun a riesgo de que los manden de cabeza al campo o al patíbulo. Como lo hacen con todas las tentativas de evasión que se realizan habitualmente por China, Mongolia y el Sudeste Asiático, Tailandia o Laos, hay varias redes de guías bastante preparadas. Estoy un poco al corriente, quiso abreviar Constance, he leído cosas al respecto en una revista. Casi he acabado, dijo el general. Llego al asunto que nos afecta.

Le resumo. Cuando Kim Jong-un, nuevo líder supremo, hijo del amado líder Kim Jong-il y nieto del líder eterno Kim Il-sung, subió al poder, permaneció durante algún tiempo rodeado de los siete dirigentes históricos del país, entre ellos su tío, número dos del régimen. Pero no tardó en deshacerse de aquella banda, el tío fue detenido públicamente y luego ejecutado. Un poco como en *Hamlet*, verdad, si ve a qué me refiero. Silencio de Constance.

*Hamlet*, vamos, Objat, tanteó el general, le dice a usted algo, ¿no? Pues no, contestó Objat sin apartarse de la ventana, lo siento, yo tampoco conozco esa obra. Bueno, zanjó Bourgeaud disgustado, el caso es que la liquidación del tío vino seguida por la del jefe de seguridad del Estado y de los altos responsables del ejército. Ministro, vicemariscal, jefe de estado mayor, cuyos nombres no recuerdo, todos fueron degradados, destituidos, sin duda fusilados. En esa operación, bastantes embajadores próximos a la pandilla fueron llamados a Pyongyang, trasladados a campos o físicamente eliminados. ¿Me sigue?

Silencio de Constance. Bueno, repitió Bourgeaud, a esa purga en la cima del Estado le siguió claro está una depuración más general de los mandos próximos al antiguo equipo, o sea, una decena de miles de apparatchiks, que debieron de correr la misma suerte. Lo cual supone una renovación de los efectivos, un nuevo aparato totalmente bajo la férula del jefe, y entre las promociones recientes hay una que nos interesa. Es un nuevo consejero del líder, que lo consulta sobre diferentes puntos, especialmente sobre el ámbito nuclear. Un tipo joven bastante discreto, instruido, educado en Suiza como su jefe. Nos parece más bien abierto, pensamos que con él podríamos conversar. Tenemos que desarrollar los lazos con él. Él es nuestro objetivo. Y aquí es donde interviene usted.

¿Y por qué yo?, preguntó Constance. Bourgeaud dejó pasar un tiempo, fingiendo

buscar algo en un cajón y luego en otro. Paul Objat, al fondo del despacho, examinaba el patio del cuartel por la ventana. Sobre el pavimento de ese patio caía desde hacía un rato una lluvia menuda cuyo susurro sordo, apagado, sonaba en armonía con un runrún de impresora proveniente de un despacho vecino.

Es usted la persona ideal, contestó por fin Bourgeaud. Tal vez lo ignore, pero allí es usted un ídolo entre los medios dirigentes. ¿Perdón?, se inquietó Constance. Pues sí, suspiró él, eso es un elemento fundamental. Le recuerdo que usted fue la primera intérprete de **너무 해**. ¿Podría repetirlo?, se alarmó Constance. Es la adaptación coreana de «Excessif», precisó Bourgeaud, ya sabe, una cosita que cantó hace bastantes años. Figúrese que después de tantos años esa cosa allí sigue haciendo furor, la adaptaron a su lengua pero eso ya no les basta. Parece ser que no paran de ponerse la versión original, o sea la suya, en los banquetes del Partido del Trabajo. Hasta el líder está colado por usted, lo sabemos.

No diga gilipolleces, saltó Constance. Nada de eso, insistió el general, gracias a eso entrará usted en escena. La recibirán como a una estrella, pero no se preocupe que no estará sola, dispondremos de dos contactos personales que velarán por usted. El primer objetivo será pues ese consejero del líder. Le diremos cómo contactar con él —pero verá como todo marcha solo—, más adelante recibirá instrucciones. ¿Y cómo se llama ese tipo?, preguntó Constance. Gang Un-ok, articuló diligentemente el suboficial. Un nombre fácil de recordar, ¿no le parece? Nos hemos informado al detalle sobre él y es usted exactamente su tipo de mujer, al parecer. Eso podría ayudarla en su trabajo. Eso es asqueroso, se sublevó Constance. Es sobre todo, anunció gravemente el general poniéndose en pie, algo beneficioso para la comunidad internacional. Pero ahora debo dejarla, supongo que no tardaremos en vernos. ¿La acompaño?, propuso Objat.



Fue en Suiza, precisamente, pero en otro tipo de campo, donde los dos contactos profesionales a los que se había referido el general pasaron las de Caín, sudaron sangre, sometiéndose a un cursillo intensivo para acceder al título de escoltas.

Nada los predisponía a semejante formación. Ni uno ni otro, sobre todo Christian, habían practicado desde hacía tiempo la menor actividad física. Al llegar, los dejó helados el discurso de acogida del monitor jefe. Se trata, les dijo, de adquirir la inteligencia técnica, psicológica, física, táctica y conceptual para la protección de las personas. Lo cual suponía muchísimo, les pareció.

Una estatura imponente ya no es garantía de eficacia, precisó acto seguido el monitor, lo cual tranquilizó a Christian. No obstante, señaló, el escolta debe ser instruido, culto, políglota y polivalente, observador y perspicaz, capaz de evolucionar socialmente, estar al tanto de la legislación en vigor en su ámbito, ser psicológicamente estable, discreto, cauteloso, deportista, sano de cuerpo y de mente. Lo cual suponía cada vez más: Jean-Pierre se mordió el labio y no se atrevieron a mirarse.

Enseguida se pusieron manos a la obra para hacerse a la vida paramilitar. Por las mañanas comenzaban temprano con un *footing* en grupo de diez kilómetros: al principio, Christian solía caerse de cansancio y el instructor no permitía que intervinieran los demás, dejándolo recobrar el aliento, incorporarse solo y proseguir renqueando. Seguían luego a lo largo del día distintas enseñanzas teóricas y prácticas —observación y localización del lugar, exploración y segurización de una zona, artes marciales, defensa propia, dominio de las armas, extracción de notable en apuros, neutralización de un paisano, ejercicios de inmovilización en el suelo, actuación tras una agresión con arma de fuego, con arma blanca o con cualquier otro objeto, socorrismo, salvamento de urgencia en medio hostil y uso del maletín antibalas desplegable de Kevlar—. Todo aquello era fatigoso. Se acostaban temprano sin fuerzas para hablar y se dormían muy rápido.

Al final del cursillo, resultó menos difícil habituarse al traje negro, a la corbata negra o, según las circunstancias, a la pajarita, a las gafas oscuras y a enroscarse un tirabuzón de auricular de hilo blanco en la oreja. Más delicado resultó aprender a raparse la cabeza, a lo cual Jean-Pierre y Christian procedieron primero mutuamente, hasta que se arriesgaron a hacerlo cada cual por su cuenta. Me arde, refunfuñaba Christian masajeándose el cráneo, me irrita el cuero cabelludo, ¿no tendrás crema o algo?

La víspera de su marcha, después de que no sin indulgencia ni complacencia —ni acaso deseo de quitárselos de encima— los juzgaran aptos para ocuparse del prójimo, se concedieron una noche para darse un respiro abriendo una botella en su dormitorio, cada uno sentado en una de las camas gemelas encima de las cuales, respectivamente, Jean-Pierre había clavado con chinchetas una reproducción de

Bazaine y Christian dos fotos de mujeres en cueros. Pues lo hemos hecho, constató Christian echando la menor cantidad de agua posible en su Pastis 51, lo hemos conseguido. Yo no me veía capaz, reconoció Jean-Pierre deformando la cubitera. Pero mira, yo creo que me ha ido bien, me ha hecho levantar cabeza. Qué distinto de la Creuse, ¿no?

Estancia en la Creuse cuyos buenos momentos rememoraron brindando: La verdad es que la chica, se atrevió Christian, dirán lo que quieran, pero estaba para tirársela. Desde luego, reconoció Jean-Pierre deshaciéndose el nudo de la corbata, a mí también me tenía encandilado, pero qué le vamos a hacer, no es nuestro mundo. Me pregunto qué habrá sido de ella, soñó Christian. Si he entendido el proceso, analizó Jean-Pierre, no tardaremos en volverla a ver. ¿Y crees que el idiota del marido acabó pagando?, se preguntó Christian.

El idiota se encuentra ahora apoltronado en su canapé de cuero teñido ante su Beovision Bang & Olufsen, una copa de Laphroaig *Cask Strength Red Stripe* en una mano, en la otra un mando Logitech Harmony Touch mediante el cual desfilan, una tras otra y nunca durante más de unos segundos, unos cientos de cadenas. Detrás de la barra, del lado de la cocina, entrechocan y tintinean los platos y cubiertos que Nadine Alcover ordena en el lavavajillas. Ambos han cenado sin gran cosa que decirse: Se me ha pasado el asado, creyó necesario reconocer Nadine Alcover entre dos silencios. En absoluto, estaba bien, le contestó Tausk un pelín tarde y al tiempo que consultaba los SMS en su *smartphone*, y allí acabó la cosa: tranquilidad, mucha tranquilidad.

Una vez en marcha el lavavajillas, Nadine Alcover va a su habitación y marca el número de Lucile, que lo coge al instante. Cambian tres frases preliminares, y la conversación deriva rápidamente a la vida amorosa, ¿cómo te va con tu viejo?, se interesa Nadine Alcover. Se ha repuesto del accidente, contesta Lucile, pero a veces no sé, no sé. Me da la impresión de que sexualmente sólo le interesa una cosa, sabes. Como si yo sólo sirviera para eso. Hay días en que me pregunto... Creo que ya sé, dice Nadine Alcover, lo de Louis conmigo tampoco es ya del todo lo mismo. Pero a veces me digo que él u otro, en fin, ya sabes. Creo que ya sé, dice Lucile como un eco. Vendréis mañana por la noche, ¿no?, le pregunta Nadine Alcover.

Y al día siguiente Lucile y Lessertisseur se presentan en efecto a cenar en casa de Lou Tausk. Es la primera vez y se les ve incómodos, Lessertisseur sobre todo está muy incómodo. Pero al fin y al cabo Tausk desconoce su participación en el secuestro de Constance, Nadine Alcover también, y Lucile es tonta, no hay motivo de preocupación: Maurice Lessertisseur se va relajando poco a poco. Además esa historia se ha acabado, sus actores se han dispersado, Constance ha vuelto a su casa: Lessertisseur acepta una copa y una butaca, sus escrúpulos se disipan al cabo de la segunda copa. Pasemos página. Y pasemos a la mesa. Y muy pronto, en efecto, en la mesa se pasa página. La página parece pasar sin esfuerzo en cuanto la conversación se instala, se desarrolla y se anima sobre temas diversos.

Y, ahora, teníamos previsto transcribir al detalle esa conversación. Conforme ésta

iba caldeándose y amplificándose, habíamos pensado incluso ahondar en los temas que abordaba: acontecimientos políticos, sociales, culturales y enseguida íntimos. A punto estábamos de hacerlo cuando he aquí que suena en la puerta, en intervalo de tercera mayor descendente, el doble gong del timbre. ¿Esperabais a alguien?, pregunta Lucile. No lo creo, se sorprende Nadine Alcover. Ve a ver quién es, le sugiere Tausk.

Transcurre menos de un minuto hasta que, seguido de Nadine Alcover perpleja, se ve aparecer a Clément Pognel en persona, un perro menudo pisándole los talones, su pistola de bolsillo Astra Cub en mano: de pronto a la página parece costarle un poco más pasar. Se nota a las claras que le cuesta. Se ha agarrotado. Se oye muy bien que la página rechina. Se acabó el cachondeo, declara Pognel.

Pero la velada no duró mucho. Y a la mañana siguiente Lou Tausk madrugó, dejando dormir a Nadine Alcover, para acudir al estudio, en la rue de Pali-Kao, donde se limitó a leer el periódico y a echar un vistazo al correo. Guardar cuatro papeles en el escritorio, desplazar dos objetos —una grapadora y un cenicero— para dejarlos de inmediato en su sitio. A eso de la una, en vista de que el aire se había templado y de que el sol intentaba una escapada, se fue a comer al Mandarín Pensativo, solo en la terraza del establecimiento, calentado por los radiadores de infrarrojos y protegido por un entoldado translúcido.

Observémoslo ante su bobun de buey mientras rememora la velada de la víspera. No ha acabado de entender la irrupción de Clément Pognel, quien —resumamos— no se quedó más de un cuarto de hora, tras guardarse enseguida en el bolsillo el Astra Cub y tomarse una copa mientras acariciaba a su perro, sin manifestar gran cosa y mirando a la gente, la casa, limitándose a decirle a Tausk con frialdad que le alegraba verlo tan bien aposentado. Aun así Tausk tuvo tiempo para comprobar lo que había cambiado en Pognel en esos treinta años. Bastantes cosas en realidad: amén de su leve cojera, su aplomo cuando se acomodó entre Lucile y Nadine Alcover, rozándolas y examinándolas con arrogancia —no era así en aquellos tiempos—, su descaro cuando, cogiendo del plato de Lucile una corteza de tocino, la dejó caer en la alfombra y observó cómo el perro la devoraba cochinemente, gruñendo y babeando de satisfacción. Despacio, Faust, despacio, sonreía Pognel, y a Tausk no le gustó nada aquel chuchó. No entendió las razones de esa pequeña intrusión, de aquella marcha rápida, como si Pognel se hubiera presentado tan sólo para comprobar algo. Tampoco entendió, durante aquella escena, la manifiesta incomodidad de la tal Lucile y el tal Maurice antes de su también presta marcha.

Desde la terraza del Mandarín, alzando un instante los ojos al cielo, Tausk ve éste atravesado por un Boeing cuyas toberas dejan tras él la habitual estela de vapor de agua, condensada por los  $-20^{\circ}\text{C}$  de altitud y formando un hilo blanco de cristales de hielo expandido en halo triangular irregular, nube artificial que se ondula enseguida y que, ya desdibujada por el entoldado, palidece antes de difuminarse y descomponerse. Volviendo a su bobun, Tausk olvida rápidamente ese B777-300ER de Air China, destino Pekín, en el que han embarcado una hora antes Constance y sus guardaespaldas, éstos en clase turista, ella en clase de lujo Pabellón Prohibido donde acaban de servirle una segunda copa de Armand de Brignac con un platillo de caviar salvaje, mientras que Jean-Pierre y Christian tan sólo disfrutaban detrás de un sándwich club descongelado en envase de plástico y una Tsingtao tibia.

El vuelo duró once horas durante las cuales Constance durmió bastante bien, Jean-Pierre y Christian casi nada. Plegados en tres en sus asientos, miraron algunos comienzos de películas bostezando, tantearon tres juegos de vídeo, mendigaron en vano otras cervezas hasta que el 777 inició su descenso —TCP en las puertas,

desarmar las rampas, comprobación de la puerta opuesta— hacia el aeropuerto internacional, donde los tres fueron trasladados a una sala de tránsito.

El general Bourgeaud había solventado ya las diligencias de visado, pero hubieron de rellenar bastantes formularios: según las instrucciones recibidas en París, cuando tuvieron que declarar sus respectivas profesiones, Jean-Pierre y Christian escribieron *tour operador*, Constance *artistaintérprete* y partieron en clase única rumbo a Pyongyang a bordo de un biturbopropulsor Yunshuji Y-7, proyectado para aterrizar en medio rústico y perteneciente a la flota nacional de Air Koryo. Pese a que ésta figura en mayúsculas escarlatas parpadeantes en la lista negra de las compañías con riesgo, y pese a la vetustez del aparato —asientos tambaleantes uno de cada dos con brazos inexistentes, mesitas mal fijadas, cinturones de seguridad deshilachados—, llegaron a su destino sin demasiados problemas, turbulencias ni baches.

Observaron primero dos pistas extrañamente largas sobre las cuales, antes de aterrizar, el avión describió innumerables vueltas panorámicas como para permitir admirar la inmensidad de las instalaciones. Una vez que se posaron, tuvieron que permanecer un rato en la cabina, mientras los rugidos de los motores iban decreciendo como el final de secado de una lavadora. El aeropuerto nacional de Sunan resultó ser un modesto edificio bajo, anticuado, cuyos únicos aderezos recién estrenados, o cuidadosamente conservados, consistían en altos retratos de pie de los ascendientes, padre y abuelo, del dictador en activo. A quinientos metros, parecía estar levantándose otro más amplio, de vidrio y acero, tal vez en previsión de un desarrollo del tráfico aéreo, y alrededor, a bastante distancia, se extendían campos que parecían escasamente sembrados en cuya superficie, brazos colgando y vestidos con anoraks o parcas acolchadas grises, marrones y *beige*, campesinos desparramados contemplaban a falta de otra cosa el tránsito de los aparatos.

En el vestíbulo opaco del aeropuerto, aparte de los soldados de guardia presentes por doquier, aguardaban hombres de negocios chinos sentados en sillones de plástico azul cerúleo, bajo los paneles de anuncios que, en todos los aeropuertos del mundo, hacen refulgir cientos de llegadas y salidas pero en los que allí aparecían sólo tres destinos: Vladivostok, Kuala Lumpur dos veces por semana y Pekín. Descendidos del avión al mismo tiempo que Constance, y sin duda lo bastante próximos al régimen como para salir del país, autóctonos elegantes empujaban hacia la salida carritos llenos de bebidas alcohólicas occidentales, ropa de marca y pantallas planas. Constance había intentado, durante el vuelo, dirigir unas palabras en inglés a uno de ellos, pero, ya fuera por ignorancia o por recelo, no recibió más respuesta que un cuarto de sonrisa muda. Después, al pasar la aduana, todo había sido mucho más sencillo de lo que imaginaba, pues las diligencias se reducían al mínimo: un vistazo a su pasaporte confiscado de oficio, otro a la marca de su teléfono igualmente incautado, un impreso certificando que todo aquello le sería devuelto a su salida del país.

Al salir del vestíbulo, un militar se inclinó hasta la cintura ante Constance para

acto seguido presentarse: comandante Bakh Kang-dae o algo parecido. Gorra con estrellas, distintivo con la efigie de los ascendientes, talabarte con hebilla sobre uniforme impecablemente planchado, le dio la bienvenida al país, inmenso honor, etcétera, anunció que iban a trasladarla inmediatamente a su residencia, y Constance lo siguió hacia una limusina Junma Pyeonghwa, copia de la Ssang Yong Chairman surcoreana, que no es a su vez sino un clon de la Mercedes E. Cuando Jean-Pierre y Christian intentaron seguirlos, fueron cortésmente interceptados por dos paisanos a la sombra del comandante Bakh: un hombre y una mujer, sonrientes, distendidos, que se presentaron —Yun Sam-yong, Im Chin-sun— como guía y traductora encargados de ocuparse de ellos y, en primer lugar, de acompañarlos a su hotel. Perdón, se ofuscó Jean-Pierre, viajamos con la señora. Pero Im y Yun no parecieron oírlos y, no menos sonrientes pero más decididos, guiaron a los dos hombres hacia un vehículo Premio Pyeonghwa de calidad menor. Y subieron a él.

El hotel Yanggakdo, precisó Im, muy buen hotel, ya verán, estarán a gusto. Y su sonrisa iba ensanchándose según tomaban velocidad, les dio instrucciones de rutina, todas de carácter restrictivo —hablar de política, abandonar el hotel sin acompañamiento, hablar de política, salir por la noche y hablar de política—, mientras atravesaban una campiña informe y un difuso suburbio hasta que entraron por fin en Pyongyang.

Y en aquella capital todo ofrecía un aspecto apacible, normal, nuevo. Apacibles eran los ciclistas, los grupos en las paradas de autobús, los peatones que recorrían o atravesaban amplias avenidas con árboles, sus anchas aceras forradas de césped en las que, aquí y allá, se veía a un hombre o a una mujer acuclillados que parecían buscar hierbas con un objetivo indeterminado de limpieza o de recogida. Normal era el tráfico, desde luego reducido pero tampoco tanto: más coches de lo que cabía imaginar, visiblemente fabricados hacía poco tiempo, adelantaban tranvías, camionetas, autocares, no todos de último modelo y cuyos tubos de escape despedían a veces espesas flatulencias. Nuevos eran los numerosos edificios altos y pálidos, y menos recientes, un sinfín de inmuebles de colores pastel, rosa, ocre, amarillo, malva. Normal también que todo semejara nuevo y con razón, pues la US Air Force había aniquilado la ciudad con napalm y bombas incendiarias y sísmicas a razón de miles de litros y miles de toneladas en el invierno de 1950, no hace tanto tiempo. Ahora, todo aquello carecía de exotismo, el ambiente era plácido y el cielo estaba despejado.

El Yanggakdo, establecimiento de alta gama, había sido construido sobre una isla del río Taedong, en el corazón de la capital, situación que simplificaba la prohibición de salir de él una vez anochecido. De cincuenta pisos de altura de los que sólo los seis últimos parecían en servicio, contaba con mil habitaciones, y entre los pulsadores de sus diez ascensores —al pie de los cuales la espera podía resultar larga y aun incierta— no figuraba la cifra 5, si bien desde el exterior podía observarse que sí que existía una quinta planta. Aparte de eso, los pasillos vacíos eran inmensos, las asistentas bastante guapas.

A Jean-Pierre y a Christian les habían reservado dos habitaciones contiguas en la planta 45. Espaciosas y mal iluminadas, las bombillas, que no rebasaban las dos decenas de vatios, no ayudaban a distinguir el estilo del mobiliario, confusamente levitano-brezhneviano. Su pasablemente guapa camarera de planta les informó enseguida de que, en los cuartos de baño, correría un agua más o menos caliente durante un rato a eso de las 18.30, y al día siguiente hacia las 6.30 durante otro. Las ventanas de esas habitaciones daban al río, separado del hotel por estrechas bandas en pendiente de jardines anejos a una obra.

Tras depositar las maletas, bajaron a dar una vuelta por la planta baja. El hotel disponía de varios restaurantes pero sólo uno estaba abierto, un amplio comedor cúbico y vacío donde ingirieron, bañadas en aceite, dos o tres sustancias indefinidas que no trataron de identificar: nada del otro mundo, desde luego, pero tampoco peor de lo que se temían. Junto a un bar decorado con acuarios con tortugas y rémoras, un sastre proponía confeccionar en cinco minutos y a módico precio chándales y saharianas modelo Kim Jong-il y chaquetas oscuras a lo Sun Yat-sen. Se bebieron una cerveza Teadonggang en el bar y echaron una ojeada a las salas de juego —amplias salas de bolos, billar y *ping-pong* iluminadas con tenues fluorescentes— y, antes de anoecer, subieron a sus habitaciones, donde, a falta de televisores, miraron por la ventana: diseminados en los jardines empinados, hombres y mujeres parecían seguir desherbándolos, a no ser que dicha actividad tuviera un objetivo botánico o nutritivo.

Les habían avisado de que cortarían la luz a las diez, lo que no impidió que enfrente del hotel se siguiera trabajando en la obra hasta tarde. El ruido se alzaba hasta las últimas plantas del hotel, superpuesto a una música marcial y a eslóganes de propaganda difundidos por gran número de camiones provistos de cuádruples altavoces que vociferaron hasta la medianoche.

En lo que respecta a Constance y a la residencia adonde debía conducirla el comandante Bakh, las cosas cobraban un viso muy distinto. Situada en Munsu-Dong, uno de los más suntuosos barrios de la capital, y rodeada de un cuidadísimo parque, aquella opulenta villa no se distinguía en nada de las opulentas villas europeas o americanas donde mora, aquí y allá, en los países muy ricos, la gente muy rica en sus guetos privados. Protegida de las miradas por telones de sauces llorones, su arquitectura no presentaba el menor indicio asiático —techo en pagoda, leones de piedra o tejas barnizadas, qué sé yo—, y el crujido que produjeron los neumáticos blancos del Junma en una gravilla igualmente blanca, cuando frenó ante el porche rematado por una majestuosa marquesina, era el mismo que en todo el mundo entre Palm Beach y Mónaco.

Hubieron de detenerse varias veces para acceder a aquella mansión aislada del resto de la ciudad por zigzags, alambradas de espinos y tres puestos sucesivos, reforzados con sacos de arena y custodiados por impávidos militares en garitas. Incliniéndose perpendicularmente al acercarse la limusina, éstos abrían las barreras en cuanto el comandante Bakh, bajando el cristal, les dejaba entrever un distintivo entre dos dedos enguantados.

El comandante, sentado detrás junto a Constance, permaneció en silencio durante todo el trayecto. Luego, cuando el chófer apagó el motor, indicó: Aquí podrá descansar, es una residencia de invierno del camarada Gang Un-ok, y Constance, recordando el nombre mencionado por el general, comprendió que había alcanzado su objetivo. Un criado acudió a abrirle la portezuela, otro cargó con su equipaje, y un tercero, tras ascender por tres amplios escalones de cerámica barnizada, le abrió de par en par la puerta de doble batiente de la villa. En el vestíbulo de mármol, iluminado por vastas vidrieras y de donde arrancaban dos escaleras simétricas, se erguía una escuadra de personal ataviado con impecables uniformes de gran hotel. Perfectamente alineados, al principio se inclinaron con unánime reverencia y luego fueron haciéndolo uno tras otro: versiones populares y democráticas de intendente, mayordomo, doncellas, lavanderas, cocineros, jardineros, empleados varios y demás criados. Aparentemente felices, mejor que bien alimentados, todos ellos exhibían la misma sonrisa encantada. El comandante dejó a Constance en manos del intendente, articulando tres sílabas lacónicas, se inclinó a su vez ante la joven y se eclipsó. Ya sola con el personal, Constance oyó decrecer y apagarse el suave zumbido de la limusina.

Una vez que el intendente, acompañado de un criado encargado de su maleta, la condujo a su habitación y se cercioró de que no le faltaba nada, tras proponerle hacerle traer té o refrescos, Constance se encontró sola y la invadió la misma impresión: sucedía, una vez más como en las casas de nuestros ricos, todo lujosamente decorado y amueblado pero de modo impersonal y, sobre todo, sin que



nada indicara que se encontraba en Asia salvo dos antigüedades, un joven pato de celadón sobre la cómoda y un sello de la dinastía Joseon en un zócalo junto a la ventana. A la derecha de ésta se hallaba un colosal televisor Samsung que Constance encendió sin esperanza, pero observando con sorpresa la multiplicidad de cadenas disponibles: chinas, japonesas, australianas e incluso CNN, BBC World y hasta TV5 Monde, aun cuando se suponía que éstas transmitían la imagen y la voz del mal.

Pero no se entretuvo con ello. Bajó a dar una vuelta por el parque, aparentemente sola pero imaginándose, sin duda con razón, vigilada desde más o menos lejos por una decena de pares de ojos. Dicho parque, protegido de todos los demás ojos por las hileras de sauces, estaba poblado de cedros, tuyas, tiemblos, alerces y abedules, entre los cuales se extendían macizos y parterres de hibiscos, azaleas, jacintos, con soberbios cultivos híbridos de gerberas pero sobre todo, presentes por doquier, una sorprendente proporción de begonias tuberosas, escarlatas y orquídeas malvas. Tras dar ese paseo, Constance regresó a su habitación.

De vuelta unas horas después, el comandante se presentó con un ramito de otras flores que le tendió, metidas en una caja de papel de celofán internacional. Oh, sonrió Constance, son para mí. Muy amable, añadió comenzando a desempaquetarlas, buscando ya un jarrón con la mirada, pero el comandante atajó su gesto. Bueno, manifestó con aire incómodo, son para usted pero no del todo. Antes tenemos que hacer una cosa. Montaron en el Junma.

Al atravesar algunos barrios de la capital, sorprendía ver a jóvenes jugando al baloncesto en campos bien acondicionados, a niños surcar las aceras en Rollerblade o en skateboard, a mujeres jóvenes o menos jóvenes no peor vestidas que en Seúl, con ropa no menos a la moda que en las megalópolis occidentales, era interesante, como para preguntarse si todo aquello no era una puesta en escena, pero no había modo, por supuesto, de consultárselo al comandante Bakh, quien rompió el silencio para dirigirle dos palabras al chófer mientras la limusina ascendía hacia la colina Mansu, en lo alto de la ciudad.

Desde bastante lejos, al salir de una curva, Constance comenzó a divisar las dos estatuas monumentales: uno al lado del otro y de unos veinte metros de altura, los antiguos dirigentes padre e hijo aparecían reproducidos en bronce dorado. Cubierto con un largo abrigo, el generalísimo Kim Il-sung, particularmente calificado de Sol de la nación, Héroe del trabajo, Profesor de la humanidad entera y líder eterno, tendía el brazo derecho hacia el futuro radiante, el pasado magnífico, el camino a seguir o las tres cosas a la par, como no fuera que estuviese parando un autobús. A su izquierda, vestido con un anorak abierto y una mano posada en la cadera, el mariscal Kim Jong-il, comandante supremo del ejército popular y secretario general del Partido del Trabajo, quien respondía a su vez a los calificativos de Genio de la revolución, Cerebro perfecto, Estrella polar y Amado líder, sonreía orgulloso del resultado obtenido.

A los pies de ambos gigantes, mantenida a cierta distancia por una guardia

armada, una multitud aguardaba para avanzar en filas regulares y transportar ramos o composiciones florales antes de prosternarse, siempre en ángulo recto, ante aquellos seres de excepción. Lleva las flores, ¿no?, se inquietó el comandante. Pero no iremos a, se inquietó Constance a su vez. No puedo hacer nada, dijo el comandante, es de rigor. Observe, indicó ufano acompañándola a la fila más próxima en formación, que las estatuas de nuestros dirigentes han experimentado mejoras hace algún tiempo, se han cambiado algunos detalles. El líder eterno ahora nos sonrío, y le hemos vuelto a poner las gafas para que nos vea mejor. En cuanto al Amado líder, antes llevaba una chaqueta hasta media altura que no era nada adecuada. La hemos sustituido por ese anorak más conforme a sus costumbres, mucho mejor, ¿no? Constance no se permitió contradecirle al tiempo que se sumaba a la fila para doblarse en dos con todo el mundo, después de depositar su ramito sobre el grueso montón ya existente y retroceder tres pasos.

La multitud que la rodeaba no iba tan bien vestida como en los barrios que habían atravesado. Si bien algunas mujeres lucían una vaga indumentaria tradicional — chaqueta corta y pantalón bombacho—, la mayoría llevaba, como los hombres, el mismo tipo de cazadoras o de chaquetas de vinalón, fibra sintética inventada allí dos años después del nailon y que, rígida, reluciente, incómoda y con tendencia a encogerse, no ofrece ninguna ventaja salvo que se obtiene a partir de caliza y antracita, y los importantes recursos nacionales de ese mineral facilitan su producción intensiva. Cuando Constance se extrañó ante el comandante de que todos los hombres estuvieran peinados más o menos del mismo modo, éste contestó que en efecto no se les permitía llevar el pelo a más de cinco centímetros de largo —siete a partir de los cincuenta años para quienes comenzaban a perderlo— y debían cortárselo cada quince días, ya que, como es sabido, el pelo largo debilita la energía del cerebro.

Tras dicha ceremonia, retornaron a la limusina para volver a la residencia, teniendo que identificarse de nuevo en cada puesto de control. Una vez que los salvaron todos, y tras atravesar la hilera de sauces, Constance divisó otro largo automóvil en todo punto idéntico con una insignia más o menos, vacío y aparcado ante el edificio. Ah, exclamó el comandante Bakh abriendo la portezuela a Constance, creo que ha llegado el camarada Gang. Mientras atravesaban el parque hacia la mansión, la joven creyó hacer bien despachándose con un cumplido sobre la variedad de sus flores. Esas begonias, precisó señalando los tapices escarlatas y violetas, todas esas orquídeas, son un auténtico logro. Sí, pero creo que se equivoca de nombres, contestó el comandante con voz displicente, las malvas son kimilsungias, las rojas kimjongilias. Las demás no lo sé muy bien. Mi formación es fundamentalmente militar, claro.

En el vestíbulo, se alejó hacia lo que parecían ser oficinas, en la planta baja, mientras dos camareros escoltaban a Constance hasta su habitación en la primera planta. No había nada cambiado excepto que en esta ocasión, como en los grandes hoteles occidentales, la esperaban en una mesa baja un nuevo ramo —de

kimilsungias, al parecer—, una cesta de arándanos provenientes, según se precisaba, del monte Paektu, paraje legendario y lugar de nacimiento oficial del líder en ejercicio, así como un sobre a su nombre con una tarjeta de invitación para el día siguiente, aunque sin mención de hora ni dirección. Y, aparte de eso, nada que hacer salvo esperar. Una hora de CNN, a falta de cosa mejor, hasta que llamaron a la puerta y apareció Gang Un-ok.

Sin querer ofender a nadie, Gang Un-ok poseía una belleza inhabitual para el país, rasgos regulares, rostro más ovalado que redondo, mirada profunda, labios lascivos y toda la pesca, incluso su corte de pelo, ligeramente revuelto, se distinguía de las normas en vigor. No es que los demás nativos que Constance divisaba a través de los cristales tintados de la limusina fueran feos, pero no había visto ninguno especialmente seductor. Dadas las ya citadas carencias alimentarias del país, se habían quedado de baja estatura y de constitución endeble hereditarias, mientras que el dignatario Gang era alto y atlético, ambas cosas resaltadas por su traje de paisano claramente muy estudiado. El distintivo obligatorio de los ascendientes parecía incluso más discreto que en el tórax de los demás. Un tipo realmente guapo, vaya, por qué no decirlo. Constance sintió inmediatamente algo, sí, algo cuando lo vio.

Y Gang también, por lo visto, pues seguramente para él no era poca cosa conocer a la intérprete original de **너무 해**, hasta el punto de que hubo de contenerse para no pedirle al momento un autógrafo, bueno, más adelante. Entretanto, una vez que la invitó a cenar, partieron en su largo automóvil con insignias. Mientras atravesaban otros barrios de la ciudad, fue indicando a Constance sus principales monumentos, como ya lo había hecho el comandante Bakh pero de modo más elegante, más distante y más divertido, salpicando sus descripciones con anécdotas delicadamente formuladas, ya que Gang Un-ok, habida cuenta de su educación bilingüe en Suiza, se expresaba en un francés perfecto, lo cual nos viene de perlas porque nos evita la presencia de intérpretes, engorrosos personajes secundarios, por no decir molestos testigos con los que no sabríamos qué hacer después.

Una vez en la avenida Ghangguang, el coche estacionó ante un hotel de lujo y de grandes dimensiones, establecimiento reservado a oficiales, delegaciones, diplomáticos y hombres de negocios extranjeros. Primero pasaron un buen rato en uno de los bares, se soplaron dos o tres *dry martinis* para calentar el ambiente, no sin la idea en la cabeza de Gang de hacerle dar vueltas a la de Constance, ya tocada por el desfase horario, antes de subir al restaurante de la última planta, que también daba vueltas sobre sí mismo multiplicando así el fenómeno. Se gozaba desde allí de una vista panorámica de la capital, única en beneficiarse de alumbrado nocturno y en términos generales de electricidad, pues el resto del país se halla sumido en la oscuridad, a tal punto que de noche, desde las estaciones espaciales es invisible, no parece existir entre China y Corea del Sur, y un cosmonauta de escasa formación geográfica puede tomarlo por una vía marítima que une el mar Amarillo con el mar de Japón.

Lejos de las provincias donde la gente se muere de hambre a oscuras, bajo una luz velada a un son de *easy listening* en sordina, una delicada cena compuesta de hojas de algas con soja seguidas de una cazuela de tortuga de agua dulce y de un gallo relleno de castañas, azufaifas y raíces de ginseng, regada de grandes caldos de importación igual de finos, rematada con aguardiente de cebada de 65° aromatizado con rosa, el asunto según los cálculos tenía que estar en el bote.

Y en efecto, como bajo aquellos climas las cosas pueden culminar rápidamente, como tampoco es cosa de andarse por las ramas, fue así como en la habitación 9104 de aquel establecimiento, el dignatario Gang Un-ok no tuvo que esforzarse en poseer a Constance, de casada Coste, de soltera Thoraval, pero sobre todo, desde el punto de vista de *starfucker* que era en aquel instante el del dignatario, fugitivamente célebre en los buenos tiempos bajo el nombre de So Thalasso.

Ya está, exclamó el general, hemos establecido contacto. ¿Está seguro?, preguntó Objat. Quiero decir, explicó el general haciendo crujir un Panter Vanilla junto a su oído, que Gang se ha beneficiado a la chica hace menos de veinticuatro horas y que es un buen comienzo. ¿Y eso cómo lo sabe?, inquirió Objat. No es complicado, se pavoneó el otro, los americanos han instalado estaciones de escucha en Mongolia, controlan cuanto les da la gana por esos pagos. Me llevo bien con ellos, intercambiamos información reservada, funciona mucho mejor que con los chinos, por ejemplo. Está también el MI6, que tiene allí una pequeña antena, pero los ingleses nunca encuentran gran cosa, son mejores los americanos. Miraba ahora el purito con ambivalencia, Objat se abstuvo de hacer comentarios, permaneció junto a la ventana: en ese momento se veía caer desde allí una tromba incesante que transformaba el patio del cuartel en un lago.

Las cosas están funcionando, prosiguió el general, pero me tienen un poco preocupado esos dos elementos, sus dos fulanos. A pesar de la formación que han recibido, el informe del cursillo no es muy positivo. Me dicen —gesticulaba mientras repasaba el informe— que tienen muy buena voluntad pero escasa vocación. Resultados mediocres. Falta de atención, poca presencia de ánimo, ninguna iniciativa. En una palabra, bastante inútiles. ¿No conoce a nadie más? Alguien más radical, ya sabe, más aguerrido. Creo que tengo una idea, reflexionó Objat.

Y al mismo tiempo: Tengo una idea, anunciaba también Lucile. ¿Y si invitamos a Nadine y a Louis una noche de éstas?, anunciaba Lucile. Las invitaciones se devuelven, ¿no? Desde luego que no, masculló Lessertisseur. ¿Te das cuenta de lo asqueroso que es esto y lo elegante que es aquella casa? No, sería humillante, ¿qué papel haría yo? E imagínate que se planta aquí el majara aquel con su pipa y su perro como el otro día.

En ese mismo instante, decididamente fecundo en reflexiones, el majara aquel y sus posibles extorsiones llevaban de cabeza a Lou Tausk. Al igual que Objat, observaba la lluvia redoblada y cuadruplicada en la rue Claude-Pouillet. Pensó en poner la radio, recordó que estaba averiada y quiso pedir consejo a Nadine Alcover, pero recordó que había salido, como hacía cada vez con más frecuencia. Se le pasó por la cabeza consultarlo con alguna otra persona, así que se dirigió al teléfono y lo cogió atrapando un Pall Mall del escritorio, encendiéndolo y dudando un momento antes de marcar el número de Hubert.

Pero lo hizo. La voz de una nueva secretaria le rogó que esperase un instante y, como de costumbre, Hubert descolgó primero con frialdad para luego relajarse y sucumbir a su manía de hacer observaciones: Oye, tienes una voz muy rara, ¿te has resfriado o qué? Te diré, con este tiempo. Podrías probar las gárgaras con agrimonia, suelo hacerlo antes de los juicios, y funciona. También tienes la homeopatía, que no está mal. Lo pensaré, prometió Tausk, pero ¿podría pasar a verte? Pasa, suspiró

Hubert, pasa, pasa.

Impermeable y paraguas, Tausk caminó hasta la estación de metro Villiers. Buscando en su bolsillo otro Pall Mall, ahuecó la mano sobre él para protegerlo de la lluvia, pero comprobó en el otro bolsillo que se había olvidado el mechero. En la entrada del metro, un mendigo le pidió un cigarrillo, y distraídamente, en vez de acceder a su petición, Tausk le pidió fuego. Hombre, eso no se hace. Es de esas cosas que no se hacen. Qué falta total de delicadeza. Aun así el mendigo se hurgó largo rato en el bolsillo, mientras Tausk se impacientaba: Claro, creyó incluso conveniente bromear, demasiados bolsillos en invierno y pocos en verano. Tras tenderle el menesteroso una caja, encendió el cigarrillo, devolvió la caja sin dar las gracias, aspiró dos o tres caladas mientras bajaba la escalera y, recordando que no se fuma en el metro, tiró el Pall Mall empapado, sobre el que se arrojó el mendigo.

En Neuilly, la nueva secretaria de Hubert, que le pidió que esperase, no tenía nada que ver físicamente con Nadine Alcover: rostro escarpado en escalera empinada, lastrado por un grueso moño para mantenerlo en equilibrio, y Tausk, por decir algo, la felicitó por su color. Usted cree, se agitó desvelando largos dientes marfileños, muy amable porque yo antes era morena natural, sabe, y luego me pasé al rubio. Hizo bien, la animó Tausk. No irás a ligar también con ésta, exclamó groseramente Hubert apareciendo en la puerta de su despacho, sígueme. ¿Qué puedo hacer por ti?

Media hora después, Tausk salió del despacho de Hubert sin haber sacado nada en limpio —tú a verlas venir, tranquilo, le aconsejó una vez más el abogado—. Saludó a la nueva secretaria al marcharse, frente a la cual aguardaba sentado en una butaca un hombre de facciones herméticas, cartera cerrada sobre las rodillas, flanqueado de un guardaespaldas de pie y de aspecto poco afable. Ya fuera, como no había amainado la lluvia, corrió hacia una parada de taxis donde, no siendo el único en buscar coche con semejante tiempo, tuvo que sumarse a la cola de espera que serpenteaba entre rampas metálicas dispuestas en forma de clip. Cuando le llegó la vez de acceder a un taxi, un Dacia aún en servicio, Tausk indicó las señas y el taxista dejó pasar un tiempo. Mejor cogemos por el interior, sugirió, porque el cinturón me parece muy saturado, y Tausk no vio que se abstenía de poner en marcha el contador. Luego, la mirada del taxista, clavada en él en el retrovisor, le recordó la de alguien, pero quién, imposible recordarlo: como el doble palidecido de alguien, parecido pero desvaído, como un viejo fax que se encuentra uno pasados muchos años, como el original que se ha olvidado uno en la fotocopidora. Tausk hubo de hacer un violento esfuerzo, píxel por píxel, para rememorar aquella cara.

Los limpiaparabrisas, durante ese ejercicio, no dejaron de rechinar bajo la lluvia percutiva, y fue cerca de la porte des Ternes cuando Tausk creyó reconocer por fin la mirada. ¿Es usted, Hyacinthe?, se aventuró muy despacio. Sí, contestó Hyacinthe con voz apagada, sin sorprenderse ni volverse, soy yo. He cambiado de trabajo, ya ve, he dejado el metro. Silencio. Que Tausk no se atrevió a turbar. Me mató aquella historia, prosiguió Hyacinthe enfilando el *boulevard* Péreire. Después de suicidarse aquel tío,

no me atreví a conducir un metro. Nunca más. Nuevo silencio. Que Tausk siguió respetando.

Le diré que lo intenté, comenzó a explicar Hyacinthe a partir de la place du Maréchal-Juin, no dormía, no podía dejar de pensar en aquello. Evitaba cerrar los ojos para no volver a verlo. Si por ejemplo iba a ducharme, tenía que cerrarlos forzosamente para que no se me metiera el agua, pero enseguida desfilaba otra vez la película. Veía la mirada del tipo tumbado en la vía esperando que mi tren le pasase por encima, estaba conmocionado, vamos. Estuve parado una semana, accidente de trabajo, luego intenté volver, pero no, no pude volver a meterme en una cabina. No podía ya conducir un tren, o sea que me dediqué al taxi, aunque siguiera siendo un transporte público. La licencia vale un riñón pero bueno. ¿Y a usted cómo le va? Hombre, fue lo único que se le ocurrió a Tausk. Tercer silencio. Que Hyacinthe rompió.

¿No tiene nada que arreglar, últimamente?, le sugirió, ¿algún trabajillo en casa? Puedo seguir pasando como antes, si quiere. Los martes tengo tiempo, así pensaría en otra cosa. Hombre, repitió Tausk, no se me ocurre. Ah, sí, creo que algo le pasa a mi cadena. Todo lo referente a radio, CD, todo eso, ¿podrá echar un vistazo? Claro, dijo Hyacinthe. La alta fidelidad es lo mío. Pero creo que hemos llegado a su casa. Gracias, le dijo Tausk, ¿qué le debo? Déjelo, contestó Hyacinthe, pero tenga mi tarjeta.

Y no en el mismo instante, sino nada más arrancar este capítulo: Sí, declaró Objat, creo que se va precisando mi idea. Le dejo, mi general, veré qué puedo hacer. Haga usted, haga, le animó el oficial desmenuzando su purito con gesto altanero. Objat salió del despacho, recorrió el pasillo y empujó la puerta de un despacho vacío, donde descolgó el teléfono y marcó un número. Se sucedieron dos o tres tonos y alguien descolgó en el otro extremo. ¿Oiga?, dijo Objat. Le escucho, contestó Pognel mientras acariciaba a Faust.

El que Jean-Pierre y Christian dieran muestra en efecto de escasas iniciativas, como sospechaba de ellos el general basándose en el informe del cursillo, obedecía también a que su margen de maniobra era exiguo. Recluidos en su hotel, reducidos al estado de simples turistas, no les dejaban hacer aquello para lo que en principio se les había contratado: guardar las espaldas de Constance. Sus sugerencias, peticiones e insinuaciones al respecto tan sólo recibieron respuestas dilatorias por parte de sus guías.

No salían del Yanggakdo sino estrechamente acompañados por ellos, de personalidades opuestas. Yun Sam-yong, austero y reservado, se pasaba el tiempo tomando notas entre dos cabezadas en el coche mientras recorrían la capital sobre la cual Im Chin-sun, intérprete no menos sonriente que frontal, se deshacía en rutilantes alabanzas robóticas. Daba la impresión de que el papel de uno residiera mayormente en vigilar a la otra, aunque pudiese ser a la inversa. Ostentando una excesiva amistad mutua, los guías, en efecto, se miraban el uno al otro como miraban a sus invitados, velando por encima de todo para que no mantuvieran el menor contacto con el menor transeúnte.

Recorrido turístico, así pues: tras tener que prosternarse, como Constance y como todo el mundo, ante las estatuas gigantes, los llevaron a extasiarse ante todos los monumentos posibles. La plaza Kim Il-sung, el arco de triunfo de Kim Il-sung y el mausoleo Kim Il-sung, primero. Luego el Palacio de Estudio del Pueblo, el Palacio de los Escolares y el Museo de la Guerra de Liberación —no sin una pequeña visita al *USS Pueblo*, barco-espía americano capturado en enero de 1968 y amarrado a la orilla derecha del río Taedong—, para culminar la mañana en el Instituto de Bordado, donde Im Chin-sun incitó a Jean-Pierre y a Christian a comprar unos recuerdos a altos precios —en euros, en dólares, a elección— para sus mujeres. No tenemos mujeres, escurrieron el bulto, empezando a cansarse.

Por la tarde, los hicieron bajar al metro para admirar su arquitectura monumental y pulida, todo bronces, mármoles, arañas y columnatas, retratos polícromos de los líderes y amplios frescos murales. El material rodante era fundamentalmente de construcción china, si bien divisaron, circulando fugazmente mientras Yun intentaba taparlo, un viejo tren de origen germano-oriental aún constelado de grafitis de época, no renovado ni ajustado a las normas. Ese recorrido metropolitano se redujo no obstante a las dos últimas paradas de la línea 1, entre Puhung y Yonggwang: Jean-Pierre y Christian lo efectuaron acompañados por sus guías, por supuesto, pero también por un puñado de autóctonos, supuestos viajeros pero demasiado bien vestidos, quizá, para no ser figurantes. Aquellas estaciones, sin duda las más atractivas, eran las únicas que se mostraban a los visitantes, dejando abierta la puerta a la hipótesis de que no hubiera más. Otra conjetura era la de una red paralela y reservada al gobierno inspirada por las líneas secretas del metro de Moscú.



Como colofón para rematar la mañana, los llevaron a contemplar la torre Juche, palabra que designa la ideología local, menos asentada en un marxismo-leninismo ortodoxo y bien razonado que en los principios de independencia política, de autosuficiencia económica y de autonomía militar. Una torre de ciento cincuenta metros de altura, desde lo alto de la cual, cogiendo un ascensor rápido, opcional y de pago —euros o dólares, como siempre—, se disfrutaba de una vista despejada sobre la capital. Tras eso regresaron al hotel, no sin que Im y Yun prometieran otras cimas —en especial el ascenso del Paektu, del Songak, del Kungang— y maravillas para días venideros.

Sin embargo, Jean-Pierre y Christian se sentían saturados, muertos de cansancio y especialmente frustrados por no haber podido descifrar los eslóganes omnipresentes, exhibidos por doquier en banderolas, carteles o paneles gigantes y que, rematados invariablemente por un punto de exclamación, debían de exhortar a las masas a loar a sus dirigentes, celebrar la labor del Partido, vilipendiar a esos maricones de imperialistas americanos, así como a los mariquitas fantoches instalados en el poder, en el Sur, por dichos maricones, y alentar a seguir ciegamente los principios fundamentales del juche entre un sinnúmero de otros excelentes consejos.

Era Christian, sobre todo, quien apenas aguantaba de pie al final de los recorridos. Jean-Pierre tuvo que obligarlo, al caer la noche, a bajar a cenar al restaurante del hotel, donde, especialidad local, se encontraron ante unos tallarines de fécula de patata dulce bañados en caldo frío de buey. Tras tomarse dos cervezas, ni siquiera se vieron con fuerzas para salir a tomar el aire, cosa prohibida en cualquier caso. Luego, al subir a su habitación, les sería tanto más fácil dormir cuanto que a las diez cortarían la luz. Jean-Pierre lo logró fácilmente, aunque no tardó en despertarlo Christian, quien, al cabo de una hora, fue a llamar a su puerta quejándose de indisposición gástrica: ¿No tendrás un Digidryl o algo parecido, por casualidad? Los tallarines aún, pero ese caldo de buey creo que no me ha sentado nada bien.

En la residencia desde luego no cortaban la luz, allí estaba iluminado incluso el jardín. Como Gang Un-ok había andado ocupado todo el día y hasta la noche con reuniones de ejecutivos, Constance pasó el día paseando por la ciudad acompañada de sus propias guías, dos mujeres más afables y divertidas que Im y Yun. La gente tampoco parecía tan descontenta por la calle. Al disfrutar Pyongyang de un estatuto de ciudad privilegiada, separada de la provincia por numerosos puntos de control, sus habitantes habían sido cuidadosamente escogidos según el grado de lealtad al régimen dinástico.

Al caer la noche, cenó sola en la habitación, donde tras tomar una comida ligera —*mousse* de guisantes plumosa con pulpa de pomelo— encendió el receptor y zapeó hasta dar con TV5 Monde: Nuestro invitado de esta noche es Pierre Michon, cuyas apariciones son infrecuentes como es sabido, y por ello le agradezco encarecidamente, Pierre Michon, que haya aceptado mi invitación. Por favor, sonreía Michon. Y en primer lugar, Pierre Michon, una pregunta que me parece fundamental

respecto a su obra: el estilo, quiero decir ese arte tan singular y tan suyo, ¿suscita la palabra o es su consecuencia? No sé si entiende lo que le quiero decir. Claro, claro, meditó Michon tras un largo silencio, pero tal vez sea un poco más complicado. No es tan binario, sabe. Iba a seguir hablando cuando se abrió la puerta de la habitación y apareció Gang Un-ok sin avisar: Constance pulsó la tecla de *stop* del mando.

Gang, sin más prolegómenos, se arrojó sobre ella, lo que nos llevó ya un buen rato. Y, una vez que recobraron el aliento, propuso ir a dar una vuelta por los clubs nocturnos. Tras esa vuelta, Constance observó que en los barrios elegantes de Pyongyang los clubs nocturnos eran en todo punto iguales que los demás clubs del planeta. Grandes cochazos europeos, nuevos y relucientes, a veces descapotables, aparcaban ante la entrada traspasada la cual se desplegaba un espacio gigante: un público denso, joven pero no sólo, bailaba, gritaba mucho, hacía gilipolleces, cantaba en karaoke ante pantallas gigantes con música de fondo, ligaba con las guapas azafatas, se pulía sin pararse a contar sus divisas extranjeras y bebía de lo lindo. Gang, a ese respecto, no les iba a la zaga, y Constance vio que empezaba a hablar por los codos. A veces no puedo más con esas reuniones, tuvo que gritar para que ella lo oyera, y Constance comenzó a aguzar el oído: como había previsto Bourgeaud, de un momento a otro podían aflorar unas confidencias internacionalmente inestimables.

De vuelta en la residencia al rayar el alba, tras ver que el apparatchik se golpeaba contra las paredes de los pasillos camino de la habitación, Constance creyó llegado el momento de aprovechar la ocasión mientras se desnudaban: ¿Y qué era esa reunión? Sentado en el borde de la cama, quitándose los zapatos sin soltarse los cordones, empujando el sector talón con el sector dedos del otro pie: Rutina, resumió Gang, comisión militar del Partido del Trabajo. Tengo que ir una vez al mes, es obligatorio pero agotador. ¿Y erais muchos?, inquirió Constance con un bostezo. Deja que lo piense, dijo Gang quitándose los calcetines al revés, pues teníamos al director del Buró político general del ejército popular, el jefe de estado mayor del ejército, el jefe de defensa, el comandante del ejército del aire, el ministro de Seguridad del Estado, el director financiero del Partido del Trabajo, ¿y quién más? Ah, sí, tres directores adjuntos del Partido. Y yo. O sea que, como ves, bastante gente. ¿Y estaba tu presidente?, sugirió Constance, desabrochándose el sujetador. Claro, sonrió Gang peleando con los botones de su camisa, Kim estaba presente. A las reuniones de ese nivel acude siempre. Pero ¿de qué habláis en ese tipo de reuniones?, preguntó Constance con despego. ¿Por qué, Gang dejó de sonreír, te interesa? Por nada, exclamó Constance saltándole al cuello, sólo era por oír tu voz.

Son ahora las cinco de la mañana. Está despuntando el día sobre Pyongyang. Las iluminaciones nocturnas, instauradas hace poco tiempo, se han apagado con excepción de la eterna llama roja que remata la torre Juche. Han follado y se han adormilado, dormido, Gang Un-ok ha empezado a roncar enseguida y Constance poco después.

Jean-Pierre duerme también cuando llaman brutalmente a su puerta: Christian lo

espera en el pasillo, está lívido, se aprieta el abdomen, en pijama de rayas, y Jean-Pierre observa que lo lleva mal abrochado. ¿Pero sabes qué hora es?, protesta. Calla, le intima Christian, que es una urgencia. ¿No tendrás Diaretyl o algo parecido? Creo que no estoy nada bien. No es nada, diagnostica Jean-Pierre, es la típica diarrea de turista, tío. No soy tu tío, se pone a gritar Christian, y enséñame tus medicinas. Inmediatamente.

De acuerdo, condesciende Pognel, pero con una condición. Quiero poner mis condiciones.

No hay condiciones, recalca Objat. Usted no pone nada.

Están sentados en un banco, a sesenta centímetros el uno del otro. Hablan en voz baja, sin mover demasiado los labios ni mirarse como suele hacerse en las citas de espías. Los contados paseantes no pueden imaginar que conversen, pues no dan la impresión de conocerse sino de estar al lado por casualidad, cansancio u ocio, deseo de observar tres cisnes chapoteando en la superficie del lago: masa de agua que rodea una isla igualmente artificial, en forma de pan de azúcar medio fundido, cubierto con una rotunda períptera inspirada en el templo de Vesta de Tívoli. El propio Faust, que vigila las palomas de alrededor del banco —preguntándose si el último análisis físico-químico sigue declarándolas comestibles—, no parece tener nada que ver con esos hombres como si, obedeciendo sus instrucciones, tampoco los conociera.

Final de mañana, mitad de semana, cielo gris hierro, 6 °C, el parque está casi desierto. Aun siendo el más rico de París en variedades de especies, todas parecen artificiales y todo allí es falso: ese lago, su isla con sus rocallas, su gruta adornada con estalactitas de cemento armado. A la derecha de Pognel y de Objat se adivinan los rastros de un quiosco de música fantasma. A la izquierda, un puente compuesto de un solo arco de medio punto domina el lago. Al fondo, hacia el noroeste, se esbozan borrosamente los altos edificios que bordean el canal del Ourcq.

Por supuesto que pongo mis condiciones, prosigue Pognel. No tiene usted la menor autoridad sobre mí. He pasado mi tiempo en la cárcel, he pagado y no le debo ya nada a nadie. Ah, vaya, se sorprende Objat, ¿y la peluquera? Silencio glacial de Pognel: la temperatura baja tres grados de golpe. Las pruebas son aplastantes en lo que se refiere a la peluquera, observa Objat. Ese ADN suyo en la puerta, hasta a mí que no soy experto en esas cosas se me habría ocurrido limpiar el pomo. Más lo de la bañera, francamente, un estudiante de primer año en la policía científica lo habría visto en un abrir y cerrar de ojos.

Un sudor, congelado, brota pues a duras penas en la frente de Pognel, que intenta musitar farfullando las palabras prudencia y precauciones. Déjelo, aconseja Objat, en cuestión de homicidios es usted un principiante. Pero le reconozco cualidades, se ha desenvuelto bien en lo del secuestro de la chica, hizo lo que yo le pedía. Por eso quería verlo, quiero proponerle otra cosa. Pognel se encoge. Objat lo tranquiliza: Pero sigue siendo la misma chica, terreno conocido, sin complicaciones. Y no puede negarme nada. De momento bloqueo el asunto de la peluquera pero puedo sacarlo a la luz así: chasquido de dedos. En fin, perdone que me exprese de este modo, pero creo que lo tengo cogido por los cojones. Bueno, murmura Pognel, usted dirá.

Es sencillo, asegura Objat. Bien, entonces pararé el asunto de la peluquera, haré que suspendan la investigación y no tendrá nada que temer. Por su parte, tendrá que

hacer un viajecito y seguir unas instrucciones. Pero ¿adónde será ese viajecito?, quiere saber Pognel. Lejos, resume Objat. Se lo explicaré a su debido tiempo. Bueno, sólo una cosa, se inquieta Pognel levantándose trabajosamente, ¿podré llevarme a mi perro? Como quiera, concede Objat, pero no respondo de nada. Lo llevaré cueste lo que cueste, se crispa Pognel, lo llevaré a donde sea porque lo quiero.

Creo que no tenemos nada más que decirnos por el momento, concluye Objat alzándose el cuello del abrigo, reunión la semana que viene para las instrucciones. Mismo día, mismo lugar, misma hora. Bueno, repite Pognel antes de silbarle a Faust mientras se sube, por su parte, la cremallera de la cazadora. Entretanto, aprovecharé que estamos en el parque para pasearlo, tengo que hacerlo correr un rato todos los días, sabe usted. Objat lo mira alejarse cojeando y echa a andar hacia el cuartel Mortier, que subiendo por las calles de Crimée y de Belleville sólo queda a cuatro estaciones del parque des Buttes-Chaumont.

Y a poco más de la estación Couronnes, de donde emerge Tausk en ese instante camino de su estudio. Desde hace algún tiempo va cada vez más, e incluso en ocasiones duerme allí. Se ha acostumbrado a ir al Mandarín Pensativo y forzoso es reconocer que lo suyo con Nadine Alcover ha perdido mucho fuelle. Cuando Tausk vuelve a su casa de la rue Claude-Pouillet, o bien Nadine ha salido a dar una vuelta, o bien habla poco salvo por teléfono, con el que puede aislarse durante horas antes de salir a dar otra vuelta. Y Tausk ha acabado preguntándose si no tiene un lío, un amante o algo por el estilo.

Y ése es precisamente el tema de la conversación que mantiene en este momento por teléfono con Lucile: Sí, lo conozco desde hace dos meses, contesta Nadine Alcover. No, es mayor que el otro pero aún está bien, muy atento, muy bien vestido, muy discreto. ¿Y en cuanto a la pasta?, se permite Lucile. Un montón, abrevia Nadine Alcover, por lo visto un montón. ¿Casado?, se alarma Lucile. No lo creo, la tranquiliza Nadine Alcover, me lo imagino viudo. ¿Y a qué se dedica?, se inquieta Lucile. Tampoco lo sé muy bien, soslaya Nadine Alcover, es muy reservado sobre eso. Puede que esté jubilado. A veces me digo que parece un exmilitar pero no del tipo soldadote, sabes, más bien tipo Saint-Cyr Coëtquidan, Cadre noir<sup>[4]</sup> o ese tipo de cosas. ¿Dónde lo conociste?, se interesa Lucile. En un museo, recuerda Nadine Alcover, una tarde, creo que fue en el Jacquemart-André. Nos encontramos los dos ante un cuadro de Caillebotte, ¿te dice algo Caillebotte? Para nada, reconoce Lucile. Da igual, zanja Nadine Alcover, hablamos del cuadro, hablamos de Caillebotte y de la tira de cosas, me invitó a tomar el té, y ya está. Ya veo, sopesa Lucile. Perdona un momento, no cuelgues.

Como se acaba de abrir la puerta de la habitación y ha aparecido Lessertisseur con una cesta, Lucile tapa con una mano el micro del viejo aparato Alcatel de cable y polvoriento, al tiempo que se vuelve. Oye, Maurice, se irrita, ¿no ves que estoy ocupada? Lessertisseur, sin decir palabra, señala interrogativamente la cesta. He pensado comprar brócoli, propone en voz baja, pero ¿con qué puede ir bien? Y yo

qué sé, se exaspera Lucile, compra dos escalopas. Con los brócolis, muy bien, hasta luego. Perdona otra vez, Nadine, susurra, era Maurice, que se va a comprar.

Bueno, ¿y tú qué tal con él?, pregunta Nadine Alcover. Pues un poco como siempre, pero a veces me cansa, Maurice. Malo no es, sabes, le tengo cariño pero menos que antes, me da la impresión. Y, como ya te dije, sexualmente sólo tiene una idea en la cabeza y eso, a veces, la verdad. Son de un egoísmo. Lo sé, comprende Nadine Alcover. Un momento, tengo una llamada en espera, estoy contigo en dos segundos.

Nadine Alcover pulsa una tecla de su Samsung Galaxy Trend: Sí, Georges, qué va, en absoluto, al contrario, me alegro de oírle. Muy bien, a las siete como quedamos. Ah, pues no sé, donde quiera. En la place du Palais-Bourbon, ¿quiere decir ese café grande viniendo de la rue de Bourgogne? Perfecto, al lado mismo de donde Philippe. Pero qué va, hombre, es mi peluquero. Allí estaré. Hasta luego, Georges. Perdona, Lucile, era él, el otro. Bueno, el nuevo.

Los cuatro primeros días de Constance en la residencia pasaron pero se parecieron en gran parte a los de la Creuse y no sin puntos en común. Venía a ser lo mismo estar en Asia que en cualquier punto del mundo.

Pasaba la mayor parte de las mañanas leyendo en el parque, también estirada en una tumbona y aun mejor servida, puestas a su disposición algunas obras francesas — dispares y procedentes de a saber dónde, elegidas por a saber quién— que iban del *Tratado del estilo* al *Tratado de las pasiones*, de Pearl S. Buck a Pierre Daninos, pasando por *Elogiemos ahora a hombres famosos*, *La vida de las abejas* o una vieja edición de bolsillo de *Por siempre Ámbar*, de Kathleen Winsor.

Y por las tardes sus guías la llevaban a dar una vuelta por la ciudad, siempre por los mismos barrios acomodados, donde se desarrollaba discretamente un comercio de lujo reservado a las élites que circulaban en Range Rover Sport V8 o Mercedes cupé. En Pyongyang comenzaba a florecer una economía paralela, se abrían tiendas para una clientela de elegantes de pelo teñido u ondulado, lejos del clásico moño, que vestían de Versace o de Ferragamo igualmente lejos del *hanbok* tradicional. En voz baja, una de las guías dio a entender a Constance que esa estrategia de apertura quizá tenía que ver con la esposa del líder, cuya elegancia y belleza le habían elogiado, aunque no parecía ser un puro elemento decorativo sino también una mujer influyente, buena prueba de ello era que desde su matrimonio hubiera aflorado esa relativa liberalización mercantil.

Mientras esperaba a que se presentase Gang Un-ok, Constance pasaba los anocheceres ante las cadenas de televisión extranjeras, y no se veían hasta la noche, en que comenzaba su verdadero trabajo de informadora en la almohada, y en que recogía todos los datos que soltaba el *apparatchik* sobre las altas esferas del régimen. Al enterarse éstas de la presencia en Pyongyang de la creadora de «Excessif», Constance y Gang fueron invitados el quinto día a una fiesta en uno de los yates privados de la familia Kim, en Wonsan, en la costa oriental. Salieron después de comer: ciento cincuenta kilómetros en limusina por una carretera desierta, recta como un hilo y de estructura autista, sin raquetas ni vías de acceso ni la menor área de descanso: en una hora alcanzaron el embarcadero. Tras lo cual, parque de atracciones flotante dotado de piscinas, de equipamientos de esquí náutico y de *Windsurf*, de múltiples bares y orquestas en todas las cubiertas. El yate contaba con una quincena de *suites* a cual más lujosa, fontanería chapada en oro y maderas preciosas por doquier. Pasaron la tarde en la piscina de arriba.

Al anochecer, antes del banquete, el líder supremo en persona apareció al son de la canción «Du même pas», escrita en su honor por el compositor Ri Jong-o, que suscitó al instante una profunda y unánime reverencia. Rollizo y barrigudo, gruesa cara rubicunda oval homotética con un grueso busto oval —huevo de pata sobre huevo de avestruz sin conexión que los una—, avanzaba con aire obcecado, afectado,

compensando su breve estatura, como su querido líder padre, con espesas calzas sobre las que caminaba balanceando los brazos lejos del cuerpo. Constance se enteraría más adelante de que cultivaba su parecido con su abuelo líder eterno, reproduciendo sus gestos, su andar, sus mímicas, sus trajes y su corte de pelo rasurado en las sienes, esponjado detrás y con la raya en medio. Se murmuraba incluso, pero tantas cosas se murmuran bajo el cielo, que no menos de seis intervenciones quirúrgicas habían acentuado ese mimetismo.

Había acudido con su esposa exanimadora del equipo nacional de atletismo, expopstar muy conocida por sus éxitos «Adoro Pyongyang» y «Somos las tropas del Partido», afable aspecto de muñeca lozana pero apariencia no tan grata con su conjunto de tonos verde espinaca y botella. Acompañaba también al supremo su hermana pequeña, recientemente elevada a la cabeza del departamento de la dirección y de la organización del Comité Central tras haber dirigido el mefítico buró 54 en el Partido del Trabajo, encargado de cosechar divisas extranjeras por cualquier medio. Tegumento diáfano y figura oblonga, vestida con un traje sastre oscuro, la hermana tampoco estaba mal. Constance recordó haberla visto en los carteles de propaganda, cabalgando un semental turkmeno blanco de ojos azules —considerado por algunos el caballo más hermoso del mundo—, pues la familia Kim gustaba siempre de mostrar su afición a la equitación, ya que se suponía que el pueblo la identificaba más o menos conscientemente con una dinastía de centauros.

El supremo, cigarrillos en cadena y scotch doble renovado *ad libitum*, no dejaba de picar lonchas de emmental en las bandejas. Había descubierto ese producto en Suiza y no podía ya privarse de él, pero como estaba bastante descontento de su fabricación local, había mandado recientemente una misión de expertos a Besançon, supuestamente para perfeccionar la formación de éstos en la Escuela Nacional de la Industria Lechera. Sonreía la mayor parte del tiempo, ya que la única alternativa a aquella sonrisa era una mirada monobloc pero mixta en la que se amalgamaban recelo, envidia, cólera, amenaza y enfurruñamiento, como si su expresión facial ignorase cualquier estado intermedio. Saludó detenidamente a Constance con ayuda de su sonrisa n.º 1 antes de lanzar a Gang su mirada n.º 2 y decirle que quería que hablaran aparte un momento. Tras lo cual, volvió hacia ella y le dirigió unas palabras rubricadas con la n.º 1 ampliada, como si se la quisiera ligar a la chita callando, mientras su esposa lanzaba a la joven una breve mirada que traslucía diversos destinos posibles, desde el campo de trabajo a régimen severo hasta el despedazamiento con una ametralladora pesada.

En honor de Constance, hicieron enmudecer a la orquesta para difundir una versión original de «Excessif» copiosamente aplaudida, y a continuación, su versión coreana, **너무 해**, a cuya intérprete, ruborizada y estremecida, le presentaron. Tales estremecimientos puede que obedecieran a la perspectiva de ser enviada al acabar la velada a su campo personal, pues todo artista era considerado de oficio un disidente en potencia, al igual que su familia y allegados, según el principio en vigor de



culpabilidad por ascendencia, descendencia y asociación.

Después del aperitivo general, pasaron al banquete, cuyo menú rebasaba tanto la imaginación cuanto la capacidad de ingestión de los invitados. Consumí de aletas de tiburón blanco y almejas, setas salteadas con croquetas de salmón, cazoletas de cangrejos de río, misceláneas de pescadillas, jureles y atunes a la plancha, cabritos asados, caviars uzbekos o iraníes, cerdo danés y, sobre todo, buey especial para consumo exclusivo de la nomenclatura, proveniente de una ganadería ultrasecreta criada por comunidades de granjeros reclusos en sus tierras, protegidas por profundos fosos y jalonadas de murallas de árboles, en la provincia de Hwanghaenam-do.

A la mañana siguiente, tras regresar ya entrada la noche a la residencia y mientras vegetaban en la cama: No ha estado mal esa fiesta, ¿no?, aventuró Constance ingenuamente. Hay días en que no puedo más, confesó Gang, alimentando así las esperanzas del general Bourgeaud. Perdona que sea indiscreta, murmuró Constance apretándose contra él, pero ¿qué te dijo anoche tu jefe cuando te llevó aparte? Está cada vez más chiflado, concluyó Gang, ahora quiere que me peine como él. ¿Y te vas a cortar el pelo?, se asombró Constance. Más vale el pelo que la cabeza, opinó Gang no sin discernimiento.

En la rue Claude-Pouillet, Nadine Alcover no se deja ver demasiado desde hace quince días. A veces Lou Tausk se la cruza, cuando él vuelve tarde de cenar solo. Ella se va directa a dormir a la habitación del fondo. Pero durante el día él disfruta de paz. Ahora, por ejemplo, finaliza la mañana, Lou Tausk está desocupado, en ocasiones a uno le da por ordenar cuando no tiene nada que hacer, y Tausk, que se ha puesto a ordenar papeles, encuentra unos textos de Pélestor que, por asociación, le traen a la memoria a Hyacinthe. De modo que llama a Hyacinthe, que pasó hace unos días a hacer una evaluación técnica de su cadena, diagnóstico lo bastante agudo como para inducir a Lou Tausk a comprar otra. Hyacinthe está a la espera en su taxi en una parada cercana a la estación de metro de Botzaris cuando recibe la llamada: ¿Está libre para comer? Conozco un chino muy pasable, no lejos de donde está usted. Me va bien, dice Hyacinthe, no tengo mucho trabajo. Cada vez hay menos clientes, está todo tranquilo con la crisis.

Se encuentran delante del Mandarín Pensativo, entran, los acompañan a la mesa habitual de Tausk, junto al acuario, cuyos ocupantes examina Hyacinthe. Éstos no le devuelven la mirada, lo evitan y puede que huyan de él, al identificarlo como antiguo experto en haliéutica, cuando en su juventud Hyacinthe se enfrentaba a las olas en los manglares de Sassandra, a bordo de su piragua de madera de iroko propulsada a vela y a pagaya, pescando los peces de la zona tales como el galán, polígamo cuyo harén, desamparado cuando el anzuelo le sustrae al macho, designa a la hembra más gruesa, que se las compone para cambiar de sexo, la salema, de la que se desconfía porque se alimenta de algas alucinógenas, el inconsumible pejesapo, el pargo combativo o el ciego besugo.

En tales ensoñaciones andamos cuando el móvil de Tausk vibra en su bolsillo: Hubert, se anuncia Hubert. Es hartó infrecuente que Hubert llame, pero ha decidido quejarse: Sólo das señales de vida cuando me necesitas. Prefieres llamar a tus amigos, debes de pensar que te sale más barato porque viven más cerca. Tengo pocos amigos, ha de confesar Tausk. Tampoco yo, reconoce Hubert, viene muy a punto. Y si pasaras a verme. Con mucho gusto, le dice Tausk, pero tengo pocas cosas que contarte. Por desgracia, yo sí que tengo, dice Hubert.

Después de comer, Hyacinthe consiente en llevar a Tausk a Neuilly. Intercambian pocas palabras en el coche, aparte de comparar las cocinas del mundo. Lo de los chinos no está mal, desde luego, estima Hyacinthe. Lo hacen bien. Pero si conociera usted el alloco, el agutí o el soso, eso es desde luego otra cosa. ¿Y no echa de menos a veces la Costa de Marfil?, le pregunta Tausk. Claro que la echo de menos, exclama Hyacinthe, todos los días. Quizá haya sido una gilipollez venir a Francia. Y entonces llegan a Neuilly.

A la izquierda de la entrada, en el despacho de Hubert, el moño tornasolado de la nueva secretaria hace las veces de lámpara auxiliar y, a la derecha, hay dos hombres

sentados en sendas butacas. Ya nos hemos cruzado con uno de ellos, el que se parece a Jean Bouise y que, desde el otro día, se deja crecer el bigote para perfilar dicho mimetismo. No para de toquetear una calculadora bajo la tapa imantada de su maletín abierto mientras el otro, a quien no habíamos visto nunca, consulta su Patek Philippe al tiempo que dirige nerviosos golpes de mentón a la secretaria. La cual le pide que siga esperando, el señor Coste está muy ocupado. Cuando Tausk pasa delante de ellos hacia el despacho de Hubert: ¿Y qué pasa con él?, pregunta secamente el del Patek. Nosotros estábamos antes. Son familia, le susurra la secretaria, es diferente.

Hubert, cómo no, observa a Tausk que la solapa de uno de los bolsillos de su chaqueta está metida. Y las solapas de los bolsillos, una de dos: o las metes o las sacas. Pero cualquiera que sea la opción, ha de ser la misma para las dos. Pero está distraído. No parece estar por el asunto ni con ganas de abordarlo. Tengo un problema bastante gordo, confía dando vueltas al despacho, me temo que me van a caer bastantes follones. Estoy lidiando con gente cada vez más indecorosa. Quería comentártelo para que me dieras tu opinión, pero no tengo mucho tiempo ahora, están aquí. ¿Puedo llamarte esta noche?

Tausk cede el paso a la gente indecorosa y se entretiene un rato con la secretaria del moño. La verdad es que tampoco está tan mal: imaginándosela sin gafas, o incluso con, pero sin nada más, intenta intentarlo: ¿Tiene problemas Hubert?, aventura. La chica hace una mueca señalando las dos butacas vacías. No puedo hablar de eso, dice. Ya, abunda Tausk, lo entiendo, pero podemos hablar de otras cosas. ¿Tiene libre alguna noche de éstas? Le dejo mi tarjeta, lo esquiva la secretaria garrapateando diez cifras en una tarjeta de visita, le anoto mi número personal, nunca se sabe. En efecto, piensa Tausk. Yo me llamo Charlotte, dice ella, y yo Louis, dice él. Al salir del despacho de Hubert, mientras pasa ante un BMW gris en el que espera un gorila, examina la tarjeta: Charlotte Guglielmi. Bien.

Regresa a la rue Claude-Pouillet, advierte que algo ha cambiado. Cuesta precisar lo al momento, pero está claro. Algo en el aire ha cambiado. A no ser que sea en los armarios. Una rápida exploración de éstos permite comprobar que todas las posesiones de Nadine Alcover han desaparecido. Sólo quedan de ella unas palabras, en un sobre, depositado sobre la mesa de centro.

Pasaron quince días sin que Constance viera ampliarse sus conocimientos del lugar. Comoquiera que las torres de la ciudad resultaban agobiantes, sus dos guías la llevaban a ver los estudios de cine —decorados espectrales de ciudad china, europea o japonesa según el guión de la película en rodaje—, a pasar la tarde en el circo —estrecha pista redonda provista de aparatos con los que los acróbatas se rompían la crisma con demasiada frecuencia—, a dar una vuelta de montaña rusa en un parque de atracciones —apoyabrazos y agarraderos oxidados— o a visitar una granja de avestruces, de las que se aprovechaba todo: los dirigentes del Partido saboreaban su carne, y sus plumas y piel se vendían a altos precios a sombrereros y peleteros extranjeros.

También le organizaban excursiones fuera de la capital, primero algunos circuitos turísticos estándar, más o menos verdes pero estrechamente marcados. Luego, cuando expresó su deseo de pasear por las regiones, el acceso a las ciudades de provincias le fue vedado pese al estatus de Gang Un-ok y sus diversos salvoconductos. Había que limitarse a las autopistas, desde las cuales se divisaba una campiña rala, uniforme, pelada. La tierra parecía árida y mutilada, roturada en vano, como consumida, todo parecía crecer con dificultad, incluso los mismos árboles, en cualquier caso serrados a ras por los campesinos para calentarse.

No había desvíos que permitieran acceder a los pueblos apartados, y cuando tenían que tomar las carreteras secundarias, el espectáculo era siempre el mismo: las barrían dos o tres mujeres que según dijeron a Constance eran voluntarias. Otras voluntarias cavaban los arcenes, había hombres que caminaban cargados con sacos, solos o en grupos de dos o tres, uno con seis cabras delante, otro arrastrando su bicicleta. A veces pasaban un carro con un buey, un camión que transportaba soldados apretados de pie en la plataforma. En una ocasión en que se quedaron bloqueados por un autocar averiado, Constance pudo contar a los once soldados que lo empujaban. Tal vez no fueran forzosamente soldados, pero todos vestían vagos uniformes, algunos desparejados, con los mismos tonos marrones, gris-*beige* o verde oscuro, tal vez un efecto de moda. Constance acabó renunciando a esas expediciones.

Cuando Gang Un-ok disponía de uno o dos días, iban a lugares de veraneo de oligarcas cuyas instalaciones, menos lujosas que el yate del líder, evocaban los palacios de Sadam Husein tal como se descubrieron tras su caída: sucesiones de grandes salas vacías, amuebladas con canapés monumentales con dorados y flecos, mesas bajas de cristal sobre hierro forjado alambicado como pueden encontrarse en la rue du Faubourg-Saint-Antoine en París (sobre todo entre los números 2 y 12). Cubrían las paredes tapicerías históricas y revolucionarias a veces disparatadamente mezcladas con cuadros franceses de los años cincuenta, Yves Brayer o Bernard Buffet, en un caso un Utrillo. Tomaban un rato el aire en el jardín, y pasaban la mayor parte del tiempo en el sótano, en piscinas o salas de proyección respectiva y

brutalmente perfumadas con cloro y con cresol.

Comoquiera que el horario de Gang se había vuelto un poco más flexible, una noche de confidencias acabó confesando a Constance que ello obedecía a una reducción, al principio apenas perceptible, de sus responsabilidades. Su puesto jerárquico parecía haber sufrido varias mermas, perceptibles en detalles ínfimos pero que su conocimiento de los códigos —la oblicuidad de una mirada, una prerrogativa menos, un semirictus más— le permitía interpretar sin alborozo. Como se había recortado ligeramente el pelo, pero quizá no lo bastante pese a los consejos del líder, temía haber caído en desgracia, toda vez que ya no tenía acceso a determinadas reuniones de los sábados. En tales casos, se iban de fin de semana.

Al regreso de uno de esos fines de semana, la limusina de Gang pasó cerca del aeropuerto donde Clément Pognel acababa de desembarcar. Como los servicios de Bourgeaud le habían inventado un papel de consejero agroalimentario, su visado no llamó la atención y, para no exponerse a interferencias entre agentes, se las ingenieron para buscarle alojamiento en el Potonggang, otro hotel reservado para turistas, lejos del Yanggakdo, donde Jean-Pierre y Christian empezaban a verlo todo negro pese a estar mucho mejor alojados. Porque el Potonggang, claramente menos caro, presentaba inconvenientes: poca agua caliente la mayor parte del tiempo, por las noches nada en absoluto, corriente cortada con frecuencia con los consiguientes ascensores bloqueados, habitación gélida cuya ventana y acceso al balcón estaban sellados, ruidos nocturnos inquietantes cuando Pognel intentaba conciliar el sueño en una cama granítica, de un confort inferior incluso a su asiento en clase turista.

La presencia del perro Faust no planteó tampoco ningún problema. A los inevitables guías que esperaban a Pognel en el aeropuerto incluso les había hecho gracia y habían jugado temerosamente con él aunque sin llegar a darle comida. Por desgracia, dos días después de su llegada, Pognel advertiría al despertarse que Faust había desaparecido, sin duda secuestrado por la noche, una faena de los guías, probablemente, por más que fingieran poner todos los medios para dar con él. Vanas fueron sus supuestas pesquisas, y demasiado previsible el destino del animal. Aunque hubieran secuestrado a Faust con fines comestibles en primer lugar y sin lugar a dudas —porque bien guisado ese animal es sabroso—, lo que era igualmente seguro era que le tenían echado el ojo a su piel, pues tan buena era la del perro como la del avestruz. El pelaje del beagle, demasiado corto para forrar un abrigo, lo utilizarían sin duda para confeccionar un gorro o un manguito que haría las delicias de una neoliberal pyongyangita.

Y así, malhumorado y de duelo por su animal de compañía, Pognel estableció contacto unos días después con Constance según el modo operativo indicado por Objat: en los servicios del hotel Koryo, tras burlar ambos durante tres minutos la vigilancia de sus guías. Dado ese contexto, su conversación fue breve. Y desequilibrada, pues Pognel había organizado el rapto de la joven y sabía perfectamente quién era Constance, que no sabía nada de él. Bueno, preguntó Pognel,

¿en qué punto estamos con ese tío? Debería empezar a estar maduro, contestó Constance —como en los tiempos en que se hablaba de ella en tales términos—, no parecen irle bien las cosas, veo que está asustado. Perfecto, dijo Pognel, espero instrucciones, intentaré tenerla al corriente. Volvamos con los otros, no sea que sospechen algo.

En la residencia, en efecto, Constance se encontró a Gang Un-ok descompuesto. Acababa de ser trasladado de la comisión de defensa nacional a una subsección de intercambio económico con Siria. Lo habían destituido también de sus funciones de consejero, lo que auguraba lo peor pues, sin siquiera notificárselo personalmente, se lo habían dado a entender mediante glaciales circunloquios. Pero había algo mucho más preocupante: pese a que el estatus de Gang le permitía hasta entonces viajar en delegación a China, en el marco de diversos programas de cooperación, esas autorizaciones de misión acababan de ser suprimidas, multiplicando sus inquietudes. ¿Por qué, preguntó Constance candorosamente, te gustaría marcharte?

No es eso, pero cuando eso empieza así eso va rápido, dijo Gang liándose con los demostrativos antes de recomponerse: Claro, reconoció, lo mejor sería aprovechar un viaje oficial. Pero ahora, si no me dejan salir, no sé qué puedo hacer. No te preocupes, que encontraremos una solución, lo tranquilizó Constance. ¿Cómo vas a solucionar tú esto?, se irritó Gang, no sabes nada del sistema. No tienes ni idea de lo que son capaces de ser capaces.

Constance observó de nuevo que, pese a su aceptable dominio de la lengua francesa, la sintaxis simple de esta última frase acababa de costarle lo suyo al dignatario en apuros. Aún no lo sé, sonrió atrayéndolo hacia el amplio lecho, ya veremos.

Bueno, las cosas siguen su curso, se frotan las manos del general, a quienes les encantará será a los americanos. Si todo va bien, Gang estará en Seúl dentro de unas semanas. Salvo que sospechen algo, observa Objat sin dejar de mirar por la ventana, tras la que ha dejado de llover. Si no lo dejan salir, será una lata.

Debería poder arreglárselas, conjetura Bourgeaud. Descartado cruzar la zona desmilitarizada, por supuesto. Lo mejor sigue siendo pasar por China. Aunque hayan reforzado los controles, la frontera todavía es bastante permeable, pero debería espabilarse. En Pekín, las agencias consulares surcoreanas están muy vigiladas por el régimen de Kim. Para evitar problemas, pueden rechazaros y ponerlos en manos de la policía china, que os entregarán encantados a los agentes del Norte.

Va a tenerlo crudo, observa Objat volviéndose hacia el general. Quizá no tanto, dice el general levantándose de su escritorio. Tendrá que salir de China lo antes posible, y para eso tenemos dos soluciones. Bourgeaud se dirige hacia un mapa de la zona prendido en la pared y, sin echar mano del menor purito, expone lo siguiente recalcándolo con el dedo.

Tenemos el norte hacia Mongolia, y al sur tenemos Laos. La red mongola no está mal, los diplomáticos del sur con puesto en Ulán Bator se muestran por lo general acogedores. Eso supone un largo viaje, claro está, hay que atizarse todo el desierto de Gobi, pero también es la frontera más próxima. Y bueno, hay trenes, se puede comprar a la gente. Seguro que Gang habrá entalegado suficientes dólares como para untar a todo el mundo. También corre por allí una cuadrilla de pastores protestantes que se dedican amablemente a ayudar a los tráfugas. Pueden ser útiles.

En cuanto a Laos, prosigue el general, lo bueno que tiene es que se puede pasar muy fácilmente a Tailandia, y allí ya no hay ningún problema. Lo malo de Laos es que es complicado. No existen enlaces ferroviarios, sólo autocares y aviones que no deben tomarse. Hay que caminar evitando las carreteras por seguridad. Y ahí toca apechugar con la jungla avanzando tan sólo de noche con las serpientes, las fieras, las sanguijuelas y el peligro de toparse con una patrulla que os devuelve sin contemplaciones a Pyongyang, parecer ser que es para morir. Yo, personalmente, me inclinaría por la solución mongola.

¿Y por Vietnam?, sugiere Objat. Olvídelo, zanja el general, no se puede contar con Hanói, lo despacharían a su país por la vía rápida. Pues mal está la cosa, observa Objat. Escuche, se irrita el general, hay un montón de gente que ha conseguido huir sin un céntimo, sin relaciones, sin nada. Cuento con que Gang se las haya arreglado para mantener contactos aquí y allá. Dispone de todos los medios para salir adelante. Si usted lo dice, se encogen los hombros de Objat. Llegado el caso, propone, yo podría pasar a echar una mano *in situ*, dispongo de tiempo estos días, puedo ayudar. Como quiera, pero no se disperse mucho, objeta Bourgeaud. Tengo otros planes para usted.

Un plan a medio plazo y que el general expone a grandes rasgos: Será distinto, será en África, pero el sistema en principio sería el mismo. Habrá que utilizar a un aficionado, como esa chiquita que me encontró usted para Pyongyang. Un inocente, por decirlo así, que no entienda nada de nuestras actividades. Lo referente a reclutamiento, la formación y todo eso será más sencillo que con ella. No hará falta meterle nada antes de la misión, como hizo usted con la chica. Bastará tenerlo sometido a presión. Dos segundos de reflexión y: Puede que tenga una idea, asegura una vez más Objat. Saluda al general y se va a su despacho.

Allí, mediante métodos que sólo él conoce —y de los que, al estar poco al tanto de esas técnicas, no entendemos nada—, Paul Objat establece primero contacto con Clément Pognel, le da unas instrucciones respecto al asunto del momento pero no sólo eso: le pide uno o dos detalles, también, sobre otro asunto mucho más antiguo, insistiendo sobre determinados pormenores. Luego, aunque no llueve, Objat descuelga el impermeable, baja las escaleras, atraviesa el patio del cuartel, presenta el sempiterno distintivo a la salida, se detiene en una acera del *boulevard* Mortier y para un taxi. Ya dentro, permanece un instante silencioso hasta que el taxista —no, no es Hyacinthe— se vuelve: ¿Adónde vamos, señor? Al parque Monceau, contesta Objat.

Parque Monceau, donde, precisamente, Tausk ha quedado con la nueva secretaria de Hubert. Como está muy cerca de su domicilio, la elección de ese lugar constituye la primera parte de un plan. Charlotte, ante dicha perspectiva, se ha escotado y perfumado para la eventualidad, ha desestructurado su moño, que, habitualmente superterso y encumbrado en el ejercicio de sus funciones, revela desacertadamente los defectos de su rostro: una variante más laxa de ese moño, llamada moño flojo, que cae una pizca en el cuello dejando escapar un mechón y produce un efecto mucho mejor. Por otra parte, desde la última vez, se aprecian las raíces oscuras bajo la construcción rubia y a Tausk eso le resulta más bien excitante, y liga sin rodeos con la secretaria de Hubert. Ésta le habla de Hubert, cuyos últimos clientes lo involucran en asuntos, a juicio de él, sospechosos. No son los primeros que embarcan a Hubert en cuestiones un tanto turbias. Charlotte se preocupa en consecuencia por su jefe y, claro está, por su propio empleo.

Entretanto, pasean por las avenidas del parque donde, instalado en un lugar estratégico, Objat observa sus idas y venidas, tampoco comprendemos, a pesar de nuestra omnisciencia, cómo ha podido informarse de esa cita que parece, la verdad, no llevar mal camino. Charlotte tiende a entusiasmarse acerca de cuanto ve en ese parque. Prestando escaso interés a los artistas y personajes petrificados, se extasía por el contrario ante las mujeres languidecientes, pensativas, lascivas que los acompañan: las amantes de Gounod, una puta de Maupassant, el club de fans de Musset, la compañera de Chopin.

Al verla emocionarse de sus poses y pasando a una velocidad de ligue superior, a riesgo de cargar las tintas Tausk se aventura: Son mucho menos guapas que usted, asegura con escaso gracejo léxico, sólo por ver adónde le lleva eso. Comoquiera que



ella reacciona con una chiribita en los ojos aderezada con una viva sonrisa de soslayo, Tausk concluye que lejos de limitarse a las groupies de artistas, el entrañable entusiasmo de Charlotte hallará en su cama, y con mayor viveza, una justa plenitud: el desarrollo del plan cobra sentido.

Una vez que han paseado lo suficiente por el parque y ha cortejado adecuadamente a la chica, Tausk propone ir a su casa —vivo aquí al lado— a tomar una copa: segunda parte del plan. Hombre, parece alarmarse ella, la primera vez no puede ser. Frase que sugiere una segunda vez, lo cual es hartamente positivo pero pospone dicha vez, y prolonga y complica un poco el plan. Sin acordar otra fecha, se separan a la espera, evitando cuidadosamente besarse en la mejilla —un intercambio de miradas profundas, en este caso de cara, ha resultado siempre más rentable—, tras lo cual Tausk regresa a su casa.

En la rue Claude-Pouillet, deambula por la casa, enciende el televisor, que apaga de inmediato. Abre una revista, una ventana, la nevera, que cierra una tras otra. Se mira de nuevo las uñas y va a hacer pis. Se ve en un espejo. En ese instante llaman a la puerta: ¿Charlotte, que ha cambiado de opinión?

Pues no. Es un hombre de aspecto bastante atractivo, más atractivo que Tausk en cualquier caso, lo cual le irrita de entrada, de unos cuarenta años, o sea también más joven, lo que también le irrita. El hombre lo mira en silencio, con una de esas caras afectuosas, comprensivas y bondadosas pero que al propio tiempo auguran lo peor, siempre como Billy Bob Thornton en alguna de sus interpretaciones. El señor Louis Coste, supone ese hombre. Sí, contesta Tausk con recelo, ya que no le hace mucha gracia que lo llamen así, por lo general lo hacen los agentes del fisco, de la policía, de la seguridad social y otros tocanarices. Soy yo, añade, pero creo que no le conozco. Yo sí, dice el hombre, ¿puedo hablar con usted un momento?

Tausk duda un segundo y luego, cándido como sigue siendo, se le ocurre que podría ser también un admirador de su obra o incluso, puestos a soñar, un productor o un agente deseoso de reivindicarla o incluso un periodista. Y por qué no. Nunca se sabe. Adelante, le dice indicándole el salón. Siéntese, por favor, le invita, sentándose él mismo. Muchas gracias pero no, declina el otro, no le molestaré mucho tiempo.

Lou Tausk arrellanado en una butaca y el otro de pie en contrapicado crean una relación de fuerzas y aun de sujeción un tanto molesta. Tausk lamenta haberse sentado demasiado deprisa. Le escucho, dice. Es sencillo y seré breve, avisa el hombre. Tomemos una entidad bancaria situada en la avenue de Bouvines, por donde Nation, hace bastantes años. ¿Le dice algo? Si no, puedo recordarle algunos detalles que podrían interesarle. Ah, Dios bendito, suspira profundamente Tausk. En efecto, reconoce Paul Objat.

Aguas cenagosas, torrenciales, han corrido bajo los puentes del río Taedong, y Constance ha salido del cine antes de que finalizara una película muy popular titulada *Mar de sangre*, que narra las matanzas de norcoreanos perpetradas por los japoneses bajo el protectorado. Se ha levantado discretamente y se ha dirigido sin hacer ruido hacia la salida ante la mirada desaprobadora de los demás espectadores y de sus guías, obligadas a permanecer hasta el final de la proyección. Así pues, el chófer que esperaba delante de la sala la ha llevado sola, depositándola antes de lo previsto ante la residencia, al lado de la cual había una ambulancia aparcada. Él mismo se ha marchado de inmediato, contrariamente a lo habitual. Y, contrariamente a lo habitual, Constance no ha visto a ningún criado al entrar en el vestíbulo, pero ha observado, alineados al pie de la escalera, una docena de bidones que desprendían un brutal pestazo a gasolina. Luego, al subir a la primera planta y abrir la puerta de su habitación, se ha topado con una escena imprevista.

Los intrusos eran cinco. Dos con bata blanca y tres con mono negro rodeaban a Gang Un-ok tumbado desnudo en el suelo, amarrado con tiras de plástico translúcido, inmovilizado con cinta adhesiva por encima de la cual su mirada pasaba, aceleradamente, de uno a otro de aquellos hombres. Los batas blancas, acucillados, se afanaban sobre su persona. Uno, arrancándole el adhesivo, procedió a separar las mandíbulas de Gang para deslizar dentro un embudo de color rojo, con una bombona de líquido verde opaco al alcance de la mano. Otro extraía de una bolsa una gran cantidad de material, pero como uno de los monos negros ciñó a Constance con una correa y otro se apresuró a endosarle una capucha, no tuvo tiempo de examinar esa operación al detalle.

El proceso en curso respondía a lo que se denomina escayolado de los elementos antipartido, técnica desarrollada bajo el reino del padre del actual dirigente. Dicho tratamiento se reservaba sobre todo para los diplomáticos destinados en el extranjero, convictos o simplemente bajo sospecha de desviación ideológica por parte de los agentes de la Seguridad del Estado que se encargan de vigilarlos en el corazón de las embajadas. Se trata entonces de repatriar por la vía rápida al diplomático, y se utiliza el método siguiente. Tras administrarle una dosis caballuna de hipnótico, desnudan por completo su cuerpo, que envuelven en gasa para luego recubrirlo hasta el cuello con yeso de fraguado rápido, lo cual lo inmoviliza en un abrir y cerrar de ojos, y a continuación lo envuelven con cintas elastómeras por encima del yeso. Pretextando o provocando un incendio doméstico a fin de justificar el asunto, hacen pasar el cuerpo del diplomático por el de un quemado grave que colocan en una camilla, meten en una ambulancia y evacúan en un avión especial hacia su país, donde, según se asegura, un centro especializado acogerá gustoso al herido. Tales establecimientos existen, tales cuidados requieren en efecto una alta especialización.

El material especializado que extrajo el segundo bata blanca consistía en sacos de

yeso fino, rollos de gasa y cintas con todo el instrumental idóneo, así como un cubo de agua. Los toneles que divisó Constance en el vestíbulo servirían para incendiar posteriormente la residencia y todo se desarrollaría según el procedimiento clásico. Desde luego tampoco era imprescindible, en pleno territorio nacional, montar semejante escena por Gang, pero tal vez la habían adoptado por el placer renovado que siempre provoca a sus organizadores y a sus agentes.

Las cosas siguieron su curso, rápido y eficaz. Una vez envuelto Gang en la gasa, su escayolado avanzaba por la vía rápida: comenzando por los pies, los batas blancas iban ya por los hombros. Uno de los monos negros seguía manteniendo inmovilizada a Constance cegada mientras los demás, las manos en la espalda, asistían tranquilamente al feliz desarrollo de la operación. Uno tenía ya preparada la camilla y silbaba «Du même pas» no sin acierto. Cuando todo iba a pedir de boca desde el punto de vista de los intrusos, la puerta se abrió con estrépito ante dos hombres de aspecto europeo que se abalanzaron, primero, sobre los tres monos negros. Éstos, adiestrados en taekwondo, opusieron una enconada resistencia.

Es sabido que el taekwondo, arte marcial originario de ese país, consiste en asestar rápidamente girando sobre uno mismo golpes violentos con ayuda de todos los miembros. Los miembros superiores, por supuesto —puño, canto y punta de la mano, codo, antebrazo—, pero por encima de todo —y es lo que distingue ese arte del win chun o del bando, por ejemplo— los miembros inferiores. La rodilla, desde luego, entra en acción, pero sobre todo el pie y todos sus componentes: canto y punta pero también arco, talón, cuello. Se ejercitan también todas las variantes imaginables de la patada: directa, lateral, vuelta, circular o de arriba abajo, por no hablar de las patadas voladoras acrobáticas popularizadas por Bruce Lee y sus epígonos.

Menos sabido es que si bien los impactos del taekwondo clásico, cuando el contacto se ejerce deportivamente, se aplican a la cara, a las piernas, al plexo solar o a las costillas flotantes del adversario sin riesgo de herirle, una de sus variantes es el taekwondo negro, mucho más mortífero. Reservado a una élite a la que pertenecían los monos negros, supone que todo golpe asestado ha de tener un objetivo letal. Conviene pues apuntar a determinados blancos vitales, como la garganta y la sien, o especialmente sensibles, tales como el triángulo genital. En fin.

Y en esa práctica, para sorpresa general —al menos la nuestra, ya que Constance, al estar encapuchada, no podía disfrutar del espectáculo—, los dos europeos demostraron ser excelentes técnicos, superando a los monos negros sin dejarse impresionar por sus roncós alaridos: en un santiamén acabaron con ellos. Mal entrenados para el combate, los batas blancas no opusieron después una resistencia relevante hasta que fueron totalmente neutralizados.

Hecho lo cual, le quitaron la capucha a Constance. Al principio deslumbrada, aterrada por la banda sonora de la escena, se tapó los ojos con las manos. Luego, al irlos abriendo, reconoció a los dos europeos. Si bien, al habérselo cruzado recientemente en los servicios del hotel Koryo, identificó de inmediato a Pognel —al

que, dicho sea de paso, jamás habríamos creído capaz de semejante brío pugilístico —, tardó unos segundos más con Objat, a quien no había vuelto a ver desde su regreso de la Creuse y que había acudido a intervenir *in situ*, tal como avisara al general. Hombre, Victor, se limitó a decir sin parecer, llegado el punto en que se hallaba, demasiado sorprendida.

Luego salieron velozmente, en la medida en que lo permitía el paso de la camilla por la escalera. Cuando fueron a deslizar ésta en el furgón sanitario, un simple golpe de antebrazo bien calculado, seguido de la presión adecuada en las carótidas, acabó para siempre con la resistencia del conductor de la ambulancia. Y antes de marcharse, para dar el pego de momento —y retrasar la intervención sin duda inminente del ejército—, pegaron fuego a la casa gracias al contenido de los bidones.

Dejando la residencia treparon a la ambulancia y Pognel, quien pese a los mapas incompletos de la ciudad se había molestado en reconocer el lugar, se apoderó del volante. En la parte trasera del vehículo, Objat, ayudado por Constance, procedió a desenyesar al apparatchik inconsciente, no sin dificultad aunque la escayola estaba lo bastante fresca para no tener que recurrir al martillo. Después Objat, que lo tenía todo previsto, extrajo del bolsillo una jeringuilla hipodérmica y un frasco de tónico cardiaco que inyectó a Gang. El cuerpo de éste sufrió un sobresalto como bajo el efecto de una descarga eléctrica, pero luego pareció volver en sí poco a poco.

Entretanto la ambulancia cruzaba la ciudad. Su apariencia oficial le permitía no ser interceptada por los controles militares apostados en las esquinas de las calles. Se detuvo al fondo de un pequeño callejón sin salida, situado en un barrio poco transitado. Al parecer la esperaban pues, apenas se detuvo, se abrió el portal de un garaje. Sin que se viera a nadie, el garaje de dos plazas contenía ya una berlina de tipo gubernamental, adornada con pegatinas y banderines. El furgón sanitario se introdujo allí dentro y el portal se cerró al instante tras él. Se aparearon y lo cubrieron cuidadosamente con una lona. Objat y Pognel, que sostenían a Gang aún tambaleante, se dirigieron hacia el fondo del garaje. Allí, una cortina ocultaba una estrecha entrada que daba a una angosta escalera. Seguía sin aparecer nadie. Subieron la escalera, en lo alto de la cual se entreabrió una puerta por la que asomó el rostro de un hombre llamado Pak Dong-bok.

No nos molestaremos en describir a Pak Dong-bok: tan sólo va a desempeñar un papel menor y tenemos otras cosas que hacer. Ocupaba un estrecho apartamento en el barrio de Kangan y se lo habían señalado a Objat como opositor al régimen, opositor sumamente discreto como cabe imaginar, fuera de toda sospecha pero localizado por las redes de Bourgeaud. Ejercía la función de cocinero en el Ministerio de Electrónica, donde, único en el país y sin duda en el mundo en saber preparar sabiamente la holoturia, tal especialización lo hacía irremplazable. Dado que Pak temía no sin razón por su pellejo, sólo tras unas largas negociaciones, la apertura de una copiosa cuenta en Suiza y la promesa de una rápida exfiltración, las redes lo convencieron de que permitiera utilizar su apartamento como escondite, siquiera por

unas horas, y facilitar un vehículo de apariencia oficial. Lo que puede parecer inverosímil en un país tan vigilado, pero qué le voy a hacer si las cosas transcurrieron así.

Pak les ofreció unas cervezas, acordaron rechazarlas, de modo que les sirvió un té con cuatro porciones de holoturia antes de retirarse para dejarlos conversar entre ellos. Conversación que por supuesto versó sobre el modo de largarnos de allí. Yo sólo veo la frontera china, propuso Objat, no hay otra manera. Separándonos, eso sí, cada cual por su lado, perspectiva que hizo estremecerse a Constance. Bueno, la joven irá conmigo, por supuesto, y Constance dejó de estremecerse.

Eso ya no va a ser posible, lo desanimó Gang, redoblarán la vigilancia por mí. Hasta en las zonas más discretas, se ha vuelto casi imposible debido a las cintas de la justicia. ¿Las qué?, preguntó Objat. Es una novedad, le explicó Gang: en su afán de atajar la hemorragia demográfica, el supremo acababa de ingeniar esa novedad, mandando instalar en las fronteras unas cintas de papel de unos veinticinco metros y empapadas con un pegamento superpotente capaz de inmovilizar a un búfalo, y con mayor motivo a un tránsfuga al que, pegado a ese dispositivo, dejaban luego morir de hambre ante las carcajadas de las patrullas: cintas de la justicia era el nombre que recibía el delicado plan.

En tales condiciones, se inquietó Paul Objat, no veo muy bien qué hacer. Pognel se cogió la cabeza entre las manos. Constance, sin acabar de calibrar la situación, parecía menos preocupada, tranquilizada por la promesa de que la acompañaría Objat. Transcurrió un buen rato, que rellenaron picando trozos de holoturia. Resultó totalmente vomitiva. El ambiente era lúgubre en el pequeño local. Lo único que se puede intentar, acabó diciendo Gang, es pasar por la DMZ.

Está usted loco, reaccionó Objat. Cómo se le ocurre.

Sí, mantuvo Gang, estoy seguro de que hay un punto de paso por la DMZ. Sólo lo conocemos unos pocos, por supuesto, pero hay uno.

El acrónimo DMZ, recordémoslo, designa la *demilitarized zone*, que separa Corea del Norte de la del Sur y constituye entre ellas una suerte de tampón o, como se denomina ocurrentemente en jerga militar, un glacis. Dividiendo la península en dos partes vecinas, es una amplia franja de tierra de unos doscientos cincuenta kilómetros de largo y cuatro de ancho que, a caballo del paralelo 38, cubre un millar de kilómetros cuadrados, es decir, el equivalente a la superficie de un gran departamento francés.

Zona desmilitarizada, pues. Pero vigilada por casi dos millones de soldados — más de un millón en el norte, seiscientos cincuenta mil en el sur secundados por treinta mil americanos—, es la más delicada y peligrosa del mundo, incluso, según afirman algunos, de la historia del mundo. Un mundo que por lo demás coincide en considerarla infranqueable: comparado con ella en lo tocante a impermeabilidad, el Muro de Berlín no era más que un afectuoso coladero.

Amén de estar flanqueada, en el lado norte, por espesas alambradas de púas y, en el lado sur, por una muralla de hormigón de entre cinco y ocho metros de altura, está simétricamente salpicada de retahílas de puestos militares entre los que patrullan sin cesar brigadas armadas hasta los dientes. Además, aparte de estar repleta de búnkeres, torres de observación y baterías de artillería, la constelan un millón de minas.

En tales condiciones, al quedar descartado el mantenimiento de los bosques, éstos muestran una densidad excepcional y, en su opulencia, se desarrolla una flora inusual y desaparecida en el resto de la península. Lo mismo sucede con la fauna: libre de toda presencia humana, la DMZ ha pasado a ser al cabo de sesenta años un parque natural involuntario, destino similar a aquel, entre otros y por distintos motivos, de la zona de Chernóbil o del archipiélago Montebello. O sea, un santuario donde se reproducen en paz especies casi inexistentes en otros lugares como el oso negro, el ciervo moteado angora, la pantera de China o el leopardo del Amur.

Indudablemente, pese a numerosas y deplorables experiencias, estos animales no cobraron conciencia al momento de las minas omnipresentes y de sus lamentables efectos pero, con el tiempo, han acabado haciéndose a ellas y aprendiendo a sortearlas. Menos afectadas por ese problema, millares de aves migratorias —sobre todo garzas y grullas blancas— se dan la gran vida encaramadas a las ramas en periodo invernal. En suma, consecuencia imprevista del último declinar de la guerra fría, la zona desmilitarizada se ha transformado en paraíso animal. Su riqueza faunística ha movido a los amigos internacionales de los animales, siempre pródigos en buenas ideas, a pedir que se declare espacio protegido en el patrimonio mundial de la humanidad de la Unesco.

Todo eso, aunque anecdótico, no quita para que la DMZ sea un lugar de tenso

cara a cara entre las fuerzas armadas del norte y las del sur, en alerta crónica desde el armisticio de 1953, ya que ambos países siguen estando oficialmente en guerra. Se observan mutuamente sin tregua, sin llegar nunca al combate pero pendientes del menor movimiento. Cualquier gesto imprevisto —rascarse una oreja o atarse los cordones— puede desencadenar ráfagas tan nutridas como certeras.

A la espera de enfrentarse a ese delicado sector, Constance y los tres hombres pasaron la noche en casa de Pak Dong-bok, los cuatro en la misma habitación, ella ocupando un estrecho canapé, los demás intentando dormir en el suelo. Por lo demás poco tiempo: tras levantarse muy pronto, subieron al vehículo oficial facilitado por su anfitrión, y se internaron en las amplias avenidas jalonadas de árboles de la capital para alcanzar sin molestias la carretera rectilínea que conducía a la DMZ. Quince kilómetros antes de ésta, había un discreto desvío, apenas visible pero interceptado por un portal electrónico, flanqueado de un panel altamente disuasivo. La berlina dobló en esa vía a un gesto de Gang, quien, sacando una tarjeta electrónica cosida por precaución a su ropa, hizo abrirse el portal. Enfilaron una carreterilla, al principio asfaltada para luego transformarse en una pista que serpenteaba a campo raso. A una indicación de Gang, detuvieron el vehículo en cuanto comenzaron a divisarse las murallas eléctricas en lontananza. Creo que es allí, señaló Gang, es el único sitio donde se relaja un poco el horario de las patrullas. Esperaremos a que se haga de noche.

Así pues, esperaron pacientemente. Se hizo largo. Hablaban poco durante la espera, y sólo en susurros. Cuando cayó por fin la noche, bruscamente, como siempre bajo esas latitudes, eran las 18.45, hora local.

En el mismo momento en París, o sea localmente antes de la de la comida, el general Bourgeaud había convocado a Lou Tausk. Juzgando prematuro verlo en su despacho, lo citó en un bar cuya clientela se compone fundamentalmente de parados e inmigrantes, sin que lo uno excluya lo otro, ubicado en la esquina de la rue Saint-Blaise con el *boulevard* Davout, o sea, a diez minutos andando del cuartel. Llegó con antelación para encontrar una mesa discreta y se acomodó en ella. Para matar el tiempo, hojeó un antiguo ejemplar de *Madame Figaro* que vegetaba sin esperanza en la mesa de al lado.

Cuando Tausk se presentó en la entrada del bar, no tenía la menor idea del nombre ni del aspecto del general, quien, por su parte, lo sabía todo de él y le hizo una señal con la mano izquierda, mientras señalaba con la derecha una silla frente a él. Es la hora del aperitivo, estimó sin más saludos, ¿qué quiere tomar? No sé, dudó Tausk, quizá un blanco seco. Bourgeaud hizo una nueva señal al camarero, que se acercó sin prisa: Dos blancos secos, ordenó, ¿qué blancos secos tiene? Comoquiera que el camarero sólo le proponía muscadet: ¿Está seguro de que no tiene otra cosa?, preguntó con una mueca. ¿Chablis, sancerre, chardonnay, cosas así? El camarero no se tomó la molestia de contestar. Bueno, pues dos muscadets, se resignó el general.

Mientras los esperaba, se inclinó hacia Tausk: Creo que sabe por qué quería verlo.

Como Tausk, a la expectativa, sacudía la cabeza de izquierda a derecha: ¿No le ha dicho nada mi colaborador? Mismo movimiento lateral. El general expuso entonces que dirigía una sociedad especializada en la proyección tecnológica de Francia en el extranjero, particularmente en el ámbito de las energías fósiles y en el continente africano. Evitando cuidadosamente las palabras información industrial, el general explicó que su sociedad necesitaría, cómo decirlo, una inspección de las instalaciones existentes. Que estaba buscando en ese momento personal. Que Tausk se le antojaba susceptible de encajar en ese trabajo: tiene usted como quien dice el perfil. Yo no tengo ningún perfil, especificó Tausk, y no sé nada de eso de lo que me está hablando. Precisamente, se animó Bourgeaud, eso es lo que nos interesa de usted.

Acto seguido, tras un silencio mientras les ponían el muscadet: Creo que no tiene usted elección, en cualquier caso, al menos eso es lo que me ha comunicado mi colaborador. También es lo que me ha parecido entender, contestó Tausk a su vez, con una mueca, hasta me ha explicado que me tenía cogido por los cojones. ¿En serio?, se asombró el general incorporándose. Mucho me sorprende usted, porque no es en absoluto su tipo de vocabulario. Pero bueno, si usted lo dice.

Volvamos a lo nuestro. Se trata de que se traslade a África, dejándolo absolutamente todo. Por Dios, suspiró Tausk, en el punto en que estoy. Pero ¿en qué sitio de África? Es que es grande África. El general se inclinó: Zimbabue, ¿sabe dónde está? Digamos que conozco el nombre, eludió Tausk. Todo el mundo conoce ese nombre, reconoció el general, el presidente Mugabe es desde luego un tanto especial pero, aparte de eso, no se imagina lo bonito que es. Es verde, despejado, está lleno de parques naturales y cascadas, es agradable, está realmente bien. Y también es diamantífero, muy diamantífero. Bueno, se encogió un hombro de Tausk, tampoco tengo otra opción. Pero una cosa, ¿tengo que ir solo? Como eso le parece evidente al general, Tausk pregunta por si acaso si no habría modo de ir con un conocido. Está buscando trabajo, le gustaría cambiar de aires pero es muy correcto, respondo del todo por él. Totalmente descartado, se crispa Bourgeaud, es una operación confidencial.

Cuando Tausk agregó, de pasada y sin esperanza, que ese conocido era él mismo africano, el general se relajó de inmediato, frunciendo los párpados como si meditase: Eso lo cambia todo, claro está, dijo buscando el billetero, estudiaré ese asunto. Tal vez podríamos sacarle partido, si tiene el físico idóneo para el caso. Deje, deje. Ya pago yo.



Pero finalmente, al caer la noche: No, murmuró Gang, esperaremos un poco más. Como la ronda de las patrullas se espaciaba a partir de medianoche, era preferible esperar y aprovechar, para actuar, un lapso de tiempo más cómodo.

Un poco más acabaron siendo cerca de cinco interminables horas en medio de un frío y un hambre en alza, por no hablar del miedo. Y cómodo tampoco era la palabra más apropiada para su situación, pues sentados o tumbados, sin siquiera poder hablar para matar el tiempo, cada cual meditaba sobre sí mismo, sobre la situación y de nuevo sobre sí mismo. Como el crepúsculo había hecho asomar las primeras estrellas, no quedaba más distracción que observarlas, en un cielo notablemente puro, pues amén de que el nivel de desarrollo industrial norcoreano permite al menos no contaminar demasiado la atmósfera, el toque de queda general evita también ese fenómeno de irradiación que, entre nosotros, deteriora la transparencia celeste. Gang se alejó un momento, para regresar con una gruesa rama que había arrancado de un árbol y que procedió a transformar, a mano limpia, en un bastón. Constance estaba a su lado mientras trabajaba la rama, pero sin el menor roce íntimo entre ellos, sin el más mínimo susurro ni mirada. Silencio. Objat y Pognel, por su parte, callaban también, aunque tampoco habían tenido nunca gran cosa que decirse.

En cuanto a las patrullas, apenas se percibía su presencia recurrente a lo lejos, cada veinte minutos. No contaban sin duda con más de media docena de hombres cubiertos con cascos, emisor receptor y visor térmico fijados en el casco, uniforme de camuflaje, fusil ametrallador con puntero láser infrarrojo cruzado en el pecho, recorriendo las alambradas en medio del mismo silencio, turbado a ratos por un monosílabo imperioso del jefe de escuadra. Y como había previsto Gang Un-ok, la frecuencia de sus pasos fue decreciendo poco a poco: a eso de la medianoche sólo se les oía a cada hora. Ya podemos ir, juzgó a media voz. Disponemos de cincuenta minutos, no más.

Y fueron. Avanzaban encorvados, evitando hacer crujir las ramitas bajo sus pasos, siempre sin decir palabra. Gang daba la mano, eso sí, a Constance. Cuando se hallaron al pie de la alambrada, ésta parecía refulgir bajo los efectos de una corriente eléctrica sobrehumana, sobrenatural, tan potente que se la oía vibrar con claridad. Y allí fue donde Gang echó mano con infinita prudencia de su bastón, usándolo como palanca para levantar la base de aquella alambrada, hasta despejar un espacio lo bastante alto como para poderlo salvar reptando —lo que muestra bastante a las claras que frente a las más altas tecnologías, nada es comparable a los métodos artesanales—, e, insertando el bastón entre la tierra y la alambrada para estabilizar el paso, indicó a los demás que se preparasen.

Fueron reptando uno tras otro, no sin un miedo inconmensurable, por aquel intersticio. Una vez que hubieron pasado todos, se encontraron, sin acabar de creérselo, en el suelo de la DMZ. Ahora que no se mueva nadie, ordenó Gang. Al

menor paso incorrecto volamos por los aires. A partir de ahora, hay minas por todas partes. Entonces, ¿qué hacemos?, se inquietó Pognel. No podemos aventurarnos ahí dentro sin visibilidad, contestó Gang, no avanzaríamos ni diez metros. Habrá que seguir esperando. Pues vaya, se permitió Pognel. Y tuvieron que permanecer allí el resto de la noche, echando pestes contra el día, que tardaba horrores en despuntar. Lo más duro fue, durante la espera, tener que permanecer de pie, sentados sobre los talones replegando las piernas cuando no podían más, aunque muy pronto la posición en cuclillas resultara aún menos soportable.

Cuando el alba se dignó dejarse ver, Gang se desabotonó un recoveco de su chaqueta, del que extrajo un documento. Éste —mapa topográfico donde aparecían reseñados todos los puntos explosivos—, desplegado y cuidadosamente examinado, alternando con ojeadas circulares por la zona, pareció alumbrar un itinerario toda vez que Gang señaló que podían ponerse en marcha.

Marcha tampoco era la palabra. Aquello consistía más bien en aventurar lentamente un pie tras otro, a ratos de puntillas, obligados a veces a volver sobre sus pasos cuando el terreno parecía dudoso, a tenor de las órdenes de Gang, que consultaba el mapa cada cinco segundos. Pero por lo menos, al ritmo en que progresaban, tenían tiempo de contemplar el paisaje. En lo tocante a árboles, la cosa carecía un poco de exotismo, salvo que fuesen gigantes, pues las variedades silvestres, en aquella región del mundo, son fundamentalmente de naturaleza alpina: demasiado fáciles de identificar, abetos y alerces, abedules y robles predominan allí, y en ese aspecto eso resulta un tanto decepcionante. Desde luego se veían también, aquí y allá, macizos y avalanchas de flores deslumbrantes y sin duda infrecuentes pero que en cambio, por incultura botánica, todos eran puñeteramente incapaces de nombrar.

En lo tocante a la fauna, era mejor. Ya, en las alturas de aquellos árboles, y todavía más numerosas en el dosel arbóreo, se divisaba un sinfín de aves relajadas, despreocupadas por naturaleza de la superficie del suelo, dándose la gran vida por parejas, por grupos de influencia o por comunidades enteras, sin dejar de piar alegremente entre ellas. Luego sucedió que se cruzaron, deambulando por aquella superficie, con animales habitualmente peligrosos para los humanos —un tigre real blanco, dos panteras— pero que, igualmente aplicados en pasar entre las minas, incluso avezados de muy antiguo a dicho ejercicio, tenían mejores cosas que hacer que interesarse por ellos. No más temerosos que agresivos, pues ignoraban totalmente las inclinaciones cinegéticas y carnívoras del hombre, especie desconocida en la DMZ, aquellos felinos los ignoraron. Ocurrió también que divisaran o que atravesaran terrenos intensamente hollados en apariencia y donde proliferaban masas considerables de mariposas. Ante tal población multicolor y revoloteante, en ocasiones tan densa que dificultaba el paso y cuyo batir de alas creaba una música aterciopelada, crujiente, palpitante, cualquiera en otras circunstancias se habría detenido para extasiarse. Pero no tenían tiempo. A lo sumo podía deducirse de su

presencia que, al margen de los animales infrecuentes ya mencionados, podía correr por los andurriales algún elefante, por las razones expuestas en el capítulo 13.

Resultaría largo y dificultoso describir al detalle el recorrido de los fugitivos hacia el sur, él mismo trayecto sumamente dificultoso e interminable. Como Gang avanzaba de ojeador, demasiado ocupado para ocuparse de Constance, ésta se colgó ya que podía del brazo de Objat y ese contacto la tranquilizó. Aunque dicho personaje no le había hecho conocer por el momento, entre la Creuse y Corea, más que experiencias discutibles, no imaginaba que fuera el único responsable en la concepción de aquellos proyectos. De haberlo imaginado, no habría aceptado sin duda su brazo, aunque en tales circunstancias cualquiera sabe. En cuanto a la cojera de Pognel, tampoco contribuía a acelerar el proceso. El caso es que transcurridas unas diez horas divisaron por fin, no demasiado lejos, la muralla de hormigón que marca el límite meridional de la DMZ. Ya estamos, avisó Gang. Se acercaron a ella.

Al pie de aquella nueva barrera, una mirada hacia su cima producía un vértigo invertido, pues su altura rondaba allí los siete metros. Y si bien habían sabido más o menos reptar viniendo del norte, costaba imaginar que pudieran emprender, hacia el sur, semejante escalada. Sin parecer impresionado por la perspectiva, Gang se dirigió hacia un bosquecillo de hayas que ocultaba, en aquel punto, una chicane.

Era, practicado en la muralla, una especie de desgarró que debido a una ilusión óptica permanecía invisible hasta que se tenía delante de las narices. Rodeándolo, se encontraba uno frente a un nuevo portal, macizo, desalentador. Aparentemente nunca faltó de recursos, Gang descosió un nuevo dobladillo de su chaqueta, extrajo una nueva tarjeta magnética y, para nuestra sorpresa, el portal comenzó a deslizarse sobre su raíl, aunque con exasperante lentitud. Apenas dábamos crédito a lo que veíamos pero el camino estaba despejado: a nuestra disposición el sur, su comida abundante y variada, sus enlaces de autopistas gaseosos, embotellados, superpuestos, sus áticos con piscina y aire acondicionado, su cirugía estética y sus bares de putas, sus ríos de neones parpadeando por doquier día y noche, su crecimiento económico de dos cifras.

Pero de pronto el zumbido de un motor, potente aunque sordo, se intensificó tras ellos. Se volvieron para ver surgir un aerodeslizador chino, de modelo Zubr, que se acercaba a toda velocidad, en línea recta y sin prestar atención a las minas, montado sobre un colchón de aire, podía rozar el suelo con total seguridad. Apenas se inmovilizó junto a ellos, dos nuevos monos negros, de apariencia muy nerviosa, saltaron del vehículo. Uno iba equipado con una copia de fusil de asalto Dillon con lanzagranadas adicional, que permitía propulsar tres mil proyectiles de calibre 4,45 por minuto, el otro con una simple hacha de guardabosque. Qué chorrada, tuvo tiempo de farfullar Gang, casi lo habíamos conseguido.

Estas palabras serían las últimas que pronunciaría porque, en un abrir y cerrar de ojos, el hombre del hacha lo decapitó limpiamente, confirmando así su premonición, poco tiempo antes, cuando aún disfrutaba de días tranquilos con Constance. Mientras

su cabeza rodaba por el suelo, exhibiendo una mueca ceñuda, el hombre del fusil de asalto dejó pasar una leve pausa mirando a Pognel con una amable sonrisa para al punto solventar su destino con dos ráfagas. La primera barrenó el cuerpo del cojo con una serie de punteados apretados a la altura de la cintura, la segunda completó el trabajo, eliminando los espacios de carne entre los punteados, de tal modo que dos mitades de Clément Pognel cayeron al suelo, cada una por su lado.

Aprovechando esa pausa, Objat se abalanzó hacia el portal abierto arrastrando a Constance, con el tiempo justo pues una granada de 40 milímetros acababa de estallar tras ellos, pero, amparados por la chicane, quedaron a salvo de sus efectos. Dos segundos después, al otro lado del portal, sin fórmula de acogida pero con firmeza, fueron apresados por tres soldados del sur, técnicamente dirigidos por un mayor americano que los condujo directamente, sin abrir tampoco la boca, hacia una sala de interrogatorio.

Desde ese instante, perdemos su rastro.

De nuevo van a transcurrir varios meses. Ignorando aún el fracaso de la defección programada por Gang Unok, el general Bourgeaud se habrá puesto a trabajar con ánimo sereno. Dispondrá de poco tiempo para ultimar la operación de Zimbabue, pues sus contactos allí necesitan un plazo para preparar el terreno.

No obstante, sobre ciertos puntos de logística echará de menos la presencia de Paul Objat: sigue sin noticias suyas. No sabe más que nosotros de él con la salvedad de que nosotros, mejor informados, vimos desaparecer a Objat con Constance. Pero si al general le trae totalmente al paio Constance, puro cebo subsidiario para él, no menos intercambiable que un manguito o que un perno en el motor, a nosotros no nos trae en absoluto al paio. Echamos de menos tanto a Constance como a Objat pero nos vemos reducidos, respecto a ellos, a conjeturas. ¿Ha hecho nacer esa evaporación simultánea amor o antipatía? En caso de amor, ¿ha sido duradero o no, pasión definitiva o fiasco de una noche? En caso de antipatía, ¿cabe pensar que tras el interrogatorio se separaron sus caminos, tras jurarse no volver a cruzarse el uno con el otro? ¿Cabe pensar por el contrario que recorren el mundo y llevan ambos una vida ardiente y tumultuosa? Cabe pensarlo. Eso u otra cosa.

En medio de esa incertidumbre, remitámonos a hechos probados. Últimamente se habrán producido varios acontecimientos. Tausk, en primer lugar, tras informar a Hyacinthe de la propuesta zimbabuense emitida por Bourgeaud, le habrá propuesto asociarse con él. Hyacinthe, entreviendo al pensarlo que se transmuta el hilo de su vida, mostrará el más vivo entusiasmo. Como se verán varias veces para hablar de ello, sus lazos de amistad se estrecharán.

Por otra parte, tras varios paseos por diferentes parques, museos y otras obligaciones preliminares, Tausk acabará beneficiándose a la secretaria del moño platino, que cumple perfectamente para solventar el problema y pasar el rato. Incluso Charlotte resultará ser una insaciable y aun agotadora pareja, hasta el punto de que Tausk, aprovechando su nueva amistad con Hyacinthe, le propondrá que se asocie a sus noches, siquiera para permitirse una pausa de cuando en cuando. Esa propuesta hará brotar en el rostro de Hyacinthe una hermosa sonrisa enigmática en forma de por qué no, y provocará el entusiasmo de la secretaria, ardiente puntal de ese proyecto.

Y así, tendrán lugar intensas sesiones, al término de las cuales Charlotte ira acostarse totalmente exhausta. Tausk y Hyacinthe se instalarán tranquilamente en el salón, calentando en el hueco de la mano izquierda una copa de ron Nation Barbados, un Torpedo Partagás macizo exhalando sus volutas en la derecha, y arrellanados ambos en una profunda butaca, conversando en voz baja y soñando con su futuro en África austral. ¿A cuánto está Zimbabue de Costa de Marfil? Aguarda un momento, que te lo digo, y Tausk irá a buscar su MacBook. (Ahora ya se tutean, por supuesto). Sí, aquí está. Pues digamos que más o menos, entre Abiyán y Harare, nos vamos a los cinco mil kilómetros. Ah, tanto, moverá la cabeza con una mueca Hyacinthe. Al

ladito no está.

Una vez que regresa Hyacinthe a su casa, Tausk entrará en su habitación, donde se encontrará a Charlotte adormecida, antes de volver a su domicilio: escaldado por su experiencia con Nadine Alcover, Tausk se guardará muy mucho de instalar al moño en casa. Como bastante fastidiosa es ya su conversación, que se limita como mucho a repetir hasta la saciedad sus recuerdos de un viaje de empresa a Chile — Tienes géiseres, tienes pingüinos, tienes un montón de cosas así—, Tausk vería también con malos ojos la idea de tener que cargar con ella. Ojos tanto más recelosos cuanto que Charlotte perderá su empleo, pues Hubert, como cabía esperar, habrá de pagar el precio de sus relaciones. Acusado y declarado convicto de malversaciones diversas, será declarado culpable de ocultación de extorsión de fondos, de blanqueo de dinero y de complicidad en falsificación. Rápidamente expulsado del colegio de abogados, será objeto de liquidación judicial, deberá cerrar el garito y licenciar al personal: a Charlotte, en este caso, en primer lugar.

Otra mala noticia: el general Bourgeaud acabará enterándose del fracaso de la operación Gang Un-ok, organizada de cabo a rabo por él solo. Cuando sus superiores, informados al poco, lo convoquen a un consejo restringido, el general comprenderá que se han tomado muy a mal su iniciativa, con el éxito de la cual, sin embargo, contaba para buscar su beneplácito. Fracaso: el general será destituido, relevado de su puesto y enviado al retiro —y suerte tiene de que no lo degrademos—. Cuando intente protestar justificando su actuación, le contestarán con desdén que ese plan montado sin dar parte a sus superiores, falta ya grave de por sí, no sólo se había saldado con un desenlace lamentable sino que era inoportuno y contraproducente, falta mucho más grave en el plano internacional. Cuando Bourgeaud se subleva preguntando por qué, se le pide que se calle. Quiere explicaciones, pero no se le darán.

Un buen número de grandes potencias mundiales —China, Rusia, Japón, Estados Unidos, Corea del Sur— que participan en unas conversaciones entre seis con el régimen de los Kim, tienen un interés particular en mantener a Corea del Sur bajo su forma actual, ello pese a sus vociferaciones éticas puramente de forma. Ello, sobre todo, por excelentes razones de orden económico, estratégico o geopolítico concretas que hacen necesario conservar tal cual un Estado sumamente útil. Pero bueno, se indignará el general, han visto ustedes lo que pasa allá. Lo mandarán callar para explicarle que dicho Estado, aun asentado en lamentables prácticas, conviene a todo el mundo y contribuye a su manera, cualesquiera que sean sus métodos, a perpetuar el equilibrio planetario, ya muy frágil, créanos, recordarán al general para acto seguido indicarle que puede retirarse. Bourgeaud regresará pues a su cuartel para seleccionar o destruir sus papeles y lanzar una última mirada a su escritorio vacío, no sin antes tomar disposiciones para anular la expedición a Zimbabue.

Lo cual nos priva evidentemente de una secuencia que habríamos rodado gustosos en un Boeing, con decorado natural o en estudio, según nuestro presupuesto. Tausk y

Hyacinthe habrían viajado separadamente para borrar pistas, como había imaginado el general: Hyacinthe en clase preferente disfrazado de ejecutivo africano, terno y corbata color crema sobre camisa chocolate, gafas oscuras y maletín esposado a la muñeca, zumbándose *whisky* tras *whisky*, mientras Tausk, disfrazado de nada en clase turista, habría examinado su Coca-Cola zero depositada en la estrecha mesita. Sí, hubiera sido una escena bastante buena. Aun a costa de cortarla luego en el montaje. Bueno, olvidémoslo.

El general Bourgeaud —cuyo nombre completo es Georges Bourgeaud du Lieul de Thû— se retirará definitivamente a su casa de campo familiar del Poitou. Volverá pronto a fumar y se recuperará pronto de sus desilusiones. Tanto más cuanto que podrá dedicar todo su tiempo, tras un matrimonio rápidamente liquidado, a su joven esposa, Nadine Bourgeaud du Lieul de Thû. Ésta, una vez concluida la ceremonia en la capilla privada de la mansión, telefonará a Lucile desde su amplia habitación en la segunda planta a fin de relatarle al detalle su felicidad. Bueno, ¿y tú qué tal? Yo bien, el que no anda muy bien es Maurice.

No es para menos. Sin nuevos contratos y abandonado poco a poco por Lucile, a Lessertisseur da pena verlo. Su herida de la rue d'Abbeville se ha reabierto y le duele mucho. Enclaustrado en su casa de la rue du Faubourg-Saint-Denis, sin afeitarse, tez macilenta y párpados pegajosos, Maurice Lessertisseur va a abandonarse. Para colmo está completamente a dos velas, y en lo alto de su frente la ausencia de base de maquillaje —producto costoso— deja asomar su Nueva Guinea facial. Sin más distracción ya que recordar el pasado próximo y lejano, especial y nostálgicamente los días felices pasados en la Creuse. Resurgen escenas vividas allí: el físico grato de la secuestrada, las visitas de Victor, la placidez de las veladas, el aperitivo bajo el tilo en compañía de Jean-Pierre y de Christian, cuyas imágenes le vuelven: uno gran introvertido no muy listo pero muy simpático, el otro más vivo y orondo, tampoco desagradable ni muy listo. Amistades truncadas. ¿Qué habrá sido de ellos?

Pues por su parte las noticias dejan bastante que desear. Dejamos a Christian, recordemos, aquejado de una intoxicación alimentaria, afección que con una medicación sencilla suele curarse por lo común, es cosa de tres días a lo sumo. Pero en su caso no ha sido así. Se eterniza. Christian se quejaba mucho al principio, ahora ya no se queja pero empezará a desbarrar continuamente. Hay que llamar a Victor, repite con voz débil, sólo Victor puede sacarnos de aquí. Dices tonterías, constata Jean-Pierre, deliras. De todas formas, es imposible dar con él, lo sabes perfectamente. Victor ha desaparecido de las pantallas de radar.

La situación ha llegado a un punto en que, claro, no salen de su habitación. Se acabaron los paseos dirigidos y las visitas organizadas de la capital. Imposible recurrir a una repatriación sanitaria ni a un auxilio diplomático, ya que no existe representación francesa en ese país. Jean-Pierre, que no ve cómo salir adelante, tampoco tendrá ocasión de buscar el modo. Porque poco después de la muerte de Gang, cuya connivencia con agentes occidentales se determinará fácilmente, las

autoridades localizarán muy pronto a los extranjeros residentes en Pyongyang, más rápidamente aún hallarán un vínculo con los dos ocupantes del Yanggakdo y, un cuarto de hora después, sin pasar por la recepción, tres paisanos al mando de un militar cubierto con una gigantesca gorra verde oliva subirán a la habitación donde Christian desvaría de continuo, cuidado por Jean-Pierre, que ha renunciado a decir esta boca es mía.

Los detendrán, los encarcelarán y los juzgarán con varios cargos: tentativa de subversión de la RPDC, espionaje, propaganda contra el Estado y entrada ilegal en el país, por lo que se los condenará en un abrir y cerrar de ojos a la pena capital. Como se les aconsejará que confiesen, confesarán, logrando que se les conmute la pena por trabajos forzados a perpetuidad, lo que viene a ser lo mismo pero un poco más lento. Pasarán seis meses duros en el campo de trabajo 22, escapando a una muerte inminente gracias a una intervención diplomática francesa, tras intercambiarse su liberación por una importante cantidad de pasta bajo la tapadera oficial de asistencia alimentaria. Y ahí los tenemos seis meses después en Villacoublay, bajando del avión muy debilitados, enflaquecidos, cubiertos de cicatrices y de moraduras. A Christian no le quedarán más que tres dedos en la mano izquierda, Jean-Pierre habrá perdido la visión de un ojo.

Pero pasemos por alto el futuro: hemos de interrumpir esta escena, pues acaba de llegar una noticia hartamente urgente. Tras una ausencia igual de larga, Constance Coste y Paul Objat acaban de volver también a Francia. Ampliaremos, desde luego, conforme nos vayan llegando, los pormenores de este acontecimiento en el capítulo siguiente.



Procedamos por orden.

A tenor de lo que hemos podido reconstruir, de Constance y Objat se hicieron cargo los servicios surcoreanos tan pronto salieron de la DMZ, y los interrogaron a fondo. Trámite pesado y repetitivo que se desarrolló en los despachos lindantes con la zona: iluminación como quien no quiere la cosa y micros por todas partes, cámaras en alto con objetivos invisibles, zumbido de climatizadores, cristales sin azogue tras los cuales tomaba nota gente de paisano. Tres semanas de conversaciones individuales, para empezar, durante las que cada uno tuvo que dar su versión de los hechos, separado del otro y sin contacto posible.

Avezado en la labor por haber pertenecido, tiempo atrás, a un equipo de interrogadores, Objat hizo el relato que suponía que deseaban los servicios y, sin bien avezada en nada, Constance hizo lo propio. Trasladados a Seúl, los interrogaron juntos para confrontar sus versiones. Todo cuadraba y parecía encajar, salvo que la joven designaba a Paul Objat con el nombre de Victor, pero los agentes del 대한민국 국가정보원 (*National Intelligence Service*), obviaron esa discordancia, achacándola al cansancio y al estrés.

Juzgando concluida su tarea, su leve capacidad de peligrosidad y sus perfiles psicológicos compatibles, los instalaron juntos en un apartamento que ocupaba la última planta de un agradable edificio, o sea lo bastante amplio para que pudieran estar a solas o juntos a su agrado, hagan lo que gusten. Ambos prefirieron primero descansar en su habitación con terraza que, grata perspectiva, daba a cada una de las avenidas arboladas de Dosan Park. Verandas, solárium, piscina: si bien el apartamento prodigaba todas las prestaciones de lujo posibles, que permitían a sus huéspedes relajarse y abandonarse al confort, estaba correlativamente trufado, por supuesto, de cámaras indetectables y omnipresentes pues, pese al correcto resultado de sus interrogatorios, nunca se sabe.

Los primeros días en Seúl, Constance y Objat no se evitaron pero como si lo hubieran hecho. Constance durmió mucho mientras Objat, en su ansia de que lo dejaran en paz, se dedicaba en su cuarto a borrar los códigos de acceso, a desactivar sus contraseñas para librarse de Bourgeaud —cuya caída en desgracia ignoraba— y en términos más generales de quienquiera que fuera del *boulevard* Mortier. Así pues, se vieron poco al principio, y se hablaron apenas. Se cruzaban o se detenían al borde del baño de remolino sin alzar nunca los ojos hacia el otro. Sus tumbonas guardaban las distancias, sus gafas oscuras ocultaban las miradas. Objat hojeaba sin decir palabra la prensa internacional, Constance descifraba en silencio el prospecto de una crema de protección total. Un silencio comprensible a fin de cuentas: ni la menor gana de evocar los acontecimientos recientes, de comentar algunos hechos, de esclarecer algunos puntos aún oscuros, bastante habían tenido que largar en los interrogatorios.

Comoquiera que ese silencio resultaba opresivo, intentaron aliviarlo intercambiando la prensa y la crema, comentando los efectos de la una o los puntos de vista de la otra. Con medias palabras, al principio, antes de aventurarse a palabras enteras y luego incluso a frases, al principio reducidas a sujeto-verbo-complemento, después cada vez más aderezadas con oraciones subordinadas circunstanciales: nacimiento de una conversación, aunque Objat se las viera para hacerla reconocer que se llamaba Paul y no Victor. Paul es un nombre sencillo, creo yo. Fácil de recordar, ¿no?

Esa situación, claro está, no podía durar. Una noche se abrazaron espontáneamente. Cuando cruzaron la zona, a Constance le había gustado que él le ofreciera el brazo entre las minas y, remontándose más lejos, durante la estancia en la Creuse, que pasara a verla a la finca. Y, remontándose aún más lejos, su primer encuentro en el Trocadéro —pronto haría un año de eso— le había causado su efecto. Así pues, nacimiento de un amor también, bajo el paralelo 38 norte, un amor un poco tropical, a un tiro de misil más o menos, amor que entraba el otro día en nuestras hipótesis: felicitémonos de nuestras intuiciones.

Las semanas siguientes fueron perfectas como suelen ser los inicios, pero sin que cayeran en las trampas habituales, los planes clásicos, las quimeras del pliego de condiciones de la pareja en formación. Descartado huir de sus vidas pasadas, marchar a recorrer el mundo para establecerse en uno de sus puntos más remotos, lejos de todo y para siempre como suele planearse. Ellos no. Se limitaron a aprovechar aquellos instantes. Eso sí, las primeras noches que fueron a la terraza, pasaron bastante tiempo cogidos de la mano porque lo que hay que hacer se hace, mirando ponerse gloriosamente el sol en la línea del horizonte seúlés. Pero primero pasaron a contemplar cada vez menos ese sol. Y, al cabo de un tiempo, Seúl, está bien pero ya es suficiente. Y, sin avisar a nadie, regresaron.

Están aquí. Se han instalado en la rue de Bretagne, en un apartamento bastante agradable cuya ventaja es que el autobús 96 deja directamente en el cuartel. Paul Objat, en efecto, ha reanudado sus actividades en el *boulevard* Mortier, tras haber tenido que justificar ante una comisión, para poder recobrar su puesto, su colaboración con el general destituido. Pero le ha ido bien, se ha puesto a trabajar bajo una dirección renovada que le encarga trabajos menos interesantes. No obstante, salta a la vista que se la trae al paio. Su sueldo ha bajado en consecuencia, pero también eso parece traerle al paio. Por lo demás, se manifiesta poco. Nunca ha sido parlanchín pero habla claramente menos.

Los viernes por la noche, vuelve y cuenta su jornada a Constance, sabedor de que las parejas proceden así por la noche al encontrarse: se cuentan su jornada. Ella, que al principio le prestaba mucha atención —pues a primera vista el contraespionaje parece muy interesante—, lo escucha distraída —pues tampoco lo es tanto—. Y su propia jornada Constance se abstiene de comentarla, al no haber hecho otra cosa que dar vueltas por el barrio, detenerse ante las tiendas de ropa sin entrar o comprar tres platos congelados para cenar. Luego se acuestan pronto, Paul se duerme enseguida, Constance permanece un rato acostada boca arriba, con los ojos abiertos de par en par.

Sábado por la mañana: buen tiempo, al parecer. Sol vivo, cielo puro y luz tibia. Constance, que se ha despertado temprano, se va sola a dar una vuelta. Duda y se interna en la rue du Temple en dirección al sur, hacia el Sena. Al llegar a la rue de Rivoli, se dirige ahora hacia el oeste, su andar es más seguro, su objetivo parece precisarse cuando atraviesa el parque de las Tullerías, donde las yemas, los brotes vibran de impaciencia en la punta de las ramas, de los tallos, arqueados en sus *starting-blocks*. Mirlos, cornejas y gaviones que han subido por el río pían o chillan en los follajes, y pronto unos niños vendrán también a chillar, sus cochecitos Babystyle o Maclaren no deberían tardar en aparecer, unas volutas de polvo se cruzan en torno al gran estanque.

Al salir del parque, Constance esquiva la Concorde, sube por los Campos Elíseos hasta la plaza, tuerce a la izquierda en la avenue Montaigne —ojeada a las tiendas de trapos demasiado caras—, llega a la del Président-Wilson —ninguna ojeada—, parece saber adónde va, lo sabe: se dirige al Trocadéro. No habrá sido una vuelta, finalmente, sino una línea curva siguiendo a breve distancia el curso del río.

En la rue Greuze ha cambiado todo en el escaparate de la agencia inmobiliaria: en venta, en alquiler, se ofertan cantidad de propiedades que no conoce salvo la suya, siempre ahí, cuya ausencia de foto ha pillado una insolación. Entra y el agente Philippe Dieulangard sonrío al verla aparecer. Ha pasado tanto tiempo que estaba preocupado, se congratula. Constance le sonrío sin contestar. Me han preguntado varias veces por su apartamento, pero, al no estar usted, no he dado curso. Ha hecho

bien, aprueba Constance, porque quiero recuperarlo. Ahora mismo le traigo las llaves, se afana Dieulangard.

Al abandonar la agencia, Constance da un par de vueltas por la plaza, demorando el momento de volver a casa. Descifra distraídamente las palabras doradas de Paul Valéry grabadas en el palacio de Chaillot. Duda ante el portal del cementerio de Passy. Acaba entrando, lo recorre, sale, se detiene y ve pasar a un hombre: no está nada mal, hermosos hombros y bonitas mandíbulas, una bolsa en la mano. Parece ocupado descifrando los nombres de las placas en las esquinas de las calles. Como lo mira un instante de más, el hombre le sonríe, se acerca, le pregunta si por casualidad podría indicarle la rue Pétrarque y Constance le dice: Claro.

*(París, julio de 2015)*



JEAN ECHENOZ (Orange, Francia, 1948). Estudió sociología e ingeniería civil en Rodez, Digne-les-Bains, Lyon, Aix-en-Provence, Marsella y París, donde vive desde 1970. Trabajó durante un tiempo para el periódico *L'Humanité*. La literatura fue una pasión desde su adolescencia. En 1979, tras varios años de vacilaciones publicó su primer libro, *El meridiano de Greenwich* (*Le méridien de Greenwich*).

Ha publicado quince novelas y ha recibido una decena de premios literarios, entre ellos el Premio Médicis 1983 por *Cherokee*, el Premio Goncourt 1999 por *Me voy* (*Je m'en vais*), así como el Premio Aristeion y el premio François Mauriac (2006), por su novela *Ravel*. Entre 2006 y 2010, publicó tres libros construidos sobre tres vidas reales: *Ravel*, que está a medio camino entre la novela y el relato biográfico, *Correr* (*Courir*, 2008), gira en torno al atleta Emil volvió con 14 (2012).

Sus obras se caracterizan por una escritura económica y descriptiva y, al mismo tiempo, dotada de gran inventiva y uso de neologismos, con especial sello de humor e ironía.

# Notas

[1] «Rome n'est plus dans Rome, elle est toute où je suis»: Corneille, *Sertorius*, acto III, 1. (*N. del T.*). <<

[2] VILLIERS. En un edificio de piedra labrada en la 5.<sup>a</sup> planta, soberbio piso de 6 habitaciones de 188 m<sup>2</sup> compuesto de amplio vestíbulo, doble sala de estar, comedor, cocina americana, cuatro habitaciones, 2 cuartos de baño, 2 aseos y una bodega. Tranquilo y luminoso. A cinco minutos del parque Monceau. Precio: a consultar. <<



[3] Agencia inmobiliaria municipal de París, dedicada a la vivienda social. (*N. del T.*)

<<

[4] Cuerpos de jinetes de élite franceses. (*N. del T.*) <<